



Sandra Field

Cuando llegue la primavera

Cuando llegue la primavera

Superficialmente, Tess podía parecer una mujer frívola, y las circunstancias alentaban esa impresión. Sobré todo para Richard, un hombre que no confiaba en absoluto en las mujeres y que estaba dispuesto a malinterpretar cualquier cosa. Aun así, sería difícil reprimir la pasión que había surgido entre ellos, el profundo sentimiento que luchaba por abrirse paso, a pesar de todas las barreras.

CAPÍTULO 1

EL taxista conducía a gran velocidad con Richard Atherton a su lado. Se dirigían a Pierrefonds, el pasajero sacó una vez más del bolsillo la carta y la leyó por enésima vez. Era de su tía Agathe.

Querido Richard:

Se ha presentado un asunto que no puedo resolver. ¿Acudirás al rescate de una débil anciana como yo? Me encantaría que lo hicieras y así tendría la oportunidad de verte; ha transcurrido mucho tiempo desde tu última visita. Avísame cuándo llegarás y le pediré a Martine que te prepare una tarta de chocolate.

Con cariño,

Tu tía Agathe

Tía Agathe, la hermana de su difunta madre, estaba muy lejos de ser una débil anciana. Él no tenía idea de su edad exacta, aquello era un secreto celosamente guardado; pero debía ser mayor que su madre por lo menos diez años, así que seguramente rebasaría los setenta. Hablaba con fluidez el francés y el inglés, vestía de manera extravagante y dirigía con entusiasmo causas nobles. ¿De qué necesitaba que su sobrino la rescatara? No tenía la menor idea, pero con hacerle una visita sería suficiente.

El taxi se detuvo bruscamente frente a la mansión de la dama. Richard pagó al taxista y salió del coche, su aspecto era el de un hombre que no tiene que preocuparse por el dinero.

El fuerte viento de enero agitaba su rubia cabellera mientras subía por la escalera hasta la puerta principal.

Una joven y bonita criada le abrió la puerta.

—Por favor, diga a madame Latour que su sobrino Richard ha llegado.

La doncella regresó y le condujo al interior de la casa. Enormes ventanales dejaban ver la gran extensión del jardín cubierto de nieve, donde una bandada de pajarillos de diversos colores se posaban alrededor de un recipiente lleno de comida para aves, ¿era la última novedad de causa noble de su tía?

Agathe estaba sentada en un enorme sillón tapizado de terciopelo. Llevaba un traje de color púrpura, adornado con gran cantidad de joyas, el pelo de ligero tono lila combinaba con el vestido. Con solemnidad le ofreció la mano y Richard se inclinó para besársela. Con el rostro muy cerca, le sonrió a aquellos vivaces ojos marrones.

—Hola, mi tía favorita.

—Como soy la única que tienes, no lo considero un halago.

Sin embargo, esbozó una sonrisa.

—¿Cómo está tu artritis?

La dama se llevó las manos al regazo.

—Lo ignoro y tú, Richard, ¿cómo estás? Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos la última vez.

—Seis meses y tres días —ya tenía preparada la respuesta.

—Demasiado tiempo.

—Lo siento, he estado muy ocupado, aunque eso no es una excusa.

—¿En qué sitio estuviste?

—En Vancouver y Los Ángeles. En una empresa de exportación e importación y una fábrica de ropa.

—¿Y te lo has pasado bien?

Hasta entonces había permanecido sentado frente a ella, en una de las sillas de la sala, pero en ese momento se puso de pie y se dirigió con lentitud hacia la ventana; allí se quedó observando a los inquietos pajarillos.

—Todo se ha convertido en rutina. Al principio disfrutaba, me tomaba los negocios con ahínco, me enfrentaba con entusiasmo a los problemas y sus consecuencias; hacía cambios radicales en la dirección, pero ya hice todo lo que tenía que hacer.

—Y aún así cada vez tienes más éxito.

—Es irónico, cuando me esforzaba por una meta, era un desafío, incluso me divertía, en cambio ahora que soy un experto para resolver conflictos y mis honorarios son elevados, me aburro.

—Es hora de cambiar.

Su tía le miró con astucia.

—Es fácil decirlo, pero no hacerlo.

—¿Acaso el dinero carece de valor para ti?

Él miró con displicencia su traje bien cortado y los caros zapatos.

—No del todo, sirve para esto.

—Es evidente que necesitas un cambio, ¿tienes algún compromiso ahora?

—Nada que no pueda aplazarse.

—Entonces quiero pedirte un favor.

—Cometes una equivocación, dijiste que viniera a rescatar a una débil anciana.

—¿Yo dije eso, querido? Richard, deseo que vayas a Louisiana en mi lugar.

—Incluso después de tantos años consigues asombrarme.

—Siéntate, me pones nerviosa deambulando como lo haces —él tomó asiento y ella continuó con viva voz—. Tendré que aburrirte con algo de mi pasado.

—Tú jamás me aburres, tante Agathe.

—Espero no hacerlo. Hace muchos años, más de los que puedo contar, asistí a una escuela privada de Ontario. Desde entonces mantengo contacto con algunas amigas, con dos de ellas sobre todo, Mabel y Clara. Ésta murió hace tres años, aquélla aún vive en Nueva Orleáns. Es otra anciana como yo.

Cogió una carta de la mesa que había a su lado.

—Tuve noticias de ella la semana pasada, por eso te escribí. Tess, la hija menor de Clara, vive en Nueva Orleáns y trabaja en un cabaret —la tía suspiró—. Seguramente mi amiga no puede descansar en su tumba. Incluso Mabel, que siempre fue más liberal que Clara, alberga algunas dudas. Ella asegura que la muchacha tiene problemas económicos, algo así como una deuda a largo plazo con un amigo de su madre. Le ofreció ayuda, pero ella la rechazó. Ahora, Mabel quiere volver a ver a Tess Brannen, que hasta donde sé, sigue trabajando en la sala de fiestas.

—¿Y a quién deseas que ayude? ¿A Mabel o a Tess?

—Richard, no te pongas difícil...

—Tía Agathe, desde hace años has tratado más de una vez de comprometerme en matrimonio con alguna dulce joven. Perdóname si ahora soy cauteloso.

—¡Pero si no pretendo que te cases con esa joven! Sólo que averigües si realmente está en problemas y si es así, que la ayudes por la tranquilidad de Clara.

—No dudo que a mí también me rechace.

—Usa una buena estrategia para que eso no ocurra. Si diriges con éxito toda una corporación internacional, estoy segura de que podrás manejar a una mujer.

—Tu información es muy vaga, lo sabes, ¿verdad? ¿No te dio tu amiga algún indicio del problema? Después de todo, la joven tiene un empleo, aunque éste no sea el que aprobaría su madre.

La anciana dobló la carta y la guardó deprisa en su bolso de mano.

—Eso fue todo —declaró, mientras evitaba la mirada de Richard.

—Así que hay más de lo que parece. Tal vez seas más sincera si me niego a ir.

—Tú no lo harás, ¿verdad?

—Sabes perfectamente que no, a ti no puedo negarte nada. ¿Cómo es esa chica?

—No lo sé —miró su bolso.

—Debe ser hermosa, las cantantes de los clubs nocturnos, por lo general son atractivas, aunque carezcan de voz.

—Pareces un experto en esa clase de mujeres.

—Deberías conocerme mejor.

—Richard...

—No empieces, tía —le dijo con dulzura.

—Querido, tarde o temprano tendrás que olvidar esa... esa fobia hacia las mujeres.

—¿Porqué?

—Te parecerá irracional, pero no puedo evitarlo. Sabes que Boris y yo no tuvimos hijos y que tú fuiste el único descendiente de Virginie y eres el último de la familia. Todo es tan sencillo como que me gustaría tener un nieto entre mis brazos antes de morir.

—Durante años has sido como una madre para mí, supongo que es lógico que quieras nietos, pero no esperes que me case con cualquiera sólo para darte el gusto de arrullar un niño.

—Deseo que seas feliz y parte de la dicha es dar y recibir amor.

—Yo te amo, tú lo sabes.

—Pero yo soy una anciana y además tu pariente. Anhelo que te enamores de la misma manera que yo lo hice de Boris, que rías y llores, que disfrutes de la vida.

—Tía Agathe, sé que Virginie fue tu hermana y también mi madre. ¿Crees que su ejemplo me haya dejado el menor deseo de casarme?

—Ella fue... ¿cuál es esa maldita palabra moderna que usan? Una... ninfómana y como tal, quizá merezca más comprensión que desprecio...

—Ella mató a mi padre con su interminable lista de aventuras —interrumpió con dureza.

—Y te dejó sin la certeza de que él fuera tu verdadero padre.

—Cierto, pude haber sido engendrado por un buen número de varones. Supongo que deberíamos felicitarla, después de todo, fui su único hijo.

—El caso es que Gerald, haya sido o no tu padre, te quiso como a un hijo.

Un silencio se produjo ante el recuerdo de ese hombre, con su sonrisa perpleja y mirada melancólica, junto a la hermosa y pelirroja Virginie, que perdía interés en un individuo en cuanto tenía relaciones con él. Finalmente, Richard dijo:

—Así fue. Lo siento, no he debido perder la cabeza.

—Quizá son hechos que necesitan tratarse. Querido, permíteme aclarar algo; el que ella haya sido así, no significa que todas las mujeres lo sean y tú eres demasiado inteligente para darte cuenta de ello.

—La inteligencia y la razón poco tienen que ver con ello. Mi padre amó a mi madre, pero ella sólo le ocasionó penas y disgustos.

Recuerdo algunas de las riñas que tenían a menudo, él suplicándole que permaneciera en casa, que le fuera fiel y ella prometiendo con lágrimas en los ojos que lo haría; para después faltar a su palabra. Ella se iba y le dejaba solo en aquella vieja casona; nunca he podido olvidarlo. Tal vez eso mató algo dentro de mí, como la capacidad de amar, no lo sé.

—Tú no llevas la vida de un monje, sales con chicas.

—Me divierto y disfruto de la compañía femenina, pero jamás me he sentido atraído sentimentalmente por ninguna y tal vez nunca me suceda.

—Richard, ¿irás en mi lugar a Nueva Orleáns?

—Por supuesto que lo haré, aunque no esperes demasiado. La muchacha quizá se lo pase muy bien en esa sala de fiestas.

—No seas cínico. Estoy pensando en financiarle un curso universitario o si lo prefiere, que venga a Canadá y la colocaré en un buen empleo. No estés muy seguro de encontrar una sofisticada y extravagante mujer, Richard. Si algo heredó de su progenitora, bien puede ser una insulsa, sin importar que trabaje en un cabaret. Clara fue la primera que salió del internado y poco después, se casó con un engreído. La clase de hombre que llamaríamos un pilar de rectitud.

—Lo que quizá provocó que su hija Tess la «glorifique» ahora en un cabaret. Una rebelión contra los padres.

—Estás decidido a decir tú la última palabra y a creer lo peor de una joven que no conoces. ¿Tu función en la vida es imaginar siempre lo peor del sexo femenino?

—Olvídalo.

—¿Por qué no me sirves una copa, Richard? Te quedarás a cenar, ¿verdad?

-—¿No pensarás que me voy a ir sin probar la tarta de chocolate de Martine? —le ofreció a su tía un poco de jerez seco—. Voy a telefonear para informarme de los vuelos disponibles y a hablar con Lee-Ann. Me parece que hay en mi lista una procesadora de azúcar no lejos de Nueva Orleáns; así tal vez logre matar dos pájaros de un solo tiro.

Lee-Ann era su ayudante administrativo, y dirigía las oficinas de Toronto.

—¿Me disculpas unos minutos?

Cuando él salió de la habitación, su tía dejó la copa sobre la mesa, sacó del bolso la carta de Mabel y volvió a leer detenidamente dos de sus páginas. La carta no era del todo vaga a cerca de los problemas de Tess Brannen; por ella, la tía Agathe había sido imprecisa al hablar con su sobrino acerca de la joven. Aunque después de lo que había

observado, se sentía menos optimista sobre las esperanzas que había acariciado...

Richard no salió del hotel hasta después de las ocho y media. Estaba oscuro y había estado lloviendo casi todo el día. Era la primera vez que visitaba Nueva Orleáns, aunque había oído hablar mucho de la ciudad, con su fabuloso carnaval y su barrio francés a orillas del río Missisippi. Estaba en ese famoso barrio y las estrechas callejuelas de Vieux Carré estaban atestadas de gente. Él caminaba lentamente con las manos metidas en los bolsillos y la mirada inexpresiva.

Tenía que localizar a Tess Brannen y, además, disfrutaría unos días de vacaciones en la ciudad que siempre había deseado conocer.

En la Vieux Carré era imposible ir deprisa, había demasiadas atracciones. Un grupo de músicos tocaba la trompeta en la acera, a pesar del viento frío. El fuerte e insistente ritmo de la música rock de un club de la esquina contrastaba con la melodía de un saxofón que salía de un pequeño bar, donde las lámparas de gas parpadeaban. Un eco de jazz provenía del tenuemente iluminado Preservation Hall.

Había una fila de gente fuera del bar cuyo nombre le indicó su tía. Con paciencia se unió a ella, la multitud se movía lentamente hacia la entrada, a través de un adoquinado patio, lleno de palmeras. Fue allí, entre extraños, a miles de kilómetros de su hogar, donde la escuchó por primera vez.

Cantaba bastante bien Ola Man River. Su voz era melodiosa, plena de seguridad y sentimiento y un nudo se formó en la garganta de Richard.

Sin embargo, su voz no recibía la atención que merecía, desde el bar llegaban murmullos y risas. Mientras estuvo allí, vio que una multitud de jóvenes se dirigían hacia el pasillo haciendo bromas y comentarios e ignorando los tristes versos de la canción. La fila se movió y Richard logró entrar.

Se apoyó en la pared a un lado de la puerta, en espera de un sitio. La vio del lado derecho y por alguna extraña razón supo de inmediato que ella era Tess Brannen, la joven por la que había viajado miles de kilómetros.

Estaba sentada en el estrado, situado frente al bar, tocando el piano; a través de la espesa nube de humo de los cigarrillos, se fijó detenidamente en su aspecto: la caída de su pelo rubio, los enormes ojos seguramente azules, y las largas pestañas con exceso de rímel; la boca pintada de rojo intenso. Llevaba pantalones negros y una blusa de color violeta pálido.

Un pequeño grupo, alrededor del piano, cantaba con ella, balanceando el cuerpo al compás de la música. Cuando terminó, hubo

un estallido de aplausos y silbidos, mientras desde un rincón un hombre gritaba:

—¡Mucha ropa, nena!

—¡Eso no se puede hacer aquí, guapo! —contestó ella con una amplia sonrisa, que dejó ver unos dientes perfectos.

Era un esbozo de risa y como si presintiera algo, cantó de prisa una canción un poco obscena, que hablaba de las hazañas de una joven llamada Sara.

Acertó con los deseos de la multitud, porque pronto todos cantaron con ella y rieron a carcajadas. Sin darles momento para respirar, de inmediato inició The yelow Rose of Texas, lo que causó un gran regocijo entre un grupo de texanos.

Richard se sentó en una silla y pidió algo de beber al camarero, que seguramente servía también para sacar a los alborotadores. Vio cómo la joven ignoraba las bromas y seguía adelante con la multitud, mientras se oyó de nuevo:

—¡Mucha ropa, nena!

Las reacciones de la gente eran diversas, algunas de apreciación, otras casi al límite de la indiferencia. La joven seguía tocando el piano con habilidad, sin perder el control o mostrar desconcierto. Él tuvo que reconocer que la chica era una profesional en su trabajo.

Anunció por el micrófono que habría un descanso de diez minutos, se levantó de su asiento y descendió por la escalera. La joven era alta y esbelta.

Richard se dio cuenta de que el hombre que estaba en uno de los rincones avanzaba tambaleándose por el salón. Era un tipo corpulento, iba con vaqueros, y llevaba la camisa abierta; en seguida se notaba que había bebido en exceso.

Tess Brannen no le vio, pues estaba firmando una de las cartas de vinos como recuerdo y charlando con unos clientes. Era tan bella como se la había imaginado, pero se negaba a aceptar su hermosura física, suponiendo que lo que le atraía de ella era sólo su cálida voz.

Ella se detuvo en la mesa de dos parejas de Florida. El hombre avanzó tambaleándose hasta llegar detrás de ella y le dio un beso en el cuello y con torpeza tiró de la blusa.

—¡Mucha ropa! —repitió.

Richard no logró ver cómo la mano de ella se cogía del borde de la mesa con fuerza. Lo único que él pudo distinguir fue cuando ella cayó entre los brazos del borracho y dijo algo que él no entendió, pero que hizo reír a la gente que estaba a su alrededor.

Uno de los fornidos camareros fue a librarla del sujeto, pero ella ya se iba sonriendo, como si nada hubiera ocurrido.

Los labios de Richard se contrajeron en una mueca de disgusto. Era probable que más tarde ella llegara a un acuerdo con el hombre. En su mente se repitió la escena, se imaginó el pelo rojo de su madre bajo las luces, oyó su encantadora y cadenciosa voz haciendo promesas que pronto olvidaba.

Miró a Tess Brannen con repulsión. Como si la intensidad de su emoción la hubiera contagiado, ella le miró a los ojos.

CAPÍTULO 2

EL rostro de aquel hombre destacó entre la multitud. Nadie la había mirado como él, con esa mezcla de desprecio, repugnancia y odio. Las desagradables palabras revoloteaban en su mente y siguió andando con pasos vacilantes, mientras la sonrisa desaparecía de sus labios. No pudo apartar la vista de aquellos fríos y crueles ojos azules. Alguien la tocó en el brazo.

Era una pequeña mujer de Phoenix, Arizona, de pelo negro azulado, que deseaba que le firmara una postal con la vista de Vieux Carré. Como un autómata, Tess garabateó los habituales buenos deseos y su firma sobre la tarjeta, no aceptó la invitación a una copa y se dirigió hacia la puerta que llevaba a los camerinos.

Se mantuvo de espaldas al hombre y, horrorizada, descubrió que aquello le suponía un gran esfuerzo. Sintió alivio al atravesar la puerta, ansiaba quitarse los zapatos; se sentó y cerró los ojos.

Pero aun así persistía la imagen de aquel individuo.

¿Quién era? ¿Por qué la había mirado de forma tan... hizo un esfuerzo por encontrar la palabra, tan... desdeñosa?

Eran preguntas que no se podían contestar. Con dificultad se puso de pie, bebió un sorbo de agua y se retocó los labios. Pete Mandrel, el gerente, era muy delicado en cuanto al maquillaje de sus cantantes.

Se sentía cansada. En la presentación anterior había trabajado hasta la media noche y ese día había sido más agobiante que otros; todavía tenía que salir una hora más y si se veía obligada a cantar Sara una vez más, no lo soportaría.

Miró su reloj. Los diez minutos habían terminado. ¿Por qué los momentos de descanso se iban tan deprisa cuando algunas veces los instantes delante del piano se hacían interminables? Era otra indescifrable interrogante. Sin ánimo, Tess se alisó los pantalones y volvió a ponerse los zapatos.

Al volver al bar necesitó fuerzas de voluntad para no mirar hacia la pared. Mientras andaba mecánicamente hacia el piano y por un breve segundo, contempló la escena con mirada extraña; la mortecina luz, hombres y mujeres entrechocando sus copas, en medio de una nube de humo.

En mejores momentos aquello le parecía como una gran reunión de alegría y cálida amistad. En los peores, y ése era uno de ellos, era como una escena de la antesala del infierno, oscura, maloliente a cigarro y alcohol, una espantosa realidad de deseo sexual, sustituyendo a una real comunicación.

La verdad, sin duda, era que algo había de ello, pero era difícil

reflexionar cuando los pies estaban cansados y tenía que levantarse a las siete y media de la mañana del día siguiente.

Se sentó al piano, ajustó el banquillo y cogió el micrófono.

—Buenas noches, damas y caballeros. Soy Tess Brannen, que los divertirá hasta la media noche. ¿Hay alguien aquí de Kentucky?

Un coro de algarabía se oyó desde la mesa central y ella empezó a cantar My Oíd Kentucky Home para continuar con Chattanooga Choo Choó, canción favorita del público. Esperó los aplausos del público y se atrevió a mirar hacia la pared del fondo. El todavía estaba allí, al parecer con la misma copa, demasiado aislado de los demás. ¿A qué había ido si no participaba y se reía como el resto de la gente? *

Tal vez se concentró demasiado tratando de olvidar su presencia, pero de pronto, Tess descubrió que el tiempo había transcurrido más deprisa de lo normal. A pesar de los gritos de protesta, tocó la última melodía para presentar a la siguiente cantante, que se presentaría diez minutos después. Nada más levantarse del piano, observó que el desconocido también se ponía de pie. Ella se sobresaltó, algo en su interior le decía que él se había puesto de pie no precisamente para marcharse... tenía otro propósito en mente.

Pensó que si se apresuraba hacia los camerinos podría evitarle, pero los clientes querían charlar con ella, preguntarle de dónde era, si deseaba una copa, por qué no había cantado canciones judías y otras cosas más. Y como Pete repetía constantemente, los clientes estaban primero, así que hizo un esfuerzo por ser amable y cuando llegó a la puerta, Rhonda ya estaba en el escenario y el desconocido la estaba esperando.

El hombre inquirió amablemente:

—¿Podría hablar con usted un minuto, señorita Brannen?

—No, me temo que no —contestó, tajante, mientras empujaba la puerta.

Él la cogió por un brazo sin demasiada delicadeza.

—He realizado un largo viaje para verla y realmente creo que...

—Por favor, márchese.

Él no le hizo el menor caso, y le apretó con más fuerza el brazo.

—Me envía mi tía. Ella es amiga de...

—Yo no deseo hablarle pero parece que usted sí, ya que tan amablemente me coge el brazo.

—¿Hay problemas Tess? —se oyó una voz.

—Ellis. Sí, este caballero, me está molestando.

Al hablar y pronunciar la palabra «caballero» dio una inflexión a la voz, sin pensar si insultaba o no al hombre.

Ellis siempre le había parecido alto, pero el extraño le sobrepasaba

en estatura. El empleado era un negro, campeón de lucha, que siempre había sido bondadoso con ella y que hacía dos turnos en el bar para ahorrar algún dinero y asistir a la universidad; en incontables ocasiones había rescatado a Tess de los borrachos impertinentes.

Ellis dijo suavemente:

—La señorita Brannen está ocupada, señor, tal vez no le importe dejarla en paz.

Richard habló, molesto después de soltarla el brazo.

—¿Sería tan amable de explicar a la señorita Brannen que le he traído un mensaje de mi tía que vive en Canadá?

—No conozco a nadie en ese país. Buenas noches, Ellis.

Desapareció deprisa por la puerta hacia su camerino. Lo desagradable del momento no había sido tanto la hostilidad que había notado en las palabras del sujeto, sino la respuesta ante su contacto. A través de la fina seda de la blusa había sentido la fuerza de sus dedos sobre su piel, la vibración de sus manos y aquello le había gustado. Ellis había llegado en el momento justo, pensó al mirarse en el espejo. No tenía tiempo para complicaciones de esa naturaleza.

Se puso unos zapatos más cómodos, con poco tacón, y se cubrió con la gabardina, que anudó a la cintura. Cogió el bolso y salió del camerino para dirigirse hacia la calle. Al llegar a la puerta titubeó un instante, al ver una alta figura envuelta en una gabardina de color rojizo. Seguía lloviendo y estaba agotada, tal vez se permitiera un pequeño lujo y tomara un taxi, pero recordó que los gemelos necesitaban zapatos...

—¿Señorita Brannen?

A pesar de haber reconocido la voz, se volvió deprisa.

—Por favor, márchese y déjeme sola.

—Sólo quiero hablar con usted unos minutos.

—Yo no quiero hablar con usted.

Miró con impaciencia hacia la calle en busca de un taxi.

—Sólo trato de ayudarla.

—Eso es lo que siempre dicen todos —respondió bruscamente.

Cuando él habló su voz tenía un tono de burla.

—No se espante, no persigo sus bienes... o su persona. En primer lugar, tengo suficiente dinero y sobre lo segundo, me disgustan los géneros de segunda mano.

—No debería frecuentar los bares, si le gustan tanto las vírgenes.

—He venido a este bar precisamente porque mi tía, mal informada como está, desea que la ayude. No se sienta halagada porque no persigo nada personal, señorita Brannen.

—Los donjuanes jamás me halagan. Los hombres que beben toda la

noche y después tratan de conseguir una cita no son mi tipo.

Si su intención hubiera sido enfadarle, lo había conseguido. Él la empujó hasta apoyarle la espalda en la pared.

—Si supiera lo gracioso que resulta esto. Usted es la última mujer a la que trataría de seducir, créame. Y ahora me escuchará, le voy a decir la razón por la que estoy aquí...

En ese instante vio que se acercaba un taxi y se escabulló de sus brazos, cruzó de prisa la calle y llamó al coche, que abordó deprisa. Casi sin aliento, indicó:

—A los apartamentos Riverside, por el mercado, por favor.

—Enseguida, parece que he llegado a tiempo.

—Sí —nerviosa, miró hacia atrás—. ¿No nos ha seguido?

—No, madame. Creo que se ha quedado muy molesto.

—Se puede enfadar cuanto quiera, no volveré a verle.

«Género de segunda mano, ¡atrevido!», pensó colérica. Sólo porque cantaba en un cabaret la había tratado como si fuera una prostituta y eso la había enfurecido.

Vivía en unos apartamentos al lado del río, los edificios eran viejos y el alquiler relativamente bajo. Pagó al taxista, entró deprisa y subió por la escalera.

Su apartamento, con vista a la calle, estaba en el segundo piso. Apenas llegó, Tess metió la llave en la cerradura de la puerta, que ya necesitaba una mano de pintura.

Aquello era una combinación de sala, comedor, cuarto de juegos y gimnasio; sin embargo, Tess trataba de conservarlo limpio y con lo poco que había, nunca estaba desordenado: un viejo sofá, las pesas y barras de Mike, una mesa de roble y cuatro sillas viejas, plantas y juguetes por el piso.

Tess descubrió una nota en una de las repisas del armario donde ella guardaba su colección de libros sobre biología marina y Mike sus textos de fisiología. La nota era de él. Creía que Lisa había pescado un resfriado, llegaría a casa media hora más temprano a la mañana siguiente, así ella no tendría prisas para ir al trabajo. Entró en su habitación y tiró la gabardina sobre la cama.

Una cama, una mesilla y una silla eran los muebles, todos de segunda mano. Encima de la cama, en la pared, había un solo cuadro, era la fotografía de un bello paisaje de una costa rocosa en una mañana gris; las siluetas de los árboles se distinguían confusamente a través de la niebla. Tess había crecido en un lugar como ése.

En ese momento ni siquiera miró la fotografía. Dejó los zapatos bajo la silla y de puntillas fue hacia la otra habitación, la que ocupaban los niños. Había una pequeña luz en la pared y allí se quedó

un momento, contemplándolos con amor.

Tess cubrió el cuerpecito de Robbie y cogió del suelo el osito de Lisa. Así dormidos, los gemelos parecían vulnerables y dependientes de ella; había aprendido que para educarlos necesitaría luchar con tesón.

Final del día… «qué hermoso sería que los pequeños pudieran dormir hasta media mañana», pensó Tess, mientras regresaba a su dormitorio para quitarse el maquillaje.

Después de colgar su ropa con cuidado, se metió en la cama. Por un instante el recuerdo de unos fríos ojos azules invadió su pensamiento, pero ella lo desechó de inmediato; deseaba olvidar el incidente que tanto la había herido y enfadado.

CAPÍTULO 3

A LAS siete y media de la mañana, Robbie empezó a jugar con su locomotora de madera sobre la pared. Tess se movió somnolienta y oyó que Mike entraba en la otra habitación; afortunadamente el ruido cesó. Ella tendría que levantarse porque Mike se marcharía al trabajo en menos de quince minutos.

Poco después, al llegar a la cocina, los gemelos estaban sentados en sus sillas, la cafetera hervía en el fuego y un vaso de zumo de naranja la esperaba sobre la mesa. Mike estaba preparando una ensalada para llevarse de comida, a pesar de que ocasionalmente, por las noches, sucumbía ante unos deliciosos spaguettis, su plato favorito.

—Buenos días.

Tess dio un largo sorbo al zumo de naranja y respondió al saludo.

—Buenos días, sírveme una taza de café.

Le dio la taza y ella aspiró el grato aroma.

—Gracias.

Mike, profesor de educación física, trabajaba en un club de tenis del centro de la ciudad. Era un año mayor que ella y sólo unos centímetros más alto. Desde un principio ella supo que el arreglo al que habían llegado resultaría bien.

Mike trabajaba duro para ahorrar hasta el último céntimo y casarse al terminar el año con la hija de un acaudalado hombre de negocios de Lafayette, con ideas tan caducas para implantar que el prometido de alguna de sus hijas debía tener un sólido respaldo económico. Como Mike estaba muy enamorado, todas las mañanas se iba rápidamente a trabajar, cuidaba a los gemelos de Tess por las tardes para reducir la parte del alquiler que le tocaba y enseñaba squash, frontón y tenis los fines de semana a todos aquellos que podían pagar sus honorarios. La cuenta de sus ahorros aumentaba con rapidez hacia un nivel aceptable para monsieur Leblanc.

Él agregó algunas uvas a su ensalada, acarició a los gemelos y le sonrió a la chica como despedida; era muy atractivo pero Tess nunca había experimentado ningún otro sentimiento que no se le pudiera llamar hermandad. ¿Por qué mientras le dijo adiós al salir de la cocina, de pronto recordó al extraño de pelo rubio?

Era un día normal, con las mismas actividades. Desayunar, bañar y vestir a los gemelos, ir a la lavandería y a las tiendas, preparar la comida y por la tarde, dormir una siesta los tres, demasiado breve para Tess, dar un paseo con los niños y ordenar el apartamento.

Mike, tal como había prometido llegó media hora más temprano, así que la chica no tuvo que fregar los platos. Frente al espejo del

cuarto de baño empezó a maquillarse con sumo cuidado, después aplicó una nueva capa de esmalte a sus uñas. Tenía cuatro trajes para trabajar, esa noche seleccionó un vestido de seda negro. Se cubrió con la gabardina, había decidido ir andando hasta el cabaret pues tenía tiempo suficiente para hacerlo; besó a los gemelos y salió de la casa.

La mayoría de la gente debía estar cenando en ese momento, así que las calles estaban muy solitarias. La brillantez del sol se ocultaba en la distancia y empezaba a oscurecer.

Absorta, pensaba en lo breve de la vida. Por unos instantes se sintió demasiado sola, con una gran responsabilidad encima, era una rara sensación que sufría en los últimos días. Tal vez por eso se sorprendió al descubrir que cerca de la entrada del cabaret la estaba esperando el extraño rubio. Antes de que pronunciara una palabra, él dijo con calma:

—Quiero disculparme por haber perdido el control anoche y decir lo que dije. Había razón para ello, pero no pienso aburrirla detallándola. Sin embargo, eso no me disculpa, ¿verdad?

—¿No ha cambiado la opinión que tiene de mí? —preguntó ella como respuesta.

Él titubeó un instante.

—No.

Extrañamente, esta vez no se molestó. Le miró detenidamente en un intento de descubrir lo que había detrás de aquel rostro.

—Tiene una ventaja sobre mí... usted sabe mi nombre y yo no sé el suyo.

—Richard Atherton —dijo él sin ofrecerle la mano.

—Y tiene una tía en Montreal —añadió ella.

—Sí, tardaré sólo unos minutos en explicárselo. ¿Puedo atreverme a invitarle a una copa?

Ella sonrió con espontaneidad, era la primera sonrisa sincera que le ofrecía.

—¡No, gracias! Paso suficiente tiempo en el cabaret —miró su reloj —. Además, sólo dispongo de diez minutos.

—Entonces seré breve. Hace tiempo vino a verla la señora Mabel Reeves, una amiga de su madre.

—Sí.

—Tengo entendido que le ofreció ayuda y usted se negó a aceptarla —Tess asintió con los labios apretados—. Mi tía, Agathe Latour, una viuda que vive en Montreal es amiga de Mabel y también conoció a su madre. Hace años fueron a la misma escuela y al salir siguieron en contacto. Mi tía apreció mucho a su madre y está preocupada al saber que la hija de Clara, su amiga, tiene que trabajar

en un club nocturno.

—No es un burdel y usted lo sabe.

—No estoy aquí para discutir sobre su empleo, sólo por interés de mi tía.

—¿Es usted un mensajero involuntario?

—Sí, señorita Brannen, me encuentro aquí contra mi voluntad y únicamente el amor y el respeto hacia mi tía me han obligado a llegar hasta aquí.

—Me sorprende, por lo menos hay una mujer a la que respeta.

—Es la única que me ha dado motivos para ello.

—¿De verdad? Así que odia a las mujeres, qué gracioso. ¿Qué se siente al aborrecer a la mitad de la población?

—Me está interpretando mal a propósito, por lo visto se ha propuesto contrariarme.

—Me parece que eso es mutuo.

—Volvamos al asunto. Mi tía está dispuesta a ayudarla, o bien para que ingrese en la universidad, o para financiarle el viaje a Canadá y buscarle allí un trabajo mejor. Está realmente preocupada por su futuro.

—Eso es muy amable de su parte —contestó, sincera—, sin embargo, tengo dos títulos universitarios y un buen trabajo, su preocupación resulta innecesaria.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años.

—¿Dos títulos?

—Un primer grado académico en Zoología de los Invertebrados y una maestría en Ecología Marina, ¿ella lo ignoraba?

—Si lo sabía no me lo dijo, ¿y qué diablos está usted haciendo en un cabaret?

—Es evidente que tampoco se lo dijo, señor Atherton.

—¿Y por qué no lo hace usted?

—No es algo que le interese. Desgraciadamente para los impulsos caritativos de su tía, prefiero elegir mi vida.

Tess hizo una pausa, pues estaba avergonzada. En apariencia, la tía de Richard era sincera en su deseo de ayudarla y merecía mejor respuesta que aquélla. Seleccionó con cuidado las palabras para continuar.

—Si esa dama conoció a mi madre, debe saber que desciendo de una orgullosa estirpe inglesa que logró su independencia y considera una gran humillación contraer deudas. No puedo aceptar su ayuda, pero le ruego que le dé las gracias de mi parte.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Para mí no hay necesidad de responder a su interrogatorio. Llegaré tarde, me tengo que ir.

—De modo que el asunto concluye porque no está interesada.

—Sí, ya puede regresar a Canadá, señor Atherton.

—Pero yo, al igual que usted, señorita Brannen, soy independiente y hago lo que me place. Tal vez no me agrade regresar a Canadá y me quede unos días para recorrer la ciudad y conocer otros clubs.

Tess le miró, confundida y temerosa. No deseaba que él permaneciera en la ciudad y merodeara por el Barrio Francés; podía encontrarla en sus diarias actividades con los gemelos. Quería que desapareciera de su vida, sólo así podría olvidarle.

—Si se queda o se va, es asunto suyo, pero por favor, no vuelva a molestarme.

—Aun a riesgo de parecer repetitivo, le digo que haré lo que me plazca.

—Buenas noches señor Atherton.

—Buenas noches señorita Brannen.

Ella entró en el club y percibió de inmediato el olor a humo de cigarrillos y a alcohol. No había conocido nunca a nadie con tanto magnetismo, debía estar loca para sentirse atraída hacia él. Se reprendió a sí misma mientras se dirigía deprisa hacia su armario para colgar el abrigo y cambiarse los zapatos.

¿Quién necesitaba a un hombre que odiaba a las mujeres? ¿Por qué sería así? pensó, ¿habría estado casado y su matrimonio había fracasado? ¿Le habían traicionado? ¿O quizá era viudo? Se cepilló con prisa el pelo, la idea de que hubiera estado casado no le agradaba. «Sé sincera, Tess, te desagrada el sólo pensarlo y eso es algo que no haría contigo.»

Se estaba poniendo los zapatos cuando alguien llamó ligeramente a la puerta. Tess no tuvo necesidad de preguntar quién era.

—¡Pasa, Pete! —gritó.

Se había retrasado y era culpa de Richard Atherton.

—Tenías que haber empezado hace cinco minutos —le dijo con el ceño fruncido.

Tess no estaba equivocada acerca de aquel hombre. Pete Mandrel era un buen jefe, firme pero justo, y por fortuna sin exigencias sexuales. Estaba casado con una italiana de prominentes senos y fieros ojos, trataba a sus empleadas con respeto y pasaba todo el tiempo que podía con su bien dotada Maddalena.

—Disculpa, un asunto me detuvo.

—Esta noche será agitada, tenemos la gran convención del Royal Orleáns. Sal y bríndales todo lo que tienes —le dijo Pete.

Tess echó a andar y titubeó de pronto. A poca distancia de ellos estaba, observándolos con ironía, Richard Atherton. Él no sabía de la existencia de la quisquillosa Maddalena. Solo vio cómo el jefe la llevaba cogida por los hombros, con eso sus sospechas quedaban confirmadas.

—Sí, les brindaré todo lo que pueda.

Y así lo hizo, intercambió sugestivos diálogos con el público masculino y añadió un par de picaros párrafos a la canción de la frívola Sara, mientras coqueteaba con un texano de gran estatura que quería invitar a beber algo a todos. Después de una hora, vio con satisfacción cómo la alta figura de Richard Atherton empujaba la silla y se dirigía hacia la puerta, sin volverse siquiera para mirarla.

Cuando al fin terminó su trabajo, se dirigió a su casa. Estaba demasiado cansada para descubrir al hombre de abrigo oscuro que estaba de pie en la esquina opuesta, desde donde se veía la puerta del cabaret.

Cruzó la calle y desapareció en el grupo de apartamentos de deprimente aspecto; subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta. Si hubiera mirado por la ventada quizá hubiese distinguido al hombre cuando atravesaba la calle. Lo que no habría visto fue cómo se detuvo en la entrada y leyó los nombres de los residentes hasta descubrir el renglón del apartamento doscientos dos. Tess Brannen y Mike Campbell, decía en claras letras de imprenta. Con la mirada fija en el letrero, él permaneció allí durante unos minutos.

Aquella llamada a la puerta a la mañana siguiente, no podía haber ocurrido en peor momento. Mike era el único que estaba de buen humor. Era viernes y eso significaba que por la tarde cogería el autobús hacia Lafayette para pasar el fin de semana con Angeline.

Tess, que había trabajado hasta las dos de la madrugada, había intentado, sin conseguirlo, dormir unos minutos durante la mañana. Estaba en lo que ella llamaba su peor aspecto: tenía el pelo recogido, su rostro carecía de maquillaje, llevaba unos viejos vaqueros que no le quedaban bien y una camiseta que anunciaba sobre su pecho: 100% Organic.

Mike estaba en la cocina preparando su especialidad; spaguetti.

—¿Puedes abrir, Tess?

Robbie acababa de quitarle el tren de madera a su hermana, que empezó a llorar. Musitando una maldición, la joven levantó a Lisa del suelo y la cogió en brazos en un intento por detener su llanto; después abrió la puerta.

Era Richard Atherton, con una expresión en el rostro que ella nunca le había visto, sus ojos azules brillaron cuando inquirió:

—¿Por qué no me dijo que estaba casada?

—Porque no lo estoy.

Él miró a la niña que tenía en los brazos.

—Entonces, ya es hora de que lo esté.

Antes de que ella pudiera recuperarse de la sorpresa, Mike gritó:

—No es Ricky, ¿verdad, Tess?

Ricky era su asiduo compañero de squash.

—No.

—¿Me permite entrar?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Para hacerle un informe completo a mi tía. Estoy seguro de que cuando se entere de su forma de vivir, dejará de preocuparse.

—Entonces, adelante, sería imperdonable que le privara de cualquier sórdido detalle.

Lisa se distrajo momentáneamente con el visitante, pero después de una pausa siguió llorando.

—¡Calla, por favor! —exclamó, exasperada, y dejó a la niña en el suelo, junto a un montón de dados de plástico—. Después te haré una torre.

Robbie se acercó gateando, mientras Lisa se dirigía hacia el tren abandonado, dejando de llorar.

—¿Cuántos más viven aquí? ¿Y por qué demonios no se ha casado con el padre si vive con él?

—Mike no es el padre.

Enseguida, Tess se arrepintió de haber hablado, porque una mueca de disgusto apareció en el rostro de Richard.

—Lo siento, no creí que eso la molestara.

—Adiós, Tess Brannen, ya veo que todo está bien, usted no necesita mi ayuda ni la de mi tía, se sabe cuidar sola. Qué curioso, vestida de esa manera parece una adolescente, tiene una aureola de inocencia, lo que demuestra lo engañosa que puede ser la apariencia, ¿no es así?

Tess sintió de pronto la necesidad de confesarle cuál era su situación, de ignorar su desprecio y hablarle con sinceridad ¿Por qué? No estaba segura.

—Señor Atherton...

—Sus ojos son muy hermosas Tienen el color de los lirios salvajes que crecen cerca de mi casa durante la primavera; ese tono de azul que casi alcanza el violeta. Al verla en el bar, nunca estuve seguro de su color.

Hizo una reverencia, dio media vuelta, pasó al lado de Robbie, que estaba jugando con los dados, y dio un portazo.

Al marcharse él, Tess se quedó sin habla. Avanzó hacia la puerta, quería llamarle, pero fue incapaz de emitir ningún sonido. No tenía sentido hacerle regresar.

Sólo porque él había dicho que sus ojos tenían el color de los lirios salvajes... se reprendió con severidad, se olvidaba de que la había enjuiciado y criticado.

No lo necesitaba para nada.

Robbie empezó a llorar porque su torre se derrumbó y Tess le cogió sin hablar. Ella también recordaba desde su infancia los lirios salvajes, a pesar de que, donde ella había crecido, les llamaban blue flags.

—¿Estás bien? ¿Quién era?

—Sí, Mike —respondió al ponerse de pie, consciente de su rubor—. Era... alguien que conocí en el bar, eso es todo. ¿Están listos los spaguettis? ¿Les doy a los gemelos su cena?

—En otras palabras, no quieres hablar de él —dijo él de buen humor—. La cena está lista y ya he puesto la comida de los niños en el fuego.

Mike no sabía mucho de comida infantil, así que había decidido calentar algunos de los frascos que Tess había comprado en el supermercado. Les daría a Robbie y a Lisa esa papilla y un poco del plato italiano que tanto les gustaba. Tess trataba de alejar de su mente a aquel atractivo rubio, separó a Lisa del tren y la colocó en su silla; la rutina daba comienzo.

—¿Cómo está Angeline? —preguntó, cuando Mike le puso el plato en la mesa—. Mmm, esto parece delicioso.

—Está bien, mañana vamos a revisar nuestros ahorros, creemos que tal vez podamos casarnos en el verano. Su padre sé llevará una sorpresa, tengo la impresión de que se empieza a dar cuenta de que no soy ningún moscardón que pretende robar a su hija —Mike esparció queso parmesano sobre el plato—. Todo a su tiempo.

—Empieza a apreciar tus excelentes cualidades, seguramente debe notar cuánto amas a Angeline.

Tess sólo había visto a la chica una vez. Era una robusta joven de pelo oscuro, no muy bella, pero con una chispa de picardía en sus ojos marrones y un concepto optimista de la vida; Tess comprendía bien su atracción por Mike, que poseía el mismo carácter.

—Una boda a la que espero ser invitada.

—Por supuesto, probablemente te pidamos que cantes en la iglesia —él se rió al ver el gesto de disgusto de ella—. O Perfect Love o quizá The Yellow Rose of Texas, ¿te parece?

—Dudo que tu novia lo permita.

Le dio a Lisa otra cucharada de comida.

—Tenemos que pedirte que seas discreta con el señor LeBlanc. Nunca le hemos dicho que comparto el apartamento con una mujer... supongo que se colgaría de la lámpara más cercana.

—Es una lástima que él no pueda entender que es un práctico y simple arreglo que nos beneficia a los dos. Angeline nunca ha objetado nada, ¿verdad?

—No. Dice que hay que vernos juntos para darse cuenta de que somos como hermanos.

—Me pregunto por qué todo tenía que ser de esta manera... Tú sabes que nunca he creído estar enamorada. Me ilusioné con mi maestro de inglés y con mi profesor de laboratorio en el primer año de Biología, pero aquello no fue amor.

—¿Qué ocurrió con Jeremy?

Ella hizo una pausa, mientras enrollaba un espagueti en el tenedor y se imaginaba el rostro de Jeremy tan claro, como si lo tuviera frente a sí. Jeremy Blandfor III, heredero de Blandford Mills. Tess pensaba a menudo que ella le intrigaba no tanto por sus habilidades intelectuales o por su talento artístico sino por su firmeza al no permitirle que la forzara a hacer cosas que ella no deseaba. En los años anteriores a su graduación, fueron compañeros de laboratorio y mientras ella trabajó en su tesis, compartieron una oficina en el departamento de biología marina; siempre habían estado tan unidos como una pareja.

—Me gustaba —respondió finalmente—. Sin embargo, nunca he estado enamorada de él.

—Con todo el dinero que tiene, vivirías en mejores condiciones.

—Sí, me ha pedido que me case con él —admitió con tristeza—, dos o tres veces; pero a pesar de ello, sospecho que lo hace porque está seguro de que no aceptaré. Él no está acostumbrado a que la gente le niegue algo.

—Todavía te escribe, ¿verdad?

—Sí, y en cada una de sus cartas, en la posdata, pregunta si he cambiado de opinión —suspiró mirando a su alrededor—. Debe tener cuidado, uno de estos días atravieso por un mal momento y le escribo aceptando su propuesta.

—No creo que tú hagas eso.

—-Estoy de acuerdo. Lisa, mi amor, no me he olvidado de ti —terminó de darle de comer a la niña—. Algunas veces me pregunto, cómo es posible que a los veintitrés años nunca me haya enamorado quizá algo anda mal en mí.

—Eso no es cierto, ¿quieres un poco más?

—No, gracias. Si como más, no podré cantar una sola canción.

—Lo que sucede es que todavía no has encontrado al hombre adecuado, eso es todo. Uno de estos días alguien llegará y sabrás que él es el elegido.

—Todo eso parece irracional. Nunca tuve fe en los poetas.

—Estoy seguro y eso es algo que no podrás analizar en tu laboratorio. Las emociones no son racionales.

Tal vez su amigo tuviera razón. No había nada racional en la forma en que había reaccionado ante el contacto de Richard Atherton y de la aguda sensación de vacío que la había invadido cuando dijo adiós.

Tess se puso de pie y recogió la fruta que Mike había preparado como postre; después de ordenar la mesa y la cocina, llevó a los gemelos a la cama, sin dejar de pensar en el extraño de ojos azules. Aún pensaba en él cuando minutos después se sentó en el borde de la cama; estaba lista para irse al trabajo, y sostenía una taza de té entre las manos. Robbie y Lisa estaban ya dormidos y Mike hablaba por teléfono con Angeline. De pronto se preguntó si estaba en lo correcto al considerar a Richard Atherton un extraño.

En su cerebro apareció de inmediato la imagen exacta de su presencia. Su impecable porte, la brillantez de su pelo y sus ojos azules. El gesto de autocontrol y férrea voluntad en el rostro, la fuerza de su cuerpo, vestido con prendas finísimas. Sabía que se había precipitado al juzgarla y que se enfadaba con facilidad.

Además, tenía sensibilidad para contemplar la belleza de las flores silvestres. Era un lazo que los unía sin tener explicación. Su razón, nunca se lo diría porque tal vez ya no se encontraba en la ciudad; ya que había cumplido con la misión que le había encomendado su tía, se habría marchado y no volvería a verle jamás.

CAPÍTULO 4

NO HABÍA razón para que Tess mirara hacia los rincones del cabaret, tenuamente iluminado, mientras se sentaba al piano y empezaba a cantar; sin embargo, una leve esperanza la hizo buscar a Richard Atherton. Distinguió a algunos hombres rubios de gran estatura y el corazón le latió aceleradamente, pero ninguno era. Su turno terminó a las dos de la mañana y él no llegó.

La conclusión era lógica: se había marchado.

Muy deprimida llamó un taxi, regresó al apartamento y se metió en la cama. «Las cosas parecerán mejor por la mañana», era una de las máximas de su madre. Mientras hacía esfuerzos para dormirse, guardaba la esperanza de que aquella frase fuera cierta.

Se despertó a las siete de la mañana y no precisamente por los gemelos, sino por Mike, que había estado haciendo gimnasia en la sala con tanto entusiasmo, que ella lamentó que fuera tan desconsiderado. Parecía una necesidad el haber silbado bajo la ducha y eso, por supuesto, despertó a los gemelos. El colmo fue cuando llamó a la puerta y dijo con suavidad:

—Me tengo que ir, Tess, será mejor que te levantes.

Reprimió los improperios que acudieron a su mente y contestó con suavidad:

—Que te vaya bien.

—No regresaré hasta mañana. Cogeré el autobús después del último juego.

Se levantó de la cama, vio por la ventana que el día estaba nublado y que el viento soplaba con fuerza

Robbie parecía haber mejorado de los efectos que la vacuna le habían causado, pero el brazo de Lisa estaba hinchado. Buscó los brazos de Tess, y con ternura escondió la carita en su blusa. Su tía la abrazó y depositó un beso sobre los rizos de la niña. El niño también quiso que lo cogiera y ella se sentó con cada uno en un brazo mientras les cantaba una canción.

Desafortunadamente, Lisa había derramado su tazón de cereales sobre el suelo de la cocina, así que después de dejar a los niños en su cuna, tuvo que limpiarla. Enseguida decidió hacer lo mismo con el baño. Después de ordenar la habitación de los pequeños, siguió con la suya, aprovechando que los niños dormían la siesta. Se había propuesto empezar a leer un libro antes de la cena. Al ir hacia el frigorífico por un poco de zumo de naranja, recordó que era sábado y que tenía que ir a la tienda antes de que la cerraran.

Emitió un sonido de disgusto pero no tenía otra elección, le faltaba

leche, verduras y lo necesario para la comida del día siguiente. Ya no tendría tiempo para leer. Vistió a los gemelos e iba a coger su bolso cuando sonó el teléfono.

—¿Hola?

—¿Tess? Soy Carol, no podré ir esta noche porque me he resfriado. Le he pedido a mi hermana que me supliera pero está ocupada. ¿Podrás encontrar a alguien?

Carol cuidaba de los gemelos los sábados por la noche porque Mike iba a Lafayette; no era de mucha confianza, pero era lo mejor que había podido encontrar. En ese momento, miró el reloj que había sobre la repisa y el corazón se le encogió. Las tres de la tarde y sábado, sería difícil conseguir una niñera para las ocho y media.

—Así lo espero, ¿tienes a alguien en mente?

—De momento no, pero si se me ocurre alguien te llamaré.

—Está bien, cuídate.

Trató sin éxito con un par de mujeres. Empezó la tarea de bajar el cochecito por la escalera. Primero bajó a Lisa y después a Robbie. Si no encontraba a nadie que cuidara de los niños, tendría que llamar a Pete para que cancelara su representación de esa noche.

Cogió el cochecito con los gemelos y empezó a andar. El aire era frío y húmedo, demasiado frío para enero, pero a pesar de ello, si no hubiera estado tan preocupada habría disfrutado del paseo. Pete no se molestaría demasiado si no se presentaba esa noche, el problema sería que le redujera el sueldo.

Absorta en sus pensamientos dejó el cochecito en la entrada del supermercado y pasó a los gemelos al carrito. Les gustaba salir de compras, pero a Tess le podía provocar un ataque nervioso. Robbie tenía la tendencia de coger cualquier cosa o gritar a alguna persona, mientras que Lisa llamaba «Dada» a cualquier hombre qué veía.

Al salir, cargando con varios paquetes, Tess le comentó a la cajera cuánto necesitaba una niñera y le preguntó por una mujer que vivía en el mismo edificio que ella. La empleada le dio un par de números de teléfono para que llamara; era seguro que una u otra la ayudaría. De otra manera tendría que telefonear a Pete para que buscara una suplente.

Ayudándose con un hombro, empujó la puerta y cogió el cochecito y volvió por los niños. Les indicó que se sujetaran con fuerza.

Encogiéndose ante un tirón de pelo de Robbie, se encaminó hacia la puerta, disculpándose con una obesa señora que charlaba con un empleado.

—Déjenme pasar, por favor —pidió, desesperada, pues los brazos le dolían.

Mientras la mujer se apartaba de su camino, la niña vio un perro a través del cristal y quiso correr hacia él. Tess la cogió con fuerza.

—¡No, Lisa!

El niño vio al animal, mientras tiraba nuevamente del mechón de la chica. Ella gimió de dolor y con la espalda empujó la puerta; llevaba el bolso y los zapatos de la niña le producían un intenso dolor en una pierna..

La puerta se abrió y ella se volvió para dar las gracias a la persona que la ayudaba.

—¡Usted!, pero...

El niño dejó de tirarle del pelo a Tess y Richard Atherton se lo quitó de los brazos.

—¿Tiene que volver por los comestibles? —preguntó con amabilidad.

—Yo... sí.

Se agachó para colocar a Lisa dentro del cochecito. Aseguró a la niña y cuando Richard sentó a Robbie, hizo lo mismo.

—Espere aquí, yo iré por ellos.

Tess le siguió con la mirada, contenta de verle.

Él regresó con las bolsas.

—¿Cómo habría llevado todo esto, además de los niños, si yo no hubiera venido?

Señaló la canastilla vacía que estaba detrás del cochecito.

—Un par de bolsas caben ahí, las demás las llevaré yo. Gracias por su ayuda con la puerta, si me permite las bolsas, ahora puedo con todo.

—¿Y en dónde está su amigo Mike mientras usted hace esto? ¿Se ha quedado en casa reposando sobre la cama?

—Está de viaje.

—Así que se va y la abandona a su suerte en la lucha con dos pequeños y una carga de alimentos. Gracioso tipo.

—No es eso, normalmente lo hacemos juntos, pero hoy se ha ido más temprano de lo acostumbrado y yo olvidé que era necesario venir al supermercado.

—¿Eso quiere decir que él sale con regularidad? .

—Todos los sábados, pero eso no...

—¿Y cuándo le toca a usted salir?

—Yo no... yo...

—Una vez él y otra usted.

—Yo no puedo salir, trabajo las siete noches de la semana.

—Es inteligente al no casarse con él. ¿Y qué hace él todos los sábados por la noche?

—Visita a su prometida.

El rostro de su acompañante reflejó asombro y en sus ojos azules se notó la incredulidad. Tess añadió más tranquila:

—¿Podemos ir andando mientras hablamos? Necesito llegar a casa para llamar por teléfono. O si lo prefiere, deme las bolsas y seguiré mi camino —se estremeció de frío—-. Hace demasiado frío para seguir aquí de pie.

—Lo que sucede es que no se ha abrigado lo suficiente.

—No me di cuenta de que hacía tanto frío.

—Vamos, deme eso.

Anduvieron por la acera, pasaron por la tienda de ropa, el bazar de antigüedades y la carnicería, mientras los gemelos gozaban del movimiento del cochecito. Como si la conversación no se hubiera interrumpido, Richard Atherton dijo:

—¿Escuché bien? ¿Acaba de decirme que el hombre con el que vive ha ido a visitar a su prometida?

—En efecto, mire, señor Atherton…

—Mi nombre es Richard.

—Como Lisa no dudará en llamarle a cada minuto «Dada», quizá tenga razón. Dejaré a un lado lo de señor Atherton. Richard, ha entendido mal la situación. Mike y yo sólo somos amigos, él está comprometido con una chica de Lafayette; ahorra hasta el último céntimo, paga la cuarta parte del alquiler y a cambio cuida de los gemelos seis noches a la semana, mientras yo salgo a trabajar. Es un buen acuerdo para los dos. No sé lo que haré cuando se case, será difícil encontrar a otra persona así.

—¿Me está diciendo que él y usted no son amantes?

—Exactamente —contestó con firmeza.

—¿Y qué piensa su prometida de ese maravilloso arreglo?

—Cualquier cosa que le permita a Mike ahorrar para que se casen, Angeline lo acepta. Los padres de ella no lo saben, porque son demasiado estrictos y no dudo que llegarían a falsas conclusiones. Pero ella y yo nos llevamos bien, es una joven práctica.

—Pudo haberse acostado alguna vez con él.

Habían llegado a la puerta del apartamento y Tess le miró fijamente.

—No he tenido que hacerlo. Aparte de su compromiso con Angeline, jamás he tenido el mínimo deseo de acostarme con Mike.

—¿Y él tampoco?

—No y supongo que si así fuera no tardaría en confesárselo a Angeline. Como le he dicho ya, entre Mike y yo sólo existe una gran amistad, si suena trillado lo siento, es la verdad.

—Es difícil creerlo.

—¿Por qué? No me parece que sea un convenio demasiado raro.

—Quizá no, pero no puedo concebirlo.

—¿No puede o no quiere?

—No quiero, Tess Brannen.

—Me lo imaginaba. El problema soy yo, no Mike. Le resulta imposible que viva con un hombre sin meterme en su cama.

Richard depositó cuidadosamente las bolsas sobre la acera, la cogió por los hombros y la zarandeó.

—Ha sido muy clara, pero no puedo creerlo. Toda su vida gira alrededor de los hombres. Les canta picaras canciones, bromea con ellos, les permite que la traten con demasiada familiaridad e incluso le silban. ¿Y espera que acepte que al llegar a casa se va a dormir sola? No soy tan tonto.

—No les permito que me traten con demasiada familiaridad.

—Yo lo he visto, el tipo ése del bigote, por ejemplo.

—Ese señor es Pete... mi jefe.

—Estoy seguro de que es demasiado amable con su jefe.

—Lo está, ¿verdad? Bien, entonces puede irse muy lejos con sus malditas y sucias insinuaciones. ¡Adiós, Richard Atherton!

Asustada por los gritos, Lisa empezó a llorar.

—¡Mire lo que ha hecho! —vociferó ella.

—Usted me saca de quicio. Lo siento, nunca ha sido mi deseo decir todas esas tonterías.

—De todas formas lo piensa.

—Se sorprendería si supiera lo que pienso cuando estoy a su lado.

—Debo atender a Lisa.

—La ayudaré con las bolsas.

—Puede pasar un momento, si quiere. Prepararé un poco de té o café.

—Gracias.

Hicieron dos viajes cada uno, ella con un niño cada vez y él con las bolsas primero y luego con el cochecito. La joven colocó a los gemelos en la cuna y les dio una galleta. Después puso al fuego la tetera.

—Tengo que hablar por teléfono, ¿me disculpa?

Él se sentó en el sofá y cogió un ejemplar de la revista Newsweek.

—Tengo ganas de leer ese artículo sobre el fondo monetario internacional —murmuró, hojeando la revista hasta dar con el artículo.

Agradecida por su tacto, Tess sacó el trozo de papel en el que había anotado los números de teléfono; empezó a marcar el primero. .

—¿Puedo hablar con Sophie, por favor?

—Ella habla.

—Mi nombre es Tess Brannen, vivo en el apartamento doscientos dos y quisiera saber si está libre como niñera esta noche.

—Cuánto lo siento, pero tengo otro compromiso. Otra vez, quizá.

—Está bien, gracias de todas formas.

Tess colgó el teléfono, marcó el segundo número y esperó. Sonó cuatro veces, cinco, seis... en la octava desistió; permaneció contemplando el aparato. Tenía que llamar a Pete, no había otro remedio. Rezando para que no se enfadara, volvió a descolgar el teléfono.

—¿No hay nadie que cuide de los niños esta noche?

—No, la niñera se ha resfriado y todas las demás a las que he llamado están ocupadas o fuera de casa. Estoy segura de que Pete encontrará a alguien que me sustituya.

—Yo cuidaré de ellos.

—¿Perdón?

—He dicho que yo cuidaré de ellos. Si confía en mí, desde luego.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto que sí, de otra manera no me habría ofrecido.

—Si está seguro de lo que dice, sería una gran ayuda. He tenido que cancelar el sábado por la noche en dos ocasiones y a Pete no le agradó. Temo que me quite la actuación de los sábados si lo hago otra vez... prepararé la cena para usted y meteré a los gemelos en la cama antes de irme. No ocasionan problemas por la noche, realmente no hay mucho que hacer por ellos.

Richard cerró la revista, se puso de pie y se acercó a ella.

—No tiene que sobornarme con la cena y no se preocupe por los niños, si lloran, los arrullaré.

—Gracias.

—Está muy pálida y la veo cansada. ¿El padre de los niños no le da dinero? ¿No le ayuda de alguna forma?

No deseaba que aquella rara expresión de dulzura en el rostro de Richard desapareciera, pero tampoco quería continuar con malentendidos durante más tiempo. Así que habló con sinceridad.

—Los gemelos no son míos.

—No hay necesidad de eso.

—¿De qué?

—De mentirme, son demasiado parecidos a usted.

—Son hijos de mi hermana —cerró los ojos un segundo y se corrigió—. Eran los hijos de mi hermana.

—Son suyos, Tess.

—Lo son ahora y los quiero como si fueran míos, pero yo no los

engendré.

—Cometió un error. Usted no es la primera mujer que lo ha hecho ni será la última. Cuida a los niños, los adora, los protege lo mejor que puede, ¡así que no mienta!

—¡No estoy mintiendo!

—¿Amó al hombre? ¿Está él casado?

—Yo no soy la madre de los niños, lo era Jay. Ella y yo nos parecíamos mucho, tal vez por eso ellos son tan parecidos a mí.

—¿Y dónde está su hermana?.

—Murió.

—Así que ni ella ni nadie puede confirmar su historia.

—Es triste, sin embargo, es la verdad.

En el cajón de su mesilla de noche guardaba fotos de Jay y Chris con los gemelos, imágenes de una familia feliz que no tenía idea de la tragedia que caería sobre ellos poco después. Había pensado en enmarcar alguna de las fotos, pero todavía le era doloroso tenerlas a la vista y recordar su pérdida. Podía sacarlas y enseñárselas a Richard Atherton para demostrarle lo que le había dicho. Sin embargo, algo la detuvo.

—¿Por qué siempre llega a la conclusión de que soy una embustera? ¿Su madre le engañó cuando era pequeño?

Jamás podría haberse imaginado su terrible reacción. Por un momento pensó que la pegaría y se echó hacia atrás, con las manos en alto para evitar el golpe. Pero él sólo apretó los puños con fuerza y se controló.

—¿Qué sabe usted de mi madre?

—Nada... ¿Cómo voy a saberlo?

—No, no puede saberlo, desde luego. Yo... ¿por qué no sacamos los comestibles y buscamos algo para comer?

—Las conversaciones con usted de ninguna manera son aburridas, pueden ser frustrantes y exasperantes, pero no aburridas.

—¿Debo tomarlo como un halago?

—No, sólo como un comentario. Sería un halago si creyera lo que le he dicho de mis sobrinos.

—Entonces yo le halagaré el oído: su pelo brilla bajo la luz y sus ojos son como pétalos de flores.

Contra su voluntad, Tess se ruborizó.

—Y sus mejillas tienen el color encendido de las rosas.

—No sé qué pensar, jamás había conocido a un hombre tan desconcertante como usted. Nunca puedo prever que va a hacer o a decir.

—Eso es un desafío que no puedo rechazar.

—¿Qué quiere decir? Yo... no...

—Calla.

Le pasó los brazos alrededor del cuerpo, la atrajo hacia sí, se inclinó y la besó en los labios.

CAPÍTULO 5

ELLA se quedó rígida por la sorpresa y antes de que pudiera recuperarse, él la soltó y dijo: —Deseaba hacerlo desde la primera vez que te vi.

—No es cierto. La primera vez me miraste como si me odiaras.

—No discuto lo que siento por ti, estoy aclarando que deseaba besarte.

—¿Pensaste que era fácil?

—Eres la criatura más hermosa que he conocido en mi vida.

—Oh... —iba a decir gracias, pero no pudo hacerlo porque él añadió con cinismo:

—También eres demasiado delgada.

—¡Muchas gracias!

—¿He utilizado la palabra adecuada para describirte?

—No.

Él esbozó una sonrisa y por un momento, ella vio a un Richard más joven, animoso y cordial.

—Pensé que debía hacerlo, ¿y qué hay de la cena?

Ella trataba con desesperación de adaptarse a sus cambios de humor.

—Unos espaguetis que han sobrado, ensalada, pan y fruta.

—¿En qué puedo ayudar?

—Puedes preparar la ensalada mientras yo doy de comer a los niños.

Encendió la radio, en ese momento había música clásica; deseaba suavizar lo embarazoso que le resultaba tener a Richard ocupado en tareas domésticas. Era una sensación que nunca le había afectado en compañía de Mike, a quien quería como a un hermano.

Richard se quitó el jersey, se remangó la camisa y se lavó las manos en el fregadero. La cocina era pequeña y a cada momento se encontraban, recordándole a ella aquel inesperado beso. Fue un alivio o por lo menos así lo consideró ella, dirigirse hacia el comedor para alimentar a los niños. Robbie se tiró la comida encima y después de limpiarle, Tess depositó un beso sobre su pequeña cabeza y se inclinó para frotar su mejilla contra la de él, para disfrutar de la sedosa suavidad de su piel.

—¿En dónde está él...?

Richard había entrado de pronto en la habitación y la miró.

Ella separó el rostro deprisa.

—¿Qué es lo que buscas?

—Quieres mucho a esos niños, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—No cabe duda.

—¿Tu madre no te quiso? Los tengo desde hace ocho meses.

—Tu vida sería más fácil si renunciaras a ellos.

—Jamás lo haría.

Limpió la barbilla del pequeño y le colocó en su silla.

—¿Por qué no?

Acercó a los dos a su pecho, con las cabecitas muy juntas, y la acción dijo más que sus palabras. Richard contestó la pregunta:

—Porque son tuyos, ¿verdad?

—Es inútil discutirlo. Olvídalo.

Robbie empezó a balbucear, ella le dejó a un lado y empezó a atender a su hermana.

—He venido a preguntarte si tienes vinagre.

—Está en el armario que hay encima del fregadero.

—La cena estará lista dentro de cinco minutos.

Deprisa, limpió a los niños y arregló la mesa; después, Richard apareció con dos platos de espagueti y una ensaladera de madera. Cuando se sentó a la mesa frente a él, descubrió que estaba hambrienta. Él inició la conversación con preguntas acerca de la ciudad y así transcurrió el tiempo en trivial charla. Al terminar, Tess miró el reloj que estaba sobre la repisa.

—Tengo que darme prisa —dijo, mientras daba el último sorbo de café.

—¿Qué debo hacer?

—Yo... es una sensación extraña tenerte aquí.

—Claro, debes recibir visitas. Los clientes de Nueva Orleáns, además de Mike, no pueden estar ciegos.

—¿Y crees que tengo tiempo para invitados? Cuido de los niños todo el día y trabajo gran parte de la noche.

—¿Tratas de decirme que no tienes citas?

—Acertaste.

—¿Nunca vienen hombres aquí?

—Además de Mike y las visitas ocasionales de su compañero Ricky, eres el único que ha estado aquí.

—Suponiendo que eso sea verdad, ¿intentas llevar vida monacal hasta que los gemelos crezcan y te abandonen?

—¡No lo sé! Por ahora eso no me preocupa.

Eso no era del todo cierto, ella vivía atrapada entre el trabajo y su repentina maternidad.

Una vez más, él cambió de conversación.

—Limpiaré la cocina después, ¿hay algo más que hacer?

—Los gemelos tienen que bañarse, lo haré ahora.
—Yo puedo ayudar.
—Te mojarás.
—La idea es bañarlos a ellos, no a nosotros, ¿verdad?
—Entonces, díselo a los niños.
Diez minutos más tarde, los pequeños estaban en la bañera rodeados de algunos juguetes de plástico. Con rapidez, Tess enjabonó y lavó a los niños; tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y la blusa pegada al cuerpo. Les permitió jugar durante unos minutos y luego les dijo:
—Ya está bien por hoy.
Richard permanecía a un lado y sonrió cuando Lisa levantó los brazos hacia él, balbuceando «Da-da-da».
—A todo el mundo le llama así.
—Sí. Es una típica mujer.
—Así lo llamas tú. ¿La vas a sacar?
Richard se arrodilló y sacó a la niña del agua, luego la envolvió en una toalla.
—No lo entendería todavía.
Tess hizo lo mismo con Robbie y su blusa se mojó más.
—Nunca habías hecho esto antes, ¿verdad?
—No, nada relacionado con niños.
—¿No tienes sobrinos?
—Fui el único, como tú, mi madre cometió un error.
—¿Quieres decir que... no fuiste un hijo deseado?
—Por ella, desde luego que no.
-—Pero, eso es terrible.
—No busco compasión, así que cambiemos de tema. ¿Y ahora qué sigue?
Sin sonreír, ella le dio el talco y un pijama para la niña. Los padres de ella, mientras los tuvo, fueron siempre protectores y jamás ocultaron su amor hacia Tess y Jay. Las dos supieron que eran hijas deseadas y parte integral de la familia. No comprendía cómo una madre podía considerar a un hijo como un estorbo.
Fue Richard quien rompió el silencio.
—Lo siento, olvida lo que he dicho.
Lisa apoyaba su cabecita sobre el musculoso pecho de Richard.
—No puedo hacer nada por ello. Yo...
-—Tess...
Con la mano que tenía libre le tocó en el hombro, pero Robbie desvió su mano y, accidentalmente, le rozó los senos. Ella sintió un escalofrío y se ruborizó.

—Tu reacción ha sido como si ningún hombre te hubiera tocado antes. Eres muy hermosa.

Con lentitud dejó a Lisa en el suelo y besó a Tess en los labios.

La chica sintió que el corazón le latía apresuradamente y una intensa calidez la invadió. La habían besado antes, pero jamás de aquella manera. Robbie le dio un tirón de pelo y el encanto se rompió.

—Debemos llevarlos a la cama —sugirió la joven.

Lisa estaba arrastrando una toalla mojada por el suelo. Él se puso de pie, levantó a la pequeña y esperó a la joven sin pronunciar palabra. La tía se dirigió hacia la habitación de los niños, le dio un beso de buenas noches a Robbie y le tapó con la manta. Richard tenía a la pequeña en brazos y la muchacha se acercó para dar un beso a la niña en la mejilla. Era consciente de la proximidad de Richard. Cuando Lisa estuvo en su cama y la luz apagada, los dos salieron de la habitación.

Él la cogió por un codo y ella le miró.

—Todo esto es demasiado hogareño. Siento como si estuviéramos a punto de sentarnos a leer el periódico o ver la televisión, para después irnos a nuestro dormitorio.

No bromeaba, porque no había burla en su voz, aunque sí un latente tono de cólera que Tess temía. Ella se ruborizó por lo acelerado de su pulso, sabía que le sería difícil resistirse a Richard Atherton si intentaba seducirla, sabía que la aborrecería después. Él no deseaba una mujer que fuera fácil de conseguir. Intentando disipar la tensión que había entre ellos, comentó:

—No podremos, debo ir a trabajar.

—Pero aún estaré aquí cuando regreses.

—Si crees que vas a conseguir lo que pretendes, puedes marcharte ahora mismo.

—Te ha gustado que te besara, he notado tu respuesta, sería inútil negarlo.

—Sí, pero eso no significa que desee acostarme contigo.

—¿Por qué no, Tess? A menos que esté equivocado, no te soy indiferente y no ha sido difícil intuir que eres una mujer apasionada. Suponiendo que sea verdad lo que me has dicho sobre tu relación con Mike, no podrás evitar dormir con alguien en otro momento y sería muy tonto por nuestra parte desaprovechar esta oportunidad.

—Sé que no lo creerás, de todas formas, te diré que nunca he hecho el amor con nadie y no pienso hacerlo esta noche. A riesgo de parecer mojigata, lo cual puede ser debido a la educación que recibí en Nueva Inglaterra, deseo estar enamorada del hombre al que me entregue.

—Bonitas palabras, estás perdiendo tu talento en ese cabaret, deberías estar en un convento.

—Deja que te dé un consejo: no quiero trucos al regresar esta noche, porque si los hay gritaré y despertaré a todo el vecindario. ¡Y si lo prefieres, puedes irte! No te has quedado para ayudarme, no había un propósito altruista en tu acción. Lo has hecho porque has pensado que podrías...

—¡Eso no es verdad! Quería ayudarte, no soy tan inhumano.

—Eres inhumano de todas formas. No ves a las mujeres como personas, las odias a todas.

—Hablas como mi tía —-replicó, furioso—. Ella utiliza la palabra fobia.

—¡Está en lo cierto! —se interrumpió al mirar el reloj—. ¡Dios mío! ¿Va bien ese reloj? Llegaré tarde otra vez.

—Ve y arréglate, yo limpiaré la cocina.

Ella le miró de soslayo, sabía que nada se había resuelto.

—Date prisa, y no te preocupes, no trataré de abusar de ti cuando regreses.

-—¡Eres realmente insoportable!

Dio media vuelta y se dirigió hacia su habitación, resistiendo la tentación de dar un portazo. Estuvo lista en un tiempo mínimo, se había puesto un traje azul y unos zapatos y cinturón dorados. Había veces que se sentía como una farsante; era muy diferente de día y de noche: cambiaba de madre a vampiresa. Se cepilló el pelo, se puso el abrigo y cogió el bolso.

Richard todavía estaba en la sala cuando ella salió; la miró de arriba abajo y no hizo comentarios.

—Coge un taxi para volver a casa.

—No llegaré muy tarde.

—Tess, coge un taxi.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Por favor, estaré más tranquilo si sé que lo coges.

—Bien, así es diferente.

—Gracias —antes de que ella imaginara su intención, él la besó—. Cuídate.

—Te he manchado de lápiz de labios -—comentó mientras buscaba un pañuelo en el bolso para limpiarle los labios.

Fue un gesto de alguna manera íntimo; casi deseó no haberlo hecho.

—Ahora sí me voy, espero que los gemelos estén bien. Hay gran cantidad de libros para leer y te puedes preparar café.

—Vete ya, Tess.

—Sí, te veré más tarde.

Casi corriendo, anduvo por las calles hacia el cabaret. Richard era un enigma para ella, gentil e interesante y en ocasiones cruel e injusto; ella le atraía pero al mismo tiempo le repelía.

El bar estaba repleto de clientes. Haciendo un esfuerzo por alejar a Richard de su mente, trató de concentrarse en su trabajo.

Cuando su actuación terminó, le dolía la garganta y tenía los ojos llorosos a causa del humo y, como le sucedía a menudo, al bajar del escenario se sentía vacía y agotada. Ellis le llamó un taxi; al llegar a casa, subió con dificultad la escalera y abrió la puerta del apartamento.

Él se había dormido en el sofá, sin zapatos y con la camisa desabrochada. Tenía el cuello en una posición incómoda y el pelo revuelto.

La joven permaneció unos instantes de pie. La cocina estaba recogida, los platos y la comida en su sitio; la sala, reluciente de limpia y el silencio imperaba en la habitación de los niños. Cerró la puerta y se oyó un click.

Richard parpadeó, emitió un sonido y se sentó, frotándose el cuello.

—¡Me vas a despedir! —se puso de pie—. Se supone que las niñeras no se duermen, ¿verdad?

—¿Todo bien?

—Ningún problema. Los gemelos se han portado de maravilla. Me duele el cuello; esto me sucede por dormirme en el trabajo.

—Siéntate, te daré un masaje.

El se sentó en una silla, se bajó un poco el cuello de la camisa e inclinó la cabeza hacia ella. Tess se quitó el abrigo y dejó el bolso en la mesa. Empezó a darle un masaje.

Richard gimió de placer.

—Eres hábil en estos menesteres.

Por primera vez parecía no haber nada oculto en sus palabras. Al sentir que sus nervios se relajaban, siguió frotándole el cuello y los hombros hasta que él dijo:

—Debes estar agotada. Gracias, parece que estoy mejor.

Ella dejó caer las manos a lo largo del cuerpo y él se puso de pie. En silencio observó el cansado rostro de ella.

—Tess, no puedes seguir así, cuidando a dos niños durante el día y trabajando toda la noche sin descansar. Estás rendida, ¿verdad?

—Sí, estoy exhausta, pero me sentiré bien por la mañana.

—Deberías demandar al padre de los niños por su manutención.

—No empecemos otra vez, por favor, Richard —le dijo con voz

débil.

—Nunca renunciarás a ellos, ¿verdad?

—No, no podría hacerlo.

—Entonces es imposible que sigas con este ritmo, caerás enferma y entonces, ¿qué harás? ¿Quién cuidará de los niños?

—Lo ignoro; pero no hay razón para que enferme, soy joven y estoy sana.

—Si caes enferma, perderás el trabajo.

—Es que no voy a caer enferma —aseguró con vehemencia, pero más como un gesto de fe en ella misma, que como un desafío hacia él.

—Necesitas aceptar alguna ayuda económica.

—Hasta ahora me he administrado bien y no hay razón para que no lo siga haciendo así. Además, no conozco a tu tía, ¿cómo puedo aceptar dinero de una desconocida?

—Ven conmigo a Quebec y la conocerás.

—Perdería mi trabajo.

—Entonces, si no quieres dinero de ella, ¿lo aceptarías de mí?

—¡No! ¿cómo puedo hacerlo?

—Muy sencillo. Extiendo un cheque, tú lo recibes, lo llevas al banco y lo cambias por billetes.

—No, Richard. ¿Terminamos esta conversación?, estoy cansada.

—Mira, tarde o temprano tendré que volver a Canadá. No puedo permanecer aquí para siempre. Tengo tu dirección y si le hablo a mi tía Agathe sobre tu situación, ella te enviará una mensualidad, no podrás evitarlo.

—Lo romperé o se lo devolveré.

—¿Por qué eres tan orgullosa? Y no me vengas otra vez con que es la educación que recibiste en Nueva Inglaterra. No estás en situación de mostrarte tan soberbia, porque si enfermas tú no serás la única afectada. Están los niños, que serían las verdaderas víctimas. ¿Vas a permitir que ellos sufran por tus renombrados principios, tu orgullo o lo que sea? —había elevado el tono de voz.

—No grites, despertarás a los vecinos. Los niños no sufren y yo me administro bien, por lo menos hasta ahora.

—Sí, estás segura de manejarte muy bien. Te veo tan agotada que difícilmente puedes sostenerte en pie, ¡Maldita sea! ¿Cómo te haré reaccionar? Y no me digas nada o empezaré a discutir de nuevo.

—No dudo que estés en lo cierto —un bostezo cortó sus palabras —. Perdón, créeme. ¿No soy una compañía demasiado aburrida?

—No, jamás nos aburriremos tú y yo juntos, ¿verdad?

—Difícilmente, voy a ducharme, huelo a cigarro.

—¿Por qué no preparo algo caliente mientras te bañas? Después

me iré. ¿Chocolate o té?

—Chocolate, por favor. Me vas a volver una mimada.

—Para ello basta sólo un poco de tu voluntad.

El agua tibia reconfortó su piel y aminoró su cansancio; se dio crema en la cara y se puso una bata encima del camisón. Estaba bien tapada, así que no le importó presentarse ante él. Regresó a la cocina con aire despreocupado; al ver el chocolate expresó:

—Parece, delicioso.

Él le dio una taza sin hacer ningún comentario y ella le siguió hasta la sala; quitó algunos juguetes de Lisa y se sentaron en el sofá. Richard empezó a hablarle sobre el artículo que había leído en el periódico. Ella le escuchó atentamente, hacía algún comentario o pregunta, mientras daba pequeños sorbos. Parecía natural y correcto que pasara un brazo por su espalda y la acercara hacia él.

Tess dejó la taza sobre la mesa y apoyó la cabeza en uno de sus hombros. La chica no intentó analizar la sensación de paz y seguridad que la invadió, sólo aceptó con gratitud y se dejó arrastrar por ella. Su respiración era tranquila y apoyó la mejilla en el musculoso pecho de él.

CAPÍTULO 6

AL darse cuenta de que Tess dormía, Richard permaneció muy quieto. Su brazo la estrechó suavemente y apoyó su cara en el pelo de ella. No había nada provocativo en su actitud, no podía ser acusada de nada, simplemente se había quedado dormida porque estaba agotada.

Durante diez o quince minutos, Richard permaneció estático, escuchando la acompasada respiración de la chica.

Una parte de su ser deseaba permanecer allí toda la noche, así no molestaría a la joven, que tan tranquila dormía, pero sabía que eso era imposible, ella estaría mejor en la cama, descansando adecuadamente. ¿Y él? ¿Quién sabía lo que él necesitaba? No logró responder a la pregunta.

Movió el brazo y Tess se despertó asustada.

—Qué… OH, Richard —frunció el ceño, avergonzada como una niña—. Me he dormido.

—Sí. Me tengo qué ir, ¿puedo verte mañana por la noche, al salir del trabajo?

Trató de ahuyentar la somnolencia y mirar aquel rostro tan próximo al suyo:

—Salgo a las ocho dos veces a la semana; normalmente me acuesto temprano.

—Está bien.

Él se levantó, se arregló la camisa y se puso la chaqueta. Ella le miraba absorta, se sentía como un adolescente ante su primera cita. Richard revisó uno de sus bolsillos para asegurarse de que sus llaves estaban allí; después la miró y la contempló durante un momento. Vaciló un instante, como si participara de la misma sensación que ella, después se acercó y sin tocarla, dijo con calma:

—Estarás bien, ¿verdad? No me gusta la idea de dejarte sola.

—Por supuesto, apenas te hayas marchado, cerraré la puerta con llave y echaré la cadena.

—Yo… buenas noches, Tess.

—Buenas noches, Richard.

Ella creyó que se marcharía de inmediato, pero de pronto él la cogió con fuerza entre los brazos y la besó; fue una caricia tan apasionada que la estremeció. El corazón le latió deprisa, instintivamente ella presionó su cuerpo contra el de él; sus brazos rodearon el cuello y los dedos acariciaron el pelo rubio. Las manos de él se colocaron en la estrecha cintura y descendieron a las caderas. La chica supo que deseaba a ese hombre como jamás había deseado a nadie.

A pesar de la timidez de ella, él debió sentir cómo su esbelto cuerpo se rendía a él. Tal vez eso le detuvo. De pronto, separó su boca de la de ella y la miró fijamente.

—Esto es una locura, no me voy a comprometer contigo, Tess, no hay sitio en mi vida para ello.

La joven escuchó sus palabras, vio en sus ojos pasión y frustración y no supo qué decir.

—Te veré mañana.

—¿Para qué, Richard?

---¿Qué quieres decir?

—¿Por qué tomarte la molestia de verme mañana si no soportas mi presencia?

—Por alguna razón, me siento responsable de ti.

—Pues no lo eres.

—¿Cómo diablos voy a regresar a casa y enfrentarme con mi tía conociendo la situación por la que atraviesas?

—¿Por eso me has besado?

—Lo he hecho porque eres la mujer más hermosa que he conocido.

—Pero no te agrado.

—Seré sincero contigo, no sé lo que siento por ti. Te respeto por la forma en que proteges a los niños, aun a expensas de tu propia vida, pero cuando te veo en el cabaret... es como si fueran dos mujeres diferentes. Una que me infunde respeto y otra...

—Que detestas.

—Sí.

—Porque te recuerda a tu madre.

—Eso no te importa.

—¿Y lo que haga yo con mi vida sí te importa?

—¿Estás segura de que te graduaste en biología y no en psicología?

—Estoy segura.

—Cuando me miras de esa manera, mis sentimientos me gritan que me quede Contigo para hacerte el amor toda la noche. Pero no lo haré, seré sensato y regresaré a mi hotel para verte mañana por la noche.

Sin poner un dedo sobre ella, la había vuelto a la vida. Por un momento apareció en su mente la imagen de los dos en la cama, compartiendo la intimidad que apenas se podía imaginar y se ruborizó. Cruzándose de brazos, murmuró:

—Buenas noches, Richard.

—Buenas noches y... cuídate.

Fueron palabras de cortesía, pero parecían tener otro significado. Ella le sonrió y ese gesto la volvió más hermosa.

—Lo haré y gracias por tu ayuda esta noche.

Como el sábado todo le había salido mal, el domingo parecía tener un toque mágico que simplificaba las cosas. Los gemelos durmieron hasta más tarde, así que ya eran más de las ocho cuando Tess se despertó al oírles balbucear en la habitación contigua.

El sol se filtraba a través de las cortinas de flores, sus rayos dorados caían sobre la cama. Mientras Tess se despertaba, recordó con claridad que Richard había deseado quedarse con ella en la cama y hacerle el amor toda la noche. Se estremeció al desear que él estuviera a su lado y se preguntó si eso sucedería alguna vez.

¿Era una tonta al pensar que él empezaba a creerla, a ver más allá del maquillaje que estaba obligada a usar y de la sofisticación de una cantante de cabaret? La verdadera mujer, la Tess Brannen, la que se había quejado a Mike de que nunca se había enamorado y la que había asegurado a Richard que nunca había hecho el amor con nadie; seguramente era a esa mujer a la que él había besado la noche anterior… y quizá era a la verdadera Tess a la que deseaba encontrar ese día después del trabajo. Por esas razones, ¿debería vestirse como la mujer que él detestaba?

Giró la cabeza y el sol le dio en el rostro; cerró los ojos y permaneció meditabunda. Le sería tan fácil presentar a la verdadera Tess Brannen. Con sólo mostrar una de las fotos de Jay, Chris y los gemelos, Richard sabría que ella no era la madre de Lisa y Robbie. La confirmación de su inocencia, de que decía la verdad.

Pero no le enseñaría esas fotografías. Instintivamente comprendía que él debía confiar en ella.

Su recelo estaba relacionado de algún modo con la madre que no había deseado que él viniera al mundo. No, recapacitó; tenía la certeza de que el daño se encontraba en su inconsciente y le había impedido creer en el amor, la verdad y la alegría. Sintió aversión contra la desconocida, que en un lejano pasado había arruinado la vida de su hijo.

Se levantó y les dio de desayunar a los niños, después los vistió y los llevó de paseo por la ribera del río Mississippi.

Sin detenerse a pensar demasiado en el dinero, compró tres helados. Y si eso era una acción peligrosa, más peligroso fue cuando Lisa decidió ofrecer el suyo a un perro.

Regresaron a la casa lentamente; los gemelos dentro del cochecito, disfrutando del balanceo, y Tess canturreando. No analizaba la razón de su buen humor, aunque intuía que estaba relacionado con Richard, a quien vería esa noche. Él no había regresado a Canadá, había preferido quedarse en Nueva Orleáns, ¿se atrevería a pensar que era por ella?

Al regresar al apartamento, se encontró en la calle con Mike, que la ayudó a subir el cochecito.

—Sólo hay huevos revueltos para comer. ¿Qué tal te fue el fin de semana? —le preguntó ella, a pesar de que intuía la respuesta.

Él parecía tan feliz como el cariñoso y asustadizo gato que Tess alimentaba desde la ventana de la cocina.

—¡Formidable! Después de correr ocho kilómetros no tuvimos tiempo para ir más lejos, fuimos a cenar y al cine. Esta mañana hemos ido a misa y después hemos jugado al tenis.

—¿Y no os habéis mirado a los ojos bajo la luz de la luna?

—No te diré nada de eso. No querrás que dé explicaciones a los gemelos y a ti.

—No me has dicho si está bien que sólo haya huevos revueltos para comer.

—Está bien. ¿Por qué no empiezo a prepararlos? Tess, he hablado con el padre de Angeline y hemos pensado una fecha para la boda, será a mediados del mes de julio. Mi novia vendrá aquí un fin de semana antes, con su madre, por supuesto, ya que empieza la cacería. Tendremos que buscar un apartamento.

Mike empezó a preparar los huevos.

—Lo único que no me hace feliz es que te dejaré sola —añadió—. ¿Tienes alguna persona con la que compartir el alquiler del apartamento?

—Todavía no, pero me das suficiente tiempo para, buscarla.

—Te echaré de menos a ti y a los gemelos. Deseo… maldición, Tess, quiero que te cases con ese tal Jeremy.

—No eres sincero.

—Tú sabes que no es eso —frunció el ceño mientras batía los huevos—. Quiero que seas feliz y como soy tan dichoso con Angeline, creo que todo el mundo debe casarse también, ¿no es eso egoísmo?

—Pero yo no estoy enamorada de Jeremy, ya lo sabes.

—¿Ni siquiera un poquito?

—Nada, ¿cuántas rebanadas de pan tostado?

Por fortuna, Lisa contribuyó a olvidar el tema al sacar del cubo de la basura una cáscara de naranja que se llevó a la boca con expresión de alegría.

—¡Lisa, mi amor, si intentas comer cosas como ésa, te pondrás horrible! —exclamó Tess, quitándole la cáscara y ofreciéndole un trozo de pan que Lisa se comió de inmediato—. El pan es mejor para ti, que los desperdicios de ayer.

Mike le sirvió una taza de té.

—¿Tienes hoy turno de cuatro a ocho?

—Sí —vaciló un instante, pero sabía que tenía que decírselo pues de lo contrario se preocuparía—. Después, voy a encontrarme con alguien. Seguramente iremos a tomar una copa o a pasear así que llegaré un poco tarde.

Mike, caballerosamente, no comentó nada.

—No hay problema, tómate el tiempo que quieras.

—Gracias.

Después de la comida, los gemelos se quedaron dormidos y Tess aprovechó para echarse una pequeña siesta también. Se levantó con un ligero dolor de cabeza, como siempre que dormía durante el día. Mike estaba en la sala, absorto en un libro de defensa personal. Bostezando, se sentó junto a él para observar las poses de una joven que mostraba cómo defenderse del ataque de un hombre.

---Gracioso, supongo que lo haría si estuviera en peligro.

—Espero que no se presente la ocasión. Escucha, hazme un favor. Ve y ponte algo más cómodo —buscó en las páginas de la revista una sección de autodefensa—. Trataremos de practicar las más sencillas.

—No estoy segura de aceptar.

—Vamos a intentarlo. Date prisa.

Tess fue a su habitación y se puso un pantalón y una camisa vieja. Cuando volvió a la sala, Mike estaba concentrado en el libro con el ceño fruncido.

—Tengo poco tiempo, no quiero llegar tarde al trabajo.

—No tardaremos. Bien, te colocas así, como si estuvieras empujando hacia atrás y yo me arrojo sobre ti. Gira tu rostro sobre el mío, ahora ve si puedes enganchar la pierna por detrás de mi talón y darme una patada en la rodilla... no demasiado fuerte, por favor.

Tess hizo todo como él le indicó. La primera vez él fue demasiado rápido para ella y la evitó sin problemas, pero a la segunda le dio una patada que logró tirarle y ella se rió, feliz.

—¡Ha funcionado!

—Qué bien lo has hecho. Inténtalo de nuevo.

Una vez que lograron afinar la maniobra, Mike le mostró cómo debería escapar de un asaltante que la atacara. Lo que les requirió mayor esfuerzo. Tess tenía el pelo alborotado y las mejillas coloradas.

—Es divertido, ¿hay más? —preguntó Tess.

Él se frotó la cintura, sonriendo.

—Divertido para ti. En esta ocasión trataré de estrangularte y tú te tienes que librar.

—Eso me parece bien.

—El Estrangulador de Nueva Orleáns ataca otra vez. Casi puedo ver los titulares en los periódicos —comentó Mike, riendo.

Con lentos movimientos, Tess siguió las instrucciones, pero cuando iban a intentarlo, las manos de él se posaron en su cuello, quedando arrodillado sobre ella; su expresión era seria y tan desprovista de cualquier intento sanguinario; que ella empezó a reír.

—Sigue, Tess, tu vida está en juego.

—No puedo hacerlo, ¡estás muy gracioso!

Él le quitó una mano del cuello y empezó a hacerle cosquillas en los costados. Ella se retorcía de risa y un tanto angustiada porque no podía librarse de él.

Ninguno de ellos oyó que llamaban a la puerta, ni se dieron cuenta cuando la puerta se abrió ligeramente. Para el hombre que entró el espectáculo era inobjetable.

—No estamos actuando con seriedad —comentó Mike.

—¿Te gustaría que gritara? ¡Socorro!, me están violando Tal vez el vecino acudiera a mi rescate.

—No tienes esperanza. Lo mejor será empezar de nuevo, sigue, antes de que se despierten los niños.

—-Sé que es un asunto serio, Michael Campbell, pero también que tengo que ir a trabajar. Y si crees que voy a pasar el resto de la tarde aquí, tirada en el suelo, ya puedes...

De pronto, algo en el silencio de la habitación llamó la atención de Tess y se dio la vuelta. La risa se esfumó de sus labios.

—¡Richard! —exclamó, en un grito sofocado—. Que...

Su mirada era de profundo desprecio y dijo con indiferencia:

—Me sentí romántico, así que pensé traerte unas flores, pero veo que disfrutas tu romance con alguien más.

Con violencia, partió los tallos de las flores por la mitad y arrojó el ramillete al suelo, luego se dio la vuelta y se fue.

El portazo estremeció a Tess, que enseguida intentó librarse de Mike.

—Déjame.

—¿Quién diablos es ése?

—Un... un amigo. ¡Mike, suéltame!

Le propinó un puñetazo de la misma manera que mostraba el libro de defensa personal y él se dio cuenta enseguida de que ella estaba hablando en serio. Rápidamente se separó de la chica.

—¿Porqué...?

Tess ya se había puesto de pie y corría hacia la puerta. La abrió de un tirón. Tal como esperaba, el recibidor estaba vacío. Se echó a llorar y salió corriendo. La puerta que había al final de la escalera estaba cerrada y pensó que Richard estaría en la calle... tenía que hablar con él. En la confusión, cayó rodando por las escaleras.

En un intento por cogerse de la barandilla, se precipitó hacia adelante y se golpeó con el suelo de piedra.

—¡Tess! ¿Estás bien?

Mike bajó y se arrodilló junto a ella.

—¿Te sientes bien?

—¿Aún está él en la calle? —murmuró entre dientes.

Mike abrió la puerta y miró hacia el exterior.

—Se ha marchado.

—Maldición —empezó a sollozar.

—No llores, escúchame, ¿puedes mover los brazos y las piernas? ¿No tienes nada roto?

«Sólo el corazón», pensó, desolada.

—No, estoy bien.

—Levántate.

Mike la ayudó a ponerse de pie.

—Ha sido una tontería, es la segunda vez que ruedo por esta escalera, ¿verdad?

—Lo más amable es recordarte que eres lenta en aprender.

Le pasó un brazo por la cintura y ella se apoyó en sus hombros, para, lentamente, subir los escalones. Al llegar al apartamento, Tess se sentía mejor. Se sentó en el sofá, mientras Mike le ofrecía un poco de agua y observaba las magulladuras que tenía en los codos y las rodillas, además del lado derecho del rostro.

Mike se sentó en el brazo del sofá.

—Te prepararé un baño caliente y llamaré un taxi para que vayas al trabajo. Mientras tanto, ¿me lo vas a explicar o no?

Ella bebió un sorbo de agua; tenía la vista fija en las flores que estaban en el suelo.

—¿Crees que alguna de las flores habrá quedado en buen estado? ¿O se habrán estropeado todas?

Mike se puso de pie, recogió el ramillete y lo desenvolvió. Eran camelias rojas.

—Algunas no tenían el tallo muy largo, creo que no están muy mal. Veré qué puedo hacer con ellas mientras te arreglas. ¿Es más o menos una manera correcta de decirme que no me importa?

—No... no. Su nombre es Richard Athertone, es canadiense y su tía fue una buena amiga de mi madre.

Experimentó un gran alivio al decírselo todo, desde la primera vez que vio a Richard en el cabaret hasta los sucesos del día anterior, cuando él se quedó cuidando a los gemelos mientras ella iba a trabajar. No mencionó nada sobre la forma en que la besó ni tampoco la reacción de ella.

—El problema está relacionado con su madre, pues él odia a las mujeres. O por lo menos no confía en ellas. Piensa que paso el tiempo acostándome en la cama de los clientes del cabaret y me llevó tiempo convencerle de que nuestro arreglo al vivir aquí juntos es sólo por el alquiler.

—Así que cuando ha llegado y ha visto que estábamos tumbados en el suelo, ha pensado que estábamos en un pequeño retozo de amor.

—Eso no suena muy bien, ¿no se saldrá el agua?

—¡Olvídate de eso! —exclamó—. ¿Y desde cuándo cree él que duermes con los clientes? Si supiera lo mojigata que eres.

—¡No soy mojigata! Es que no he encontrado al hombre adecuado, eso es todo.

—Tal vez ahora lo hayas encontrado.

—No tiene sentido lo que dices.

—Será mejor que te prepares, llamaré un taxi. ¿Por qué no le telefoneas a su hotel y le pides que venga? Yo le explicaré el malentendido.

—Ignoro dónde se hospeda. Se supone que iba a recogerme esta noche al terminar el trabajo... pero estoy segura de que ahora no lo hará —muy a su pesar, su voz sonó temblorosa—. Probablemente cogerá el primer avión de regreso a Canadá,

—Te apuesto un dólar a que estará esperándote. Sólo le he visto un momento, pero te aseguro que no le eres indiferente

El corazón le decía que Mike estaba en lo cierto, pero no tenía la certeza de que Richard la esperara a las ocho.

—Date prisa, Tess. Será mejor que te ponga algo frío en la mejilla, te está saliendo un cardenal.

Tess se puso de pie y enseguida descubrió que le dolía todo el cuerpo. Se dio una ducha de agua caliente y se puso un pantalón negro y una blusa de color violeta.

La generosa aplicación de colorete no logró ocultar totalmente el cardenal del pómulo, ni cambiar la expresión triste de sus ojos. Tenía que sonreír, porque de otra manera los clientes protestarían, mientras en su interior imploraba: «por favor, que esté allí; por favor...».

CAPÍTULO 7

ERA temprano y el bar no estaba muy concurrido. Por supuesto, no había señales de Richard Atherton. Pete la buscó en el intermedio para decirle que Rhonda llegaría a las siete y media en vez de a las ocho, así que ella podría irse un poco más temprano.

Prosiguió con la rutina y cuando la otra cantante llegó, se preparó para irse. En el tocador se cepilló el pelo y retocó sus labios; sentía un nudo en la garganta y el corazón empezó a latirle apresuradamente. Una parte de su ser estaba segura de que Richard no se había ido de Nueva Orleáns sin decirle adiós; la otra, que se había marchado.

Se puso el abrigo y se ató el cinturón alrededor de la cintura. Respiró profundamente y anduvo por el largo pasillo hacia la salida.

Afuera estaba oscuro. Sus ojos escudriñaron la calle. Sólo había un grupo de jovenzuelos, una pareja que paseaba cogida del brazo y un taxi que daba la vuelta a la esquina. Faltaban veinte minutos para las ocho, no había necesidad de alarmarse.

Empezó a pasear de un lado a otro; tres de los muchachos se apartaron del grupo y caminaron hacia donde estaba ella. Tess miró en dirección contraria de donde venían los jóvenes.

—Te invitamos a una copa, dulzura, ¿cómo te llamas, muñeca?

Tess se volvió y los miró fríamente.

—Estoy esperando a mi novio.

—Seguro, eso es lo que dicen todas. Ahora añade que es luchador, siempre el mismo cuento.

—Es verdad —dijo ella con firmeza.

Uno de ellos la cogió por una manga y la chica sacudió el brazo con enfado.

—¡Suéltame!

Rápidamente, otro la cerró el paso. De inmediato se dio cuenta de que tendría que correr hacia el cabaret. De un giro se libró de uno; pero el tercero se situó detrás de ella, cortándole el camino. Estaba aterrorizada.

Se oyó la voz de un hombre detrás de ella.

—¿Te están molestando estos sujetos, Tess?

Ella se dio la vuelta.

—¡Richard! —casi gritó—. Les estaba diciendo que te estaba esperando.

Por un momento todos se quedaron quietos. El hombre rubio permaneció con el rostro carente de expresión; la acorralada joven estaba muy asustada y los tres jovenzuelos no se movían. Fue Richard quien rompió el silencio y dio un paso adelante.

—¿Por qué no os largáis? Y no volváis por aquí.

El que parecía el jefe se encogió de hombros, apartó la vista de Richard y murmuró algo a sus compañeros. Caminaron calle abajo y se perdieron en la oscuridad.

Lentamente, Tess dejó escapar la respiración contenida.

—Gracias.

—¿Me estabas esperando? ¿Fue así como empezó todo?

—Sí—-por el tono de voz de Richard no podía averiguar nada, y su propia voz le parecía lejana, como si perteneciera a otra persona—. He salido de trabajar media hora antes y aunque no estaba segura de que vinieras, me he quedado a esperarte.

—He estado a punto de no venir.

En ese momento, al fin, apareció una expresión en su rostro mezcla de dolor y enfado con otra emoción que Tess no comprendió.

—Estoy encantada de que lo hayas hecho.

—Yo también y no lo digo por esos tipos.

—Yo... yo necesitaba hablar contigo, Richard.

Inconscientemente, dio un paso hacia él con el rostro implorante.

—¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Han sido ellos?

Tess había olvidado el cardenal que tenía en el pómulo.

—No, me temo que fui yo misma. Esta tarde, al correr detrás de ti, me caí por la escalera:—le estaba dando una muestra de franqueza, pero él, ¿sabría apreciarla?—. Ya me había ocurrido antes, debí tener más cuidado.

—Te llevaré a casa, ¿cogemos un taxi o prefieres pasear?

Esa no era la pregunta que ella esperaba y se entristeció.

—Paseemos.

Él no se movió.

—¿Por qué corriste detrás de mí, Tess?

—Para decirte que tu juicio era equivocado. Tú pensaste que Mike y yo estábamos... a punto de hacer el amor, ¿no es cierto?

—Eso es exactamente lo que pensé. Antes de que los gemelos se despertaran, si no recuerdo mal.

Ella hizo una mueca de pesar, por el tono de su voz.

—Oh, Dios, ¿uno de nosotros dijo eso? No me sorprende que hayas tenido una mala impresión, estábamos allí, tirados en el suelo...

—Con Mike medio desnudo —la interrumpió.

—Me estaba enseñando defensa personal y cómo debo librarme de un ataque. Tiene un libro que le ha dejado Angeline, su prometida.

—Ya entiendo.

No había nada más que ella pudiera añadir y no tenía ni la menor idea de si la había creído o no. No lloraría otra vez, no lo haría, pensó,

molesta, sobre todo delante de él.

—Me gustaría llegar a casa.

Él la cogió del brazo sin pronunciar palabra y empezaron a andar.

La calle le era familiar, la había recorrido docenas de veces; tantas que normalmente no se fijaba en la hiedra que subía por las paredes de color crema. Sin embargo, esa noche, tal vez por el opresivo silencio que había entre Richard y ella, se fijó en pequeños detalles.

Dieron la vuelta a la esquina, la brisa del río humedecía el aire. De pronto, cuando ya se distinguía el edificio de apartamentos, Richard se detuvo. Tess le miró sorprendida, esperaba que hubiera alguna comunicación entre ellos.

—Tess, todo lo que puedo decir es que trataré de creerte, haré todo lo posible. Tu explicación me ha hecho meditar y cuando trato de recordar me parece haber visto un libro abierto sobre el sofá, lo demás sólo sois Mike y tú diciendo algo que puede tener una inocente interpretación.

Le cogió las manos como si necesitara con urgencia su contacto.

—Pero mi intelecto es una cosa y mi reacción otra. Existen poderosos motivos para que me sea tan difícil creer en ti; sé que no soy justo cuando te digo que no puedo decirte cuáles son —añadió Richard.

—Cuando estés dispuesto, dímelos.

Por primera vez esa noche, una sonrisa suavizó su expresión.

—Eres una mujer extraña. Nada de preguntas, nada de exigencias, todo lo que te digo está bien —se inclinó para besarla con ternura en la mejilla y ese leve contacto la estremeció—. Será mejor que llegues a tu casa, has tenido un día agitado.

—¿Pasarás a conocer a Mike? Prepararé un poco de café.

Hizo un esfuerzo para no darle mucha importancia, pero en sus ojos azules se reflejó la ansiedad.

—Me encantará.

Ya no dijeron nada hasta que Tess estaba buscando la llave en el bolso; pero esta vez ya no la lastimó su silencio.

—¿Qué ha pasado con las flores?

—Mike iba a ver lo que se podía rescatar de ellas. No las recibo a menudo, así que no me puedo permitir el lujo de tirarlas.

Apenas entraron en la modesta y confortable sala, percibieron el aroma de las camelias. Mike las había colocado en un pequeño florero. En ese momento estaba leyendo en el sofá. Se puso de pie nada más ver a Tess y a su acompañante.

—Me gustaría que conocieras a Richard Atherton. Richard, Mike Campbell.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Fue Richard el que habló primero.

—Creo que le debo una disculpa por haberme marchado de ese modo esta tarde, Mike. Ha hecho un buen trabajo al rescatar las flores.

—Gracias —Mike vaciló, su atractivo y jovial rostro estaba muy serio—. Veo que después de todo se ha encontrado con Tess; ella estaba preocupada.

Un hombre más joven y menos seguro de sí mismo, tal vez se hubiera incomodado por la franqueza de Mike. Richard sólo dijo:

—Sí, lo sé, por eso he ido a buscarla.

Le describió brevemente la situación cuando la encontró.

—Lo mejor será que cojas un taxi para volver a casa.

Ella se quitó el abrigo y ayudó a Richard con el suyo. Luego los colgó en el armario.

—No puedo pagarlo.

—Entonces tienes que seguir practicando las llaves del libro de defensa personal.

El joven buscó entre las revistas que había en el suelo y cogió el libro para dárselo a Tess.

—Sabes que no puedo ir a buscarte al bar, así que debes protegerte —añadió Mike.

—Sí, señor, ¿por qué no has preparado el café?

Mike intercambió una mirada de complicidad con Richard.

—Eres una mandona. Bueno, esta noche he preparado unos pastelillos.

—¿De chocolate?

—Sabes que son los únicos que sé hacer.

Mike se fue a la cocina y Richard comentó:

—Realmente te cuida y tú a él.

—Sí, somos amigos.

Ella no lo sabía, pero el fantasma de la pelirroja Virginie, que no había cuidado de ningún hombre en su vida, estaba interponiéndose entre ellos, con tanta fuerza como si aún viviera. Con cierta indiferencia, Richard interrogó:

—¿Desde cuándo le conoces?

—Desde hace seis meses.

—Se preocupa por ti, lo sabes. Déjame ver ese libro.

Tess se lo entregó. Él hojeó las páginas.

—No es malo y está muy completo. Hay varias cosas aquí y otras que yo añadiré; este ejercicio, por ejemplo, hay otra manera de librarse.

Richard hizo una mueca.

—No, por favor, no lo hagas.

—Me sorprendes, nunca pensé que rechazaras un desafío.

—Qué poco me conoces.

—Sólo tardaremos un minuto —trató de persuadirla.

—¿Lo prometes?

—Lo juro —se quitó el jersey y se sacó la camisa del pantalón.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, resignada.

—Te voy a derribar.

—¿Estás seguro de que no prefieres que me caiga por la escalera?

—Ahora voy a estrangularte.

Estaba encima de ella y Tess deseó besarle, por lo que trató de concentrarse en lo que él le estaba indicando.

—Cuando yo haga esto, golpeas hacia abajo con el canto de la mano... mira así. Después levantas las rodillas y las usas como palanca. ¿Lista?

Hubo una serie de movimientos y ella permanecía tumbada de espaldas... Richard estaba inclinado sobre ella mirándola con una sonrisa.

—Por Dios, Tess...

En el breve segundo que transcurrió antes de que sus labios se unieron a los de ella, supo que ese beso había sido inevitable desde el momento que él había hablado con el jefe de los tres jovenzuelos que la habían molestado cerca del bar.

Mike salió de la cocina pero enseguida se retiró para volver por segunda vez, con evidente golpeteo de las tazas y los platos. Sin prisa, Richard la soltó; muy sonrojada, dijo:

—¿Está listo el café? Richard me estaba enseñando un modo diferente de hacer lo que tú y yo estábamos practicando.

—Sí, una manera bastante diferente, lo intentaré, con Angeline. ¿Leche y azúcar, Richard?

Tess se incorporó, se colocó la blusa y evitó la mirada de Richard. Mientras pasaron las tazas y los pastelillos, tuvo tiempo de ordenar sus ideas. En los minutos que Mike estuvo presente no surgió ningún problema y ella empezó a tranquilizarse. Finalmente, Mike dijo entre bostezos:

—¿Me puedo retirar y dejar que tú limpies esto, Tess? Creo que yo ya he hecho mi parte.

—Yo la ayudaré —se apresuró a decir Richard—. Ha sido agradable conocerle.

En cuanto el joven cerró la puerta de su habitación, Richard se puso de pie y llevó las tazas a la cocina. Mientras ella metía en el frigorífico los pastelillos que habían sobrado, él empezó a fregar los

platos.

—Te ha gustado mi beso, ¿verdad, Tess?

—¡Oh, sí! ¿No lo has notado?

—Cuando Mike te besó, ¿respondiste de igual forma?

Ella cerró la puerta del frigorífico y le miró de frente.

—Primero, no puedo concebir la idea de que Mike y yo nos besemos. Y segundo, por extraño que te parezca, no lo hicimos.

—¿Porqué?

—¡Cielos, no lo sé! Nunca he tenido un hermano, pero de alguna manera él lo es para mí. Sería incestuoso, además existen otros factores. Está comprometido, y no nos atraemos.

—Pero es diferente conmigo.

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—No puedo contestarlo —empezaba a exasperarse—, ¿acaso tenemos que analizarlo?

—Yo necesito hacerlo.

Tess cogió una taza y la secó con excesivo vigor.

—Me has dicho que no puedes creerme. ¿Podrás creer en tus emociones, Richard?

—El problema es que no estoy seguro de conseguirlo. Tampoco estoy seguro de que se trate de una simple atracción. He tratado con muchas mujeres, pero no han significado nada para mí. De pronto apareces tú y lo transformas todo.

—Y ahora me tienes resentimiento por ello.

—Supongo que sí. Descubres en mí al hombre de las cavernas y ahuyentas al diablo de mi interior al mismo tiempo.

Sonrió con tristeza, mientras dejaba que el agua corriera por el fregadero.

—Si al dejar Montreal alguien me hubiera dicho que tendría una conversación como ésta con una mujer que trabajaba en un club nocturno, le habría dicho que era un cretino —añadió Richard.

—Me pregunto si acostumbras compartir tus pensamientos con alguien más.

—Desde luego que no. Con mi tía algunas veces, pero sólo con ella. Le agradarías, Tess.

Si esa señora era capaz de adivinar y discutir las emociones de su sobrino, debía ser toda una mujer.

—Espero que así sea.

Richard avanzó hacia ella. El cuello de su camisa todavía estaba abierto y tenía las mangas subidas. Con sorpresa descubrió que deseaba que la abrazara y la besara.

—No me mires de esa manera, Tess o te llevaré a la cama más cercana.

—Creo que sabes leerme el pensamiento —murmuró, avergonzada.

—Ven al hotel conmigo. Mike está aquí, puedes dejar durante un rato a los niños.

—Deberías saber que eso es imposible.

—Ven conmigo, quiero desnudarte y tomarte entre los brazos para hacerte el amor. Tú lo deseas tanto como yo.

—Tal vez sí —¿cómo podría fingir que no?—. Pero no puedo, no estamos enamorados ni casados.

—Ya lo hiciste una vez.

Después de haber hablado con sinceridad, aquello era muy cruel.

—¡No empieces otra vez! —gritó, furiosa—. Nunca lo he hecho.

Al ver que ella guardaba silencio, él dijo con frialdad:

—Mañana dejo Nueva Orleáns…

—¡No!

La palabra pareció escapar de lo más profundo de su ser.

—No he terminado —añadió con suavidad—. Oh, Tess.

La atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos, ella se apoyó en él.

—No me refería a que me voy mañana a Canadá; a pesar de que eso ocurrirá pronto. Iré a unas procesadoras de azúcar. Como le he dicho a Mike hace un rato, soy consejero de negocios. Bien, esas dos empresas tienen problemas laborales y me pidieron asesoría, pero eso no me llevará mucho tiempo, tres o cuatro días a lo sumo. Después regresaré. ¿Me harías un favor?

Sin detenerse a pensarlo, respondió:

—Por supuesto.

—Contrata una niñera para todo el viernes. Pasaré a recogerte por la mañana e iremos a cualquier parte. Tal vez a lo largo del río, a alguna de las antiguas plantaciones o hacia el norte hasta Atchafalaya. Donde tú quieras ir, volveremos a tiempo para que vayas al trabajo.

—¿De verdad? ¿Todo el día? —demandó, incrédula.

—Eres dulce… y sí, será todo el día. Iremos al sitio que elijas y haremos lo que te plazca.

—Nunca he tenido oportunidad de visitar las casas de las plantaciones, me encantará. Hay una con una gran fila de antiquísimos robles. Y las camelias estarán floreciendo —le abrazó, con los ojos brillantes por la emoción—. Gracias, Richard, yo… ¿estás bien?

Él la miraba como si jamás la hubiera visto.

—Continuamente me sorprendes —murmuró—. Nunca conocí a una mujer que dijera gracias de esa manera.

—Entonces, ya era hora de que conocieras a una. Debes haber tratado a otra clase de mujeres, Richard Atherton.

—Nunca me había encontrado a nadie como tú.

—De cualquier manera, mi vida es excitante... un hombre atractivo insiste en llevarme al campo todo un día y eso no me sucede a menudo —comentó, sonriendo—. De hecho, no recuerdo al último que lo hizo.

—-Como este singular caballero empieza a albergar ambiciones más nefastas que un día de campo, será mejor que me vaya.

Ella se ruborizó e instintivamente le abrazó y levantó el rostro, invitándole a que la besara.

—Buenas noches, Richard. Estoy encantada de que hayas venido.

—Buenas noches, querida.

De nuevo posó sus labios en los de la joven, con tanta pasión que ella se acercó más a él.

Tal vez si en ese momento se lo hubiera pedido, Tess le habría acompañado al hotel.

Su cuerpo estaba anhelante, en espera de más, sin embargo, no se lo pidió. Richard se apartó, respirando precipitadamente.

A pesar de que la voz de él seguía alterada, ella supo que su cerebro había recuperado parte del control y que pronunciaría precisamente lo que intentaba decir.

—Jamás había deseado a una mujer como te deseo a ti, te lo aseguro —le cogió suavemente la barbilla y observó su rostro—. Quizá soy un tonto por dejarte ahora, tal vez debería llevarte a mi hotel, sin pensar en las consecuencias; pero no lo haré. Y no me pidas que te lo explique porque no puedo.

El roce de su boca sobre sus labios fue breve.

—Buenas noches, mi hermosa Tess.

Un adjetivo posesivo... mi hermosa Tess, había dicho. Con un tono de voz que los clientes asiduos al bar jamás habían escuchado, Tess contestó:

—Querido Richard... cuídate, ¿sí? Toda la semana estaré esperando que llegue el viernes.

Al cogerle él la barbilla, ella tuvo la impresión de que todavía no había recobrado por completo el control; sin embargo, salió de la cocina, esperó a que ella sacara su abrigo del armario y se lo entregara. Enseguida se lo puso, le sonrió y exclamó:

—Te veré el viernes —y se marchó de inmediato.

Tess echó el cerrojo de la puerta como un autómata. El grifo de la cocina goteaba, lo cerró con fuerza y permaneció mirando a su alrededor, como si nunca hubiera estado allí.

Al regresar a la sala pensó que Richard siempre había sido un misterio para ella. Apagó las luces y se fue a su dormitorio. De alguna manera sabía algo de él, pero ignoraba su edad. ¿En dónde había nacido? ¿En qué lugar vivían sus padres? ¿Tenía otros parientes aparte de su tía Agathe?

A pesar de esa serie de interrogantes y otros más, se sentía tan unida a él como a ningún otro hombre. Jamás se había hecho ilusiones con respecto a Jeremy, pero ante la perspectiva de su relación con Richard, reconocía a aquél más como un amigo, compañero de trabajo y confidente que como un amante.

Richard era diferente; sólo pensar en él la ruborizaba y excitaba.

Mientras se cambiaba para irse a la cama y se daba crema en la cara recordó algo más. Richard no pertenecía a esa ciudad, había llegado de muy lejos y tarde o temprano regresaría a Canadá; tal vez en pocos días. Él había dicho que se iría muy pronto. Se iría de allí, olvidaría a la cantante y a los gemelos que pensaba eran de ella.

CAPÍTULO 8

TESS contrató a Sophie, una chica que vivía en el mismo edificio, como niñera para el viernes. La joven no estaba acostumbrada a dejar a los niños durante el día, así que escribió una larga lista de instrucciones, a pesar de que la mujer tenía experiencia con sus múltiples sobrinos.

—No se preocupe, los gemelos y yo estaremos bien.

Tess se fue a maquillarse un poco antes de que Richard llegara. Se puso unos vaqueros y una camisa con una chaqueta azul; estaba segura de que era una combinación que Richard aprobaría a primera vista.

La chica nunca dudó de su llegada, lo que no esperaba era que su presencia hiciera que el sol brillara de aquella manera.

Tess se lo presentó a Sophie, mientras trataba de ignorar a Lisa, que no cesaba de balbucear.

—Parece un gran hombre —comentó la niñera—. Que tenga un buen día y no se preocupe por llegar pronto a casa.

Con la esperanza de que Richard no lo hubiera escuchado, Tess cogió el bolso y preguntó con entusiasmo:

—¿Nos vamos?

Como muestra de su experiencia. Sophie sacó dos globos y empezó a inflarlos, logrando que la pareja partiera sin contratiempos. Hasta que Tess estuvo cómodamente sentada en el asiento del coche deportivo, no exclamó con júbilo:

—¡Lo hemos hecho! Todo el día para nosotros... espero que los niños estén bien.

Se inició la charla. Richard le contó lo que había hecho en las procesadoras de azúcar. Tess le habló sobre tres canadienses borrachos que habían estado en el bar la noche anterior.

—Me pidieron que cantara una y otra vez Oh, Canadá, tanto en francés, como en inglés. Suspendí el francés en segundo año.

Con la cordialidad de dos personas que se conocen de tiempo atrás, charlaron desde sus experiencias en la universidad, hasta sus libros predilectos. Cruzaron el Mississippi en un transbordador y Tess pudo contemplar las aguas. Varios remolcadores estaban anclados a lo largo del muelle, un barco de carga navegaba con singular velocidad a través del canal. Mientras se deslizaban de ola en ola, vieron casas, árboles y el perfil de una iglesia, todo bajo el cielo de Louisiana.

Por River Road se detuvieron a tomar un helado.

—A pesar de que el agua es fangosa, hay fábricas a lo largo del cauce y hay mucho tránsito fluvial —comentó, asombrada—. El

Mississippi sigue siendo el río de la leyenda y el romance...

—Gone with the Wind y todo eso —dijo Richard bromeando.

—Oh, eres imposible.

—Y tú irremediablemente romántica.

—Sí, creo que lo soy.

—Y además muy hermosa.

—Gracias —dijo con timidez.

—¿No te lo habían dicho antes? Aparte de mí, claro está.

Jeremy no la hubiera aceptado si no se presentara arreglada y no consideraba necesario hacer comentarios sobre su aspecto.

—Recibo demasiados elogios en el bar, una sola palabra puede sonar hermosa después de dos o tres tragos.

—No es eso lo que he querido decir.

—Y yo te aseguro que la población masculina de Louisiana no está llamando a mi puerta. Richard Atherton.

—Deben estar locos —comentó él bromeando.

Tess tuvo la sensación de que diría algo más, pero sólo preguntó:

—¿Te gusta el paisaje? A poca distancia de aquí hay una plantación que te encantará.

Había oído hablar de Oak Alley, pero la realidad sobrepasó cualquier cosa que se hubiera imaginado. En el camino se encontraron con una larga fila de robles que conducían a las enormes columnas dóricas de la casa; condujeron a lo largo de un camino de piedra y pasaron las plantaciones de caña de azúcar que en un tiempo fueron trabajadas por esclavos; después, aparcaron el coche detrás de la casa.

Tess se quedó absorta al ver las camelias.

—En enero —señaló ella—, viniendo de Maine, no estoy acostumbrada a ver flores a mitad del invierno y en tanta cantidad.

—Allí hay un árbol de magnolias.

Su follaje era como una mancha blanca y roja de flores, reunidas bajo la calidez del sol. La casa reiteraba los colores del jardín con sus postigos y herrajes de color verde oscuro. Las paredes estaban pintadas de color rosa y contrastaban con las enormes columnas blancas.

Al ver la expresión de Tess, Richard preguntó:

—-¿Quieres ver el interior?

—No, prefiero pasear entre los árboles.

Richard le cogió la mano y rodearon la casa. Él pagó la entrada de los dos y compró un folleto que leyó en voz alta:

—Los árboles tienen doscientos cincuenta años. Veintiocho recibieron un nombre, para combinar con las veintiocho columnas de la casa.

Las dos enormes filas de árboles guardaban gran espacio entre sí y las ramas formaban un toldo natural. Pasearon en silencio por los alrededores hasta que se detuvieron para contemplar la elegante fachada de la mansión.

Con naturalidad, Tess se libró de la mano de él y se sentó en la hierba, con la espalda apoyada en un árbol.

—Qué sitio tan maravilloso, desearía llevar un vestido largo y blanco, con encajes hasta el cuello, miriñaque y sombrero.

Se volvió para mirar a su acompañante y él se sentó a su lado, con la vista fija en la casa. Tenía el ceño fruncido y era evidente que no había oído una palabra de lo que ella había dicho. Le llamó por su nombre una y otra vez.

Él movió la cabeza levemente y la miró.

—¿Qué has dicho?

—Pareces absorto en algo. ¿Qué estabas pensando?

—La casa me recuerda un poco el lugar donde crecí, eso es todo.

Allí quedaba concluido el asunto. Tal vez para Jeremy no habría pasado inadvertida la expresión de Tess; era el mismo gesto que adoptaba cuando había resuelto encarar un problema. La chica sabía que a pesar de todo lo que habían hablado, todavía desconocía detalles de la vida de Richard; no tenía hermanos, sus padres habían muerto, su tía vivía en Montreal y no estaba casado.

Con aire ingenuo, dijo:

—Entonces, tus padres debieron ser muy ricos.

—Era un niño, tal vez la casa me pareció más grande de lo que en realidad era. Supongo que eso les sucede a todos los niños.

Aquello no contestaba a su pregunta e insistió.

—Tu padre, ¿fue muy rico?

—Sí, estoy seguro de que por ese motivo mi madre se casó con él.

—¿Cómo puedes tener esa certeza?

—Ella nunca quiso a nadie excepto a sí misma. Incluso he pensado que tampoco amó a ninguno de los hombres con los que se acostó.

—Quieres decir… ¿fueron muchos?

—Sí, Tess, fueron muchos. Sólo era un niño, pero no un tonto. Pronto me di cuenta de los comentarios de la servidumbre y de que mi madre no se acicalaba con esmero todas las noches sólo para ir a cenar con sus múltiples admiradores. Como podrás imaginar, era muy hermosa. Cuando tenía una cita estaba radiante, sin embargo con mi padre no.

—¿Por qué, entonces, permanecieron juntos?

—Al principio discutían, lo recuerdo bien. Los portazos, los gritos y los adornos que aparecían al otro día rotos en el suelo. Los años

pasaron y supongo que mi padre se dio cuenta de que nada cambiaría; entonces ya no hubo riñas. Quiero creer que él supuso que la semblanza de una familia era mejor para mí que la separación.

—Pero tú no lo apruebas.

Por primera vez desde que iniciaron la conversación, Richard se volvió para mirarla a los ojos.

—No, Tess. Cualquier cosa habría sido mejor que aquella atmósfera de continua tensión que cargaba el ambiente. Sobre todo para un niño, porque no se le explican las cosas. Tuve que vivir entre la duda.

Ella empezaba a entender muchas cosas.

—Una vez mencionaste que eras producto de un error de tu madre. ¿Con eso quisiste decir que ella no tenía la intención de quedarse embarazada?

—Estoy seguro de que así fue. En una de las disputas oí que, ella vociferaba la palabra aborto. Le llamaba padre, pero no puedo, por supuesto, tener la certeza de que realmente lo fuera.

—Oh, Richard... pero le quisiste, ¿verdad?

—Sí —su voz era áspera—. Ella le mató, con su interminable sucesión de amantes. Oficialmente murió de pulmonía, pero yo creo que ella le asesinó. Mi madre murió tres años más tarde de un ataque al corazón. Ella, que siempre fue una desalmada.

—Quizá no logró ayudarse a sí misma, quizá deberías condolerte de ella.

—Eso es lo que mi tía Agathe me sugiere.

—Nunca la has perdonado.

—Una noche, cuando tenía seis o siete años discutían. Yo bajé por un vaso de agua y ellos no se percataron de mi presencia. Mi madre iba de un lado a otro de la habitación, él trataba de hacerla razonar y le rogaba que permaneciera en casa. Aún puedo recordar la crueldad de su carcajada mientras le preguntaba qué le ofrecía a cambio. Se marchó y le dejó solo en aquella hermosa habitación... él empezó a llorar. Jamás he visto nada tan desgarrador, que refleje tanta soledad y desesperanza.

Richard se pasó los dedos por el pelo.

—No me atrevía a acercarme y me fui a mi habitación, donde ya no pude oírle. Él amó a mi madre, nunca supe por qué nunca dejó de hacerlo y qué fue lo que le llevo a... nunca lo he olvidado. Algunas veces me pregunto si eso destruyó en mí la capacidad de amar, de creer que una mujer sea honrada. Todas son mentirosas, destructivas, como mi madre... oh, qué habilidad tenía ella para fingir bajo aquella apariencia de ángel.

Hizo un gesto cortante y añadió:

—Bueno, con esto es suficiente. Quieres que nos marchemos para ver… Tess, ¿qué ocurre? No llores…

Por las mejillas de ella corrían las lágrimas. En silencio, Richard la cogió de la barbilla y le levantó el rostro.

—No llores, Tess.

—No puedo evitarlo, es una historia tristísima.

—No he debido contártela. Nunca le había dicho a nadie que vi a mi padre llorar aquella noche. Ha pasado mucho tiempo y lo mejor será olvidarlo.

—Pero no está olvidado, ¿verdad? La primera vez que nos vimos, te recordé a tu madre.

—Ahora ya no, empiezo a darme cuenta de que tú eres diferente.

—Pero aún piensas que los gemelos son míos, que yo también cometí un error.

Tess le miraba fijamente.

—Yo… yo no sé qué pensar al respecto. Supongo que de alguna manera eso no importa, porque es evidente que quieres a los niños.

—Sí importa.

—Quieres que te crea, ¿verdad?

—Sí. ¿No estás preparado todavía?

—Dios sabe que quisiera estarlo, Tess.

Ella esbozó una leve sonrisa. Ya lo entendía todo, por qué era tan difícil para él confiar en ella.

—Ya he estado demasiado tiempo en este sitio tan duro. ¿Vamos a la casa?

Él se puso de pie y ella también, entonces se dirigieron hacia la distante y armoniosa fachada de enormes ventanas y firmes columnas.

—¿Deseas visitar el interior? —preguntó Richard con amabilidad.

—No, gracias.

Lo último que necesitaba era recorrer aquellas enormes habitaciones con fantasmas del pasado. .

—A menos que tú quieras—añadió Tess.

Se maravilló de la rapidez con que habían cambiado de conversación.

—Lo que podríamos hacer es visitar Nottoway. Tengo entendido que lo han restaurado y bien vale la pena una visita.

Apenas llegaron allí, Tess comprobó que Richard estaba en lo cierto. La casa de la plantación era inmensa: sesenta y cuatro habitaciones cubrían un acre. Había trescientas sesenta y cinco entradas, una para cada día del año e innumerables detalles que cautivaron la atención de la joven cuando recorrieron todo.

Impresionada y sin tener tiempo para asimilar las impresiones que le habían producido Nottoway, Tess permaneció quieta mientras se dirigían al sur, hacia una antigua taberna francesa, para tomar un tardío refrigerio. Al leer la carta, en el fresco y apenas iluminado interior, se sintió agradecida de una cosa... Nottoway y su opulencia habían logrado ahuyentar la depresión de los dos.

No sin dificultad eligió ensalada Mardi Gras, cangrejo étouffée y tarta de almendras. Mientras esperaban el servicio, Richard pidió unas bebidas de menta. La comida estuvo deliciosa, con ese toque mágico que daban en Lousiana a los mariscos, tan abundantes en el lugar. Charlaron sobre diversos temas y pronto fue hora de regresar.

El aparcamiento estaba rodeado por un antiguo jardín lleno de flores. La brisa del río inundaba el aire y sus aguas se deslizaban tranquilas bajo el arco plateado de Sunshine Bridge. Los rayos del sol parecían más cálidos y un ligero viento ondeaba el pelo de Tess. Levantó el rostro hacia el cielo, respiró profundamente y con dos palabras expresó su alegría:

—¡Es maravilloso!

Richard sonrió y un brillo que apareció en sus ojos hizo que ella se ruborizara. Sin necesidad de expresarlo, Tess supo que él participaba de esa felicidad. Ignorando la llegada de un par de coches y las miradas curiosas de los ocupantes de un autobús, la abrazó y la besó. Enseguida se dio cuenta de que nunca podría olvidar a ese hombre alto y rubio, que había dado a su vida ese toque mágico.

Salieron del aparcamiento y se dirigieron hacia el puente. No se dijeron nada hasta que Richard descansó brevemente su mano en la rodilla de Tess.

—Tess, pronto tendré que irme a casa.

Ella le miró con desolación, pero él tenía la vista fija en la carretera. Escuchó sus palabras como a través de una densa niebla que le dificultaba la respiración.

—Me comuniqué ayer con la oficina principal de Toronto. Los asuntos están detenidos y a menos que regrese pronto, no podré evitar un gran retraso. He estado aquí más tiempo del calculado.

La miró de reojo y debió notar en su rostro, antes radiante de felicidad, la desolación que sentía. Sus manos asieron con fuerza el volante.

Estaba segura de no haber oído bien, así que preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Deseo que vengas conmigo.

Así que era cierto. Sus manos hicieron un leve movimiento como si quisiera protegerse de él.

—No puedo. ¡Es imposible!, Lo sabes tan bien como yo.

—Escúchame, Tess.

—Está mi trabajo, los niños, oh, tantas cosas; no puedo irme y dejarlo todo. Por favor, hablemos de otra cosa.

—¡No! —exclamó con decisión—. No me has dejado explicarme, cállate un momento y escucha. Aleja de tu mente todas esas objeciones, ¿quieres? A la larga lista de adjetivos con que acostumbras describirme, puedes agregar el de autoritario.

—Y arrogante.

—Está bien, ahora escucha, quizá no lo he planteado bien. Lo que pretendo es que viajes conmigo para llevarte con tía Agathe a Montreal. Allí puedes estar, por lo menos sabré que no estás trabajando hasta el agotamiento. Tal vez puedas conseguir un trabajo dentro de tu profesión. Debes sufrir por no dedicarte a ello.

—Sí, lo lamento; pero los trabajos escasean y no hay vacantes. El problema es que mi cerebro está tan atrofiado como si tuviera sesenta años.

—No creo que tengas que preocuparte por eso, tu cerebro funciona bien. Volvamos a lo que estábamos hablando. La razón por la que vine aquí fue para convencerte de que aceptaras la ayuda de mi tía. Desea tenerte con ella, lo sé. También sé algo más, que disfrutará con tu compañía y la de los niños.

—No conozco a tu tía. Nunca la he visto, lo único que sé es que ella asegura haber sido compañera de mi madre en la escuela y eso es un argumento muy débil. No puedo llegar a su puerta con dos niños de dieciocho meses y recibir alimentación, casa y vestidos. Debes comprender que no puedo hacer eso, Richard.

---Tu estancia con ella será por poco tiempo, sólo hasta que encuentres un trabajo adecuado y un sitio para vivir.

—¿Y si no encuentro trabajo?

—Sabiendo como eres, estoy seguro de que encontrarás algo.

—Y si no es algo apropiado a mi carrera, lo mejor será quedarme donde estoy.

—Tú estarías mejor, pero yo no.

—No sé a qué te refieres.

—Tess, estoy preocupado por ti. Por favor, no me interpretes mal. Creo que vas bien, eres independiente y estás logrando una gran labor con los niños. Pero, piensa que Mike se mudará en el verano, que los gemelos están creciendo y cada vez te resultará más difícil mantenerlos. Y si caes enferma, si te fracturas un brazo o una pierna o lo que sea. Por eso quiero que vayas a Montreal, para conseguir una mejor posición. Un trabajo que te proporcione atención médica

cuando la necesites, donde puedas disfrutar de los fines de semana y de un período de vacaciones; que tengas una institución que cuide de los niños e incluso seguro médico.

—Hablas como un asesor de negocios.

—Eso es lo que soy.

Antes de que ella adivinara su intención, Richard ya había mirado por el retrovisor, conectado las luces intermitentes y aparcado el coche en la cuneta de la carretera. Después de apagar el motor la atrajo hacia sí y empezó a besarla.

Sus labios eran ardientes y su fuerza primitiva logró una idéntica respuesta. Ella reaccionó y trató de darle una patada, pero sólo logró dar un salto.

—¿Te parece ahora más convincente? —preguntó él.

—¿Por qué no lo intentas de nuevo? Sabes que no puedo evitarlo.

—¿Hay algo que te obligue a pedir una tregua?

—Si lo hubiera, no te lo diría.

Su expresión cambió de repente y empezó a reír.

—Parece como si estuvieras a punto de explotar, Tess. ¿Por qué no lo dices y lo alejas de tu mente?

—¡Eres el hombre más exasperante que he conocido!

—Bien —cogió la llave—. ¿Nos vamos?

El problema era que ella también deseaba reír, esperó a estar a salvo en la carretera para preguntar.

—¿Y cuál será tu próxima táctica persuasiva?

—La realidad es que tengo otra carta que jugar. En mi habitación hay algunas fotos que traje de mi tía y de su casa de Montreal; también tengo de mi casa de Nueva Escocia. Quizá ellas te den una prueba de que existen.

—No sabía que tuvieras una casa en Nueva Escocia.

—Está en la península, no lejos de Halifax, frente al mar. Los ciervos bajan al campo en primavera y las focas se tumban sobre las rocas en el verano. Cada año los lirios silvestres florecen en la ciénaga... así que no podré olvidarte, Tess. Estoy seguro de que te encantaría ese sitio.

Sí, ella también estaba segura. Casi podía aspirar el aroma del viento del océano y escuchar las olas chocando contra las rocas.

Volvió a la conversación de la que tan fácilmente se habían desviado; con intensa y absoluta sinceridad, dijo:

—Richard, todo esto está muy bien, pero no hemos llegado al fondo del asunto...

Él le recorrió el cuerpo con una picara mirada.

---¿No?

—No.

Tess se sentía desorientada cuando él cambiaba de esa manera.

—Los gemelos son mi responsabilidad. Así lo elegí y no puedo pedir a nadie que lo haga por mí; no sería justo.

—¿Nunca?

—No, nunca.

—Tal vez encuentres al hombre de tus sueños. Un príncipe azul al que tal vez rechaces porque él no acepte la responsabilidad de Robbie y Lisa.

Nunca encontraría a nadie como él, ese pensamiento cruzó por su mente con increíble rapidez.

—No es muy probable que eso suceda —contestó, impaciente—. Con fotos o sin ellas, tu tía sigue siendo una extraña para mí.

—¿Por lo menos aceptas verlas?

—¿En tu habitación? —preguntó con escepticismo.

—Tess, ¿no confías en mí?

—No estoy muy segura.

—¿O es en ti en quién no confías?

No le quedaba otra alternativa. Retrocedía o aceptaba acompañarle.

CAPÍTULO 9

RICHARD estaba hospedado en uno de los hoteles más antiguos del Barrio Francés y a pesar de no ser moderno, sí era lujoso. El ascensorista y un comentario sobre el tiempo le impidió hablar de cualquier otro tema mientras subían.

Desde la habitación de Richard se veía un pequeño y agradable patio. Tess miró hacia abajo como si nunca hubiera visto nada tan fascinante. Él se acercó a ella y le entregó una caja de fotografías. Al ver la primera supo que le agradaría la tía Agathe.

La imponente e inmaculada residencia no la sorprendió; con melancolía pensó que a los niños les encantaría el jardín. De pronto, se detuvo al ver la fotografía de una casa muy diferente.

El fotógrafo seguramente se había colocado en una colina. Era una enorme mansión que ella ignoraba que él poseyera; era sorprendentemente hermosa para describirla.

—¿Te gusta? —preguntó él—. Voy siempre que puedo, aunque me temo que no con la frecuencia que quisiera.

—Si fueras mía no la dejaría nunca —comentó.

—Suponiendo que tía Agathe te convenciera de recibir ayuda, podrías ir con los niños siempre que lo desearas. Como ya te he dicho, raras veces estoy allí, pero hay un matrimonio que cuida de la casa y se ocuparía de ti.

—¡Detente, Richard! Los dos sabemos que nada va a suceder.

Casi a ciegas, sabiendo que no podría soportar más detalles sobre esa casa, le devolvió las fotografías.

Él las cogió y las dejó en una mesa. Después deslizó lentamente los brazos alrededor de la espalda de ella.

—Me tendrás que convencer de eso, Tess.

—-A riesgo de parecer repetitiva reitero que no sé cómo.

—Acepta la verdad y di que deseas venir conmigo.

—Si lo deseo o no, eso no importa. Márchate, Richard.

—Cuando yo lo decida —no se había molestado en ocultar la crueldad de su mirada—. No temas, Tess. Sabes igual que yo que no haría nada contra tu voluntad.

—Como ya dijiste una vez, existe la voluntad y la emoción.

Tan pronto pronunció esas palabras, deseó no haberlo hecho, porque él las interpretó acertadamente. Antes de que su boca se posara sobre los labios de ella, murmuró:

—Así que tu cerebro te dicta que huyas pero tu cuerpo desea quedarse. No tiene sentido que lo niegues, no conmigo.

Su beso esfumó cualquier distancia y las palabras resultaron inútiles. Nada más recibir la caricia, Tess comprendió que aquello era lo que había deseado todo el día. También supo que no podría luchar contra él. Abandonó el sentido común que la caracterizaba y se entregó a sus brazos como un caballo salvaje que corre libre como el viento.

Tess sentía contra sus senos el acelerado latir del corazón de él. La invasión de la lengua en su boca se convertía en una delicia.

La cabeza le daba vueltas, mientras las manos de él le recorrían el cuerpo con impaciencia; primero bajo la chaqueta, después le sacó la blusa de los pantalones y con la palma de la mano le acarició la espalda.

Richard levantó la cabeza y se fijó en la suave y temblorosa boca que sin palabras reflejaba rendición. Con lentitud le quitó la chaqueta.

Ella parpadeó, emocionada. Por primera vez desde que él la había besado, su rostro reflejó incertidumbre.

—¿Richard?

Él permaneció en silencio, aunque continuó acariciándola.

—Richard… —repitió ella, sabía que aquello era muy importante —. Si yo… cuando respondo a tus caricias… no piensas que me comporto como tu madre ¿verdad? ¿Crees que lo haría con cualquiera?

La miró fijamente, en sus ojos sólo había deseo.

—Eres diferente a. ella, ¿no es así, Tess?.

Sin detenerse a pensar, contestó:

—Sí.

—No me gustaría no obtener respuesta de ti.

—¡No creo que tú tengas ninguna preocupación en ese sentido!

—¿No? Quizá debería cerciorarme de nuevo.

—Buena idea.

Que aquel beso se iniciara con una broma, no provocó diferencia alguna, el impacto sexual fue el mismo, una chispa candente la invadió al sentir que las manos de Richard avanzaban hasta sus senos.

Él la tomó entre los brazos y la condujo a la cama, que poco antes ella había tratado de ignorar. Con candidez, Tess le ofreció los brazos y él le recorrió suavemente el cuello con labios anhelantes. Ella respondió deslizando las manos por debajo del jersey de él.

De un tirón, Richard se quitó el jersey y lo tiró al suelo. Con lentitud, los dedos de él se posaron en el cuello de la blusa, sin dejar de mirarla. Tess correspondió a su mirada con una mezcla de timidez e imprudencia, consciente de que daba un paso hacia un territorio que jamás había pisado.

Richard le acarició los senos con infinita ternura y ella empezó a estremecerse. Él no acertaba a desabrocharle la blusa y dijo:

—Quítatela, Tess.

Ella obedeció y se sentó. La blusa y el sujetador cayeron al suelo. Él no intentó ayudarla, sólo contemplaba su cuerpo desnudo. Richard la atrajo hacia sí y sus cuerpos se juntaron.

—Richard... —susurró Tess, cerrando los ojos y entreabriendo los labios para que la besara.

Esa pequeña acción abrió las compuertas de su pasión y sus cuerpos permanecieron muy juntos sobre la cama. Frenético, como si temiera que ella se arrepintiera en cualquier momento, la llenó de besos y le mostró el fuego que era capaz de producir. Sabía lo que la excitaba y pronto la oyó gemir, con su cuerpo pegado al de él, y con convulsiones que para Tess eran nuevas.

De pronto hubo un instante de paz. Richard miraba absorto la parte del cuerpo de ella todavía cubierta con ropa y le susurró al oído:

—Tess... quiero contemplarte desnuda.

La respuesta de ella fue inmediata. Con lentitud, se quitó el cinturón de los vaqueros, y empezó a bajarse la cremallera.

—No me negarás nada, ¿verdad?

—No.

Por la intensidad de su mirada supo que recordaba a otra mujer y añadió, molesta:

—Me prometiste que no nos compararías.

—Sí, lo prometo. Me temo que tendré que creer en ti, eres mucho más de lo que esperaba.

De pronto deseó llorar, sin embargo, se quitó el pantalón. Fue Richard quien la despojó de la ropa íntima y después se desnudó él. La atrajo hacia sí y Tess sintió la necesidad que él tenía de ella.

Después de eso la chica no supo explicar lo que ocurrió en los siguientes cinco minutos. Se perdió en un mundo de sensaciones, caricias, sonidos y miradas.

Tess deseaba llenarse de Richard del modo más primitivo e íntimo; aquello era, después de todo, la cumbre del amor. Que ella no lo hubiera hecho antes no le atemorizaba, estaba con Richard ¿por qué no lo iba a hacer? Por eso le resultó incomprensible que él se alejara.

—¿Richard? —murmuró.

—Tienes que venir conmigo, Tess. ¡Debes hacerlo! No te puedo dejar aquí, borrarte de mi vida como si nunca te hubiera conocido.

Ella sintió como si un torrente de agua fría le hubiera caído encima.

—Esto está bien, Tess, tú y yo juntos en la cama. Dios sabe lo que

he sentido en lo más hondo de mi ser.

—Sí —pronunció con voz apenas audible.

—Tess… ¿alguna vez ha sido para ti como ahora? Tan… —Richard se estremeció— tan devastador.

Entre ellos apareció el fantasma de un hombre inexistente: el amante de Tess, a quien Richard suponía el padre de los gemelos. Podía haber defendido su causa otra vez, pero en vez de hacerlo, sólo dijo:

—Nunca.

Él la abrazó con fuerza. Tess deseaba que su juego amoroso se reanudara y llegara el clímax, así Richard descubriría que era virgen. Pero su respiración se tornó tranquila y su abrazo carente de pasión.

—¿Vendrás conmigo, Tess? ¿Confías en mí lo suficiente para empezar otra vez en otro país? No quiero dejar de verte.

No había dicho que la amara o deseara casarse con ella. Sin embargo, no le molestó a Tess, convencida de que él había cambiado.

Apoyó la mejilla sobre su pecho para aspirar su esencia masculina. ¿Cómo soportaría su partida? ¿Cómo vivir sin verle?

A sabiendas de lo peligroso que era, consideró la posibilidad de hacer lo que él decía. Mudarse a Montreal con los niños, establecerse de nuevo y, una oleada de júbilo la invadió, continuar viendo a Richard. Podía dejar su empleo en el bar, ya no habría más desvelos ni tendría que cantar hasta casi quedar afónica. No tendría que preocuparse por buscar con quién compartir el alquiler del apartamento cuando Mike se casara.

—Parece maravilloso—susurró pensativa.

—¿Quieres decir que lo harás?

Se puso tensa entre sus brazos.

—¿Y quién cubrirá los gastos? Tengo algún dinero ahorrado para una emergencia, pero no es suficiente para pagar el viaje y dar algo a tu tía por el hospedaje.

—Yo lo haré —para acallar su protesta, añadió—: Me lo devolverás cuando encuentres un trabajo decente.

—Nunca he recibido dinero de nadie —aseguró, con la cabeza erguida.

Era un gesto que la tía Agathe habría reconocido de inmediato, porque era el mismo que distinguía a Clara.

—Tal vez ya sea hora de empezar. La independencia es fabulosa y ya has demostrado que eres capaz de conseguirla, pero ten cuidado de que no se convierta en obsesión.

—¡Gracias! —replicó con una sonrisa y él empezó a deslizar los dedos por sus costados—. ¡Detente! No soporto las cosquillas.

—Quizá tenga que hacerte algunas para someterte.

—Eres sádico, debí haberme dado cuenta antes.

Sin cambiar el tono de voz, Richard añadió:

—Y ahora, creo que lo mejor será vestirnos y marcharnos de esta habitación antes de que me seduzcas.

—¿Yo, seducirte a ti? —preguntó, indignada.

—Si alguna vez te hago el amor, será tras la bendición del sacerdote.

La sonrisa desapareció del rostro de ella, a su mente no acudió nada qué decir.

—Quiero que entiendas algo. No suelo invitar a jovencitas con niños o sin ellos, a vivir con mi tía. Nunca lo había hecho.

—Y… te creo —tartamudeó.

—Vaya —le lanzó las dos pequeñas prendas de encaje y le dio la espalda—. Mañana me dirás lo que has decidido. No tendremos problemas para conseguir los billetes en esta época del año.

Tess empezó a vestirse, sabía que para él el asunto estaba concluido. Había hecho lo mejor para convencerla: con palabras y con la poderosa arma de su cuerpo, sólo faltaba que ella decidiera.

CAPÍTULO 10

EL siguiente día era sábado, Mike, con una beatífica sonrisa en el rostro, se había marchado a ver a Angeline. A Tess le habían pedido que cambiara el turno con otra de las chicas, así que trabajó de dos a seis. Mientras Richard había llegado al apartamento y Sophie había podido irse a las cinco. Él pasaría la noche en casa de Tess.

Mientras ella andaba por las tranquilas calles, todavía se preguntaba lo que le iba a contestar. Sabía lo que deseaba hacer: coger el avión con él, pero una desagradable voz en su interior la desanimaba. ¿Quién pagaría los billetes? ¿Y si no le agradaba a la tía Agathe? ¿Qué ocurriría si no conseguía trabajo?

Contempló la escalera y pensó en lo agradable que sería no volver a ver aquellos escalones. Se imaginó a la tía de Richard en el jardín de la casa y a Lisa y Robbie haciendo muñecos de nieve durante el invierno. Los niños tendrían en Montreal diversiones que hasta entonces desconocían. ¡Oh, Dios! ¿Cómo diablos decidirse? Cerró la puerta y entró en la sala.

Richard estaba sentado en la alfombra y tenía a Lisa entre sus brazos. Había construido una torre con los cubos que parecía una obra de ingeniería. Robbie estaba absorto, ni siquiera se volvió para mirar a Tess. Richard le hizo un gesto mientras colocaba un dado verde en lo alto de la pirámide.

—Sé que he debido preparar la cena, pero no me ha dado tiempo. ¿Cómo puedes hacer algo con estos dos diablillos alrededor?

—Con mucha dificultad —contestó Tess—. Me daré una ducha y después pensaremos en la cena.

El agua caliente ahuyentó el aroma del bar, borró el maquillaje de la cantante y dejó a Tess con el rostro limpio y el pelo mojado. Regresó a la sala, vestida con una sencilla falda de algodón y una camisa de color violeta.

La torre había caído. Robbie apilaba los dados en su tren mientras Lisa saltaba sobre las piernas de Richard y se reía a carcajadas. Al ver a Tess dejó a la niña en la alfombra y se puso de pie.

Antes de que ella pudiera decir nada, él la rodeó con los brazos y la besó. Después se separó un poco y sus ojos recorrieron las esbeltas líneas de su cuerpo.

—Hola, Tess, te veo muy bien, a pesar de que debo reconocer que estabas mejor ayer en mi habitación.

Ella se sonrojó y no pudo contestar nada.

—Yo te deseo también —susurró él.

Lisa se acercó y tiró a Richard del pantalón. Él cogió a la niña en brazos.

—¿Qué hay de la cena? ¿Ya has decidido lo que vamos a preparar?

—Jamón al horno —respondió enseguida, a pesar de no tenerlo pensado—. ¿Y los visados? No tengo ni idea de los requisitos que exigen en Canadá. ¿Podré quedarme en el país, encontrar un trabajo y vivir el tiempo que quiera?

Él la miró, desconcertado.

—No lo sé, nunca pensé en eso —respondió, pero enseguida añadió —: Telefonearé al consulado el lunes por la mañana. Haremos las reservas para el martes, no puedo retrasarme más.

—Y yo no creo posible ir si no consigo un empleo. Necesito trabajar, de otra manera dependeré totalmente de tu tía.

Sentía un poco de alivio al saber que la decisión sería aplazada dos días.

—Me ocuparé de eso lo antes posible. Tengo el presentimiento de que estás buscando excusas, Tess.

—¿Quieres patatas asadas?

A pesar de que Lisa insistía en jugar con él, Richard, no apartó la vista de ella.

—No cambies de tema, Tess.

—Deseo ir contigo, pero tengo que estar segura de que estoy haciendo lo mejor para todos. ¿Patatas fritas o asadas?

—Asadas.

Al sentir un fuerte tirón de pelo de Lisa, Richard pareció darse cuenta de las intenciones de la niña. Entre dientes, murmuró:

—¡Mujeres! —las dos se rieron—. Adelante, yo te ayudaré.

—Eres la alegría para nosotros, siempre terminamos riendo, ¿verdad? —sonrió—. Todo era muy serio con mis padres, bien pensado, pero sin duda, demasiado serio. Incluso las vacaciones y los días festivos tenían un grado de solemnidad.

—Doy lo que quieras por saber tus pensamientos.

—Me he acordado de mi hermana, la madre de los niños.

Él parpadeó. Por un instante, Tess estuvo segura de que aceptaría el reto y una chispa de esperanza palpitó en su pecho; pero entonces él dijo con frialdad:

—¿Dónde están las patatas?

El impulso de coger del dormitorio la foto de Jay murió de inmediato; él debía aprender a creer en su palabra.

Los preparativos para la cena se desarrollaron con tranquilidad y el apetitoso aroma de las patatas asadas invadió el pequeño apartamento. De pronto llamaron a la puerta. Tess estaba preparando la mesa y Richard hacía la ensalada en la cocina. Colocó los cubiertos y fue hacia la puerta con un gesto de asombro en el rostro. Ya había

pagado a Sophie por cuidar a los niños y el compañero de squash de Mike sabía que éste no estaba. ¿Quién podría ser?

—-¡Jeremy!

Fue lo único que alcanzó a decir antes de que la cogiera por la cintura, le diera vueltas en el aire y la besara hasta casi ahogarla.

—-¡Linda! He estado esperando todo el día este momento. Mmm, tu boca sabe deliciosa.

Desconcertada, Tess sintió que empezaba a besarla otra vez, era como si aquello le estuviera sucediendo a otra mujer. Jeremy dio un puntapié a la puerta y la cerró de golpe.

—Esta vez no esperaré respuesta, querida. Te casarás conmigo, sin excusas. Durante tres años me has estado dando excusas, pero ya no lo permitiré —volvió a besarla—. Además, será mejor para los niños.

—Jeremy, ¿por qué diablos...?

—He decidido que ya es hora de que vengas conmigo

-—Tú no puedes...

—Sí, claro que puedo. Te estoy ofreciendo mi lealtad —le hizo un gesto de halago—. No te muestres tan sorprendida, querida, tú sabes que estoy enamorado de ti desde hace muchos años y que te he pedido que te cases conmigo hace tiempo. No sólo se trata de los niños, además, tengo un trabajo para ti, empezarás en el verano. Desafortunadamente es en el departamento del viejo Buden, pero no se puede pedir todo. Por fin volverás a donde perteneces, antes de que olvides todo lo que has aprendido. Los alimentos infantiles y los clubes nocturnos están bien, pero recuerda que tienes un cerebro, Tess.

—Jeremy Blandford, llegas aquí como si esta casa fuera tu propiedad, ni siquiera te molestas en avisarme que vas a venir y esperas que yo caiga en tus brazos... como... como...

—Como un fruto maduro, como es costumbre, querida —la interrumpió y le dio otro beso—. Ya te he dado tiempo suficiente para reflexionar. Los niños podrán asistir a la boda, estoy seguro de que les encantará.

—A tu madre no.

—Será una abuela instantánea —respondió él, con un optimismo que Tess nunca había compartido, conociendo como conocía a la señora Blandford—, adelante, cielo, no habrá problema. Piensa en todo el dinero que podrás despilfarrar una vez que estemos casados.

Jeremy se puso tenso repentinamente.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó con brusquedad.

Tess no había olvidado a Richard; se volvió, tratando de librarse del abrazo de Jeremy.

Richard permanecía de pie en la puerta de la cocina y su expresión

era sanguinaria. En una mano sostenía el afilado cuchillo que había usado para cortar las verduras, lo que le daba un aspecto más amenazador. Sin embargo, no miró a Tess, fue como si ella no formara parte del asunto y el conflicto sólo era entre los dos hombres.

—Es demasiado evidente quién es usted.

—Ilústreme al respecto.

Richard miró a Jeremy y se fijó en su pelo rojizo.

—Usted es el padre de los niños, ¿no es cierto?—con amargura, añadió—: Ha tenido relaciones con Tess desde hace años, ya lo ha dicho, me parece muy mal que no se haya casado con ella hace tiempo. Prefirió abandonarla y dejarla que luchara sola trabajando hasta el agotamiento y preocupándose por cada centavo que gastara.

Richard le recorrió con la mirada y se fijó en la ropa elegante que llevaba puesta.

—Por lo visto no ha sufrido lo mismo —añadió.

—¡Un momento, Richard! Jeremy, dile la verdad.

—Déjalo, creo que ha acertado, aunque está equivocado en una cosa. Quise casarme contigo hace mucho, pero tú no aceptaste, ¿verdad, querida? El absurdo orgullo de Nueva Inglaterra... ¿Debo suponer que su interés no es pasajero? Muy mal... yo tengo prioridad, como puede ver.

—Jeremy, si no le dices la verdad a Richard ahora mismo, te juro que no te volveré a dirigir la palabra. Nunca, ¿me oyes?

—Calla, Tess, el juego ha terminado —señaló Richard.

Ella palideció instantáneamente.

—¿Eso quiere decir que le crees? Él no es el padre de los niños, son de mi hermana, ya te lo he dicho —al borde de la histeria, se dirigió a Jeremy con tono autoritario—. ¡Tú sabes lo de Jay y Chris... díselo!

Pero el joven estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba y en ese momento era precisamente a Tess a quien quería. Con una mirada fría en los ojos, respondió lentamente.

—Si estuvieras interesada en él, mi cielo, le habrías hablado con la verdad por delante desde el principio; no ha sido muy leal de tu parte dar la impresión de que yo no me casaría contigo.

Tess cerró los ojos un instante. Todo era como una pesadilla.

—Mientes... mientes.

—Lo irónico de todo es que estaba empezando a creerte —intervino Richard—. Tonto de mí, ¿verdad? Supuse que había conocido a la mujer que amaría por el resto de mis días. La que podría ser la madre de mis hijos... la dueña de mi alma. Sin embargo, ha sido mejor descubrir desde ahora que estaba engañado y no después.

Tess apeló al encantador y alegre pretendiente que conocía desde

hace años, al Jeremy que no habría renunciado a su herencia. La antigua palabra de cariño acudió a su mente.

—Jerry, por favor, si alguna vez me has amado, dile a Richard que tú no eres el padre de los gemelos.

Obediente, pero sin convicción en la voz, Jeremy repitió:

—Yo no soy el padre de los gemelos.

Richard pronunció con aspereza:

—Ha sido suficiente, ustedes pueden seguir con su comedia en cuanto me haya ido.

Richard buscó su chaqueta por la habitación. Cuando iba a cogerla se dio cuenta que todavía tenía el cuchillo en la mano. Lo dejó en una silla y se puso la chaqueta.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo a mi mundo. Le daré a mi tía tus saludos, conocerte ha sido realmente... una enseñanza.

—¡No puedes irte! ¡No puedes dejarme!

—Tu amigo cuidará de ti.

Ella le cogió por una manga, pero sólo consiguió que él se librara de ella como si su contacto fuera algo repugnante.

—Richard, no te vayas. ¡No puedes hacerlo!

Por un instante pensó que él iba a cogerla del cuello para estrangularla.

—Adiós, Tess.

Richard salió y cerró la puerta.

La vez anterior, cuando él se marchó con aquel malentendido, ella había corrido tras de él. Pero sabía que no tenía sentido hacer lo mismo en esa ocasión; él la había arrojado de su lado, sordo ante sus súplicas.

—Se ha ido —balbuceó.

Los niños estaban en la alfombra con idéntica expresión de espanto en sus caritas; sabían que algo pasaba con los adultos aunque fueran demasiado pequeños para comprender.

—Estás enamorada de ese tipo —comentó Jeremy.

—Su nombre es Richard Atherton, es de Toronto y no, no lo estoy.

—Claro que lo estás. Te comportas como si hubieras perdido lo mejor del mundo.

Sus palabras, en aquel tono burlón, llegaron a lo más profundo de su ser. En el corto tiempo que había tratado a Richard había suplantado fácilmente el afecto que sentía por Mike y por Jeremy; pero se había marchado, se había alejado para siempre porque la equiparaba con su madre, una mujer que mentía y flirteaba tan fácilmente como respiraba.

—Nunca te perdonaré, Jeremy. Le has hecho creer deliberadamente que tú eras el padre de mis sobrinos.

—Sí él supiera lo imposible que resulta. Tess, la intachable, la chica que sólo se interesa por el sexo que puede encontrar en las páginas de un texto de zoología.

—Eso es lo que siempre te ha fascinado de mí, ¿verdad? El que haya sido la única mujer que siempre te ha dicho no.

—Casi la única, es cierto.

—Tú no estás enamorado de mí. Soy la primera cosa, y uso esa palabra a propósito, que has deseado y que no has podido obtener.

Él la cogió por un brazo con violencia.

—Me he puesto furioso cuando el tipo ése ha salido de la cocina como si fuera el dueño de la casa.

—Eso no es amor, es posesión.

—No quiero pelear, Tess. He venido a pedirte que te cases conmigo y hablo en serio. De ese modo podrás contratar a una niñera, volverás a la universidad y desarrollarás tu profesión. Es lo más razonable. Además, estoy enamorado de ti, no importa lo que tú digas.

Su traición estaba aún reciente en su mente. Antes de contestar, trató de recordar todo lo que había vivido al lado de ese joven y los agradables momentos que habían compartido antes de graduarse. Haciendo acopio de toda su dignidad, dijo con convencimiento:

—Jeremy, no estoy enamorada de ti, nunca lo he estado y nunca lo estaré. Tampoco me casaré contigo sólo por conveniencia.

—Así que he recorrido tanta distancia para nada.

—Yo no te pedí que vinieras.

—Eres una tonta, te estás enterrando en vida, malgastando tu talento y habilidad. Pero si estás decidida a convertirte en mártir en pro de la maternidad, no puedo hacer nada por ti.

—Es mi vida, déjame vivirla como yo prefiera.

—De acuerdo. Dime una cosa antes de irme… ¿por qué has dejado que Richard Atherton pensara que yo soy el padre de los niños? ¿No le hablaste de Jay y Chris?

—No es necesario que te inquietes por ello.

—Así que no me interesa.

—Ha sido muy desagradable de tu parte que tú no lo hicieras.

—Permíteme recordarte que en la guerra y en el amor todo vale.

—En este caso hemos perdido todos la batalla. ¿Me harás el favor de irte? Tengo que meter a los niños en la cama y todavía no he preparado la cena.

Eran excusas porque no podía permanecer un minuto más en la misma habitación que él.

—Es tu última oportunidad, Tess. Ven conmigo por lo menos para aceptar el empleo.

¿Y ver a Jeremy todos los días? ¿Recordar cómo había él ahuyentado a Richard de su vida? Prefería pasar el resto de sus días en el cabaret.

—Es imposible, Jeremy.

—Tal vez no vuelva a verte, Tess.

—Lo siento, pero considero que me estoy comportando demasiado amable contigo, después de lo que has hecho. Quizá te escriba cuando me haya serenado.

—Me gustaría saber si él consiguió lo que yo no pude.

Tess apretó los puños y su silencio fue tan elocuente que Jeremy añadió rápidamente:

—Está bien, olvida lo que he dicho —y con una sonrisa añadió—: Te prometo contestar si me escribes —Jeremy se marchó, haciendo un gesto digno de un heredero de la fortuna de los Blandford.

Los niños empezaban a lloriquear. Como un autómata, Tess se dispuso a llevarlos a la cama. Les cantó un par de canciones y les dio las buenas noches como de costumbre.

Tess fue a la cocina. Las patatas tal vez se habrían asado demasiado y la ensalada estaba sin terminar, tal y como Richard la había dejado.

Corrió hacia la sala e, impaciente, pasó las hojas de la guía telefónica hasta encontrar el número del hotel de Richard, que marcó con dedos temblorosos.

—El señor Atherton, por favor, en la habitación trescientos treinta y siete.

Apretó el teléfono con nerviosismo, no sabía lo que le iba a decir, pero necesitaba hablar con él.

—El señor Atherton ha pagado su cuenta hace unos momentos.

—¿Ha pagado su cuenta? ¿Quiere decir que se ha ido?

—Eso es, pidió un taxi para ir al aeropuerto, iba con prisa.

—Entiendo —contestó con pesar—. Gracias.

Tess colgó el teléfono, se llevó las manos al rostro y empezó a llorar.

CAPÍTULO 11

LOS días pasaron. El que Richard se hubiera marchado no alteró la rutina de Tess. En otras palabras, la vida continuó. De alguna manera ella sintió un tonto resentimiento. ¿Cómo podía brillar el sol sobre la extensa y plateada superficie del río cuando ella había perdido la felicidad? ¿Cómo era posible que Lisa y Robbie se rieran con unos payasos cuando todo lo que ella deseaba era que se fueran lejos y la dejaran sola?

Fácilmente había llegado a una conclusión: Jeremy, como había sucedido a menudo durante su carrera académica, una vez más había probado que tenía razón. Sólo que en esa ocasión no era sobre alguna composición química sobre la sangre de la langosta o la vida sexual de un gasterópodo. Le había asegurado que estaba enamorada de Richard y era cierto.

Sólo se olvidaba de Richard cuando dormía y a veces ni así, porque soñaba con él. Cuando se despertaba se daba la vuelta e intentaba volver a dormir, pero sólo conseguía soñar otra vez. Durante las horas que permanecía despierta su pensamiento siempre estaba con él. Dos veces creyó verle por el bar y cada vez su corazón y el piano se detuvieron hasta darse cuenta de que era otro hombre alto y rubio.

No había tenido noticias de él y en realidad no las esperaba. No conocía el nombre de su empresa en Toronto, ni la dirección de la hermosa casa de las costas de Nueva Escocia, sin embargo sabía el apellido de Agathe, pero ese tenue lazo no la reconfortaba, ¿cómo podía comunicarse con su tía cuando él se había ido?

El domingo, después de la partida de Richard, Tess le había descrito la escena a Mike. Le pidió que no lo mencionara de nuevo, pues ese episodio de su vida había terminado. Tess perdió peso y le salieron ojeras.

No sólo la entristecía la pérdida de Richard. Desde que Jay y Chris habían muerto al caer el avión en Atlanta, Tess había estado demasiado ocupada para apenarse por ellos. Como la única pariente que tenían había tenido que ocuparse de los arreglos del funeral, arreglar el caos financiero que Chris había dejado como herencia y cuidar a los niños.

Ahora, ocho meses más tarde, su energía se había esfumado y lloraba casi sin cesar.

La graduación de Chris en ciencias había sido en mayo. El matrimonio y los niños volaban desde Nueva Orleáns, de pronto se incendió uno de los motores del avión y la pareja, al igual que otros cuarenta pasajeros, fallecieron. Los gemelos pasaron de una persona a

otra hasta donde estaba el primer superviviente que abandonó la nave. Tess confiaba en que su madre, de alguna manera, hubiera sabido antes de morir que estaban a salvo.

Debido a lo mucho que echaba de menos a Richard y la pena por la pérdida de su hermana, lo que le sucedió a Tess era tal vez inevitable. Una noche, al salir de trabajar, anduvo bajo la lluvia y se empapó. Al día siguiente se despertó con molestias en la garganta, pero cantó como de costumbre, al otro día tenía tos.

—Quédate en casa —le sugirió Mike— ¡y descansa! ¿Me oyes, Tess?

Era difícil descansar cuando la acosaba la imagen de un hombre rubio de ojos azules que había compartido con ella su dolor de niño y su confusión de hombre.

La tos no la dejaba dormir por las noches y le provocaba una molestia en las costillas. Alarmado, Mike llamó al médico, que prometió visitarlos por la tarde. Le pidió a Sophie que cuidara de los niños.

El doctor se mostró inquieto. Le miró la garganta, la obligó a hacer una serie de sonidos y salió a la sala para llamar a una ambulancia. Con enormes ojos ante el drama, Sophie guardó un poco de ropa en la maleta de Tess.

—Tendrá que ir al hospital, ha estado a punto de padecer una neumonía —comentó la mujer, mientras descolgaba un camisón estampado.

—No puedo ir al hospital, Sophie. No tengo dinero, además, ¿quién cuidará de los niños?

—No se preocupe, que yo lo haré.

«Pero a usted le tienen que pagar», pensó angustiada, «lo mismo que al doctor y yo no estoy trabajando». Era la realización de sus peores temores, la amenaza que Richard había lanzado sobre ella. Lágrimas de desesperanza rodaron por sus mejillas.

El médico regresó y al mirarla, dijo con aire autoritario:

—Ya, señorita Brannen, ya es suficiente. Si tenemos suerte, sólo estará unos días en el hospital. Llorar no le ayuda en nada, llamaré a su marido por la noche.

—No tengo marido —gruñó.

—Ah, vaya. De todas formas, debe descansar y tranquilizarse, eso es esencial. No se preocupe.

Tess cerró los ojos, era fácil decirle que no se preocupara, él no tendría que pagar la cuenta.

De cualquier manera, una vez en el hospital, en una de las diez camas de la sala pública, hizo un esfuerzo por seguir el consejo, a

pesar de que el ambiente no era el adecuado para descansar. Los médicos hacían su ronda por las mañanas; una multitud de visitantes ocupaba la sala hasta la mitad de la mañana, las enfermeras iban y venían tomando la temperatura y anotando la presión sanguínea. A pesar de todo, la amenaza de neumonía no se materializó; bajo pesadas dosis de antibióticos, Tess empezó a recuperarse.

Mike y Sophie iban a visitarla. Significativamente, Pete Mandrel no lo hizo. Un día antes de que le permitieran marcharse a casa, Mike llegó solo. Alcanzó una silla y se sentó muy cerca de la cama para decirle con suma seriedad:

—Pareces estar mejor, ya no eres el fantasma de antes; por lo tanto, vamos a hablar.

—¡Qué formalidad!

—Hoy he tenido una larga charla con el médico. Dice que estás muy débil, por eso caíste enferma tan repentinamente. No puedes volver a trabajar hasta dentro de dos o tres semanas.

—¡Semanas! Mike, eso es una locura...

—Calla y escúchame. Tú y yo sabemos que está en lo cierto. Así que, ¿a quién tengo que llamar, a Jeremy o a Richard?

—¡A ninguno!

—Es necesario, el doctor Thompson dice que no estás en condiciones de cuidar a los niños y tampoco puedes pagar durante mucho tiempo a Sophie.

—El médico habla demasiado.

—Creo que tendrás que alejarte por un tiempo del trabajo. Jeremy tiene mucho dinero, podrías estar con su familia...

—No conoces a su madre.

—No me interrumpas. Tal vez podrías estar con Richard o su tía.

—No, no te atrevas a decirle que he estado en un hospital... prométselo, Mike.

—Está bien, lo prometo. Entonces, queda la tía.

Parecía no haber transcurrido demasiado tiempo desde que Tess había defendido su necesidad de independencia ante Richard; su disgusto por aceptar caridad de alguien. Pero su situación había cambiado desde entonces. Sabía que estaba demasiado débil para cuidar de los niños; que era verdad que pasaría algún tiempo antes de que pudiera cantar en el bar y hasta entonces no le pagarían. Tenía que aceptar ayuda de alguien...

—Queda otro camino —añadió Mike de pronto—. Angeline y yo podríamos pagar una criada para ti.

—De vuestros ahorros, ¿a eso te refieres?

—Sí.

—Oh, Mike, eso es maravilloso por tu parte —le cogió una mano —, pero tendríais que retrasar la boda, ¿verdad?

—No por mucho tiempo. Ya lo hemos hablado y podemos esperar hasta septiembre.

Tess estaba débil y eso contribuyó a que empezara a llorar.

—Agradéceselo a Angeline por mí, ha sido un ofrecimiento muy noble, pero es imposible que pueda aceptarlo —respiró profundamente—. ¿Llamarás a la señora Agathe? Su apellido es Latour y vive en una zona de Montreal llamada Pierrefonds —explicó—. Le dirás que no quiero que lo sepa su sobrino, ¿lo harás?

—Si es eso lo que quieres, supongo que tendré que obedecer. No me parece lo correcto, Tess, yo creo que él te habría atendido.

—Está bien que uses el tiempo pasado.

Por un momento creyó que discutiría con ella, pero se contuvo y sólo dijo:

—Vendré mañana para llevarte a casa. Podemos pagarle a Sophie un par de días más. Ahora será mejor que me vaya a casa y lleve a los niños a la cama. Estarán encantados de verte otra vez, te han echado mucho de menos. Que duermas bien.

—Yo también los he echado de menos. Buenas noches, Mike... y gracias, muchas gracias por todo.

Mike telefoneó a tres Latour antes de dar con el número correcto. Contestó la doncella y le informó de que Madame Latour no llegaría a casa hasta después de una hora. Recurriendo a una mentira piadosa, Mike dijo que había extraviado la dirección del sobrino de Madame Latour y preguntó si la joven sabía cuál era.

—¿La dirección del señor Atherton? ¿Oui?

—Por favor.

—La buscaré. Un moment, s'il vous pláit.

Suponiendo que aquello significaba que debía esperar e imaginando el precio de la conferencia, Mike estaba agradecido que Tess no estuviera en casa y oyera todo aquello. La doncella regresó y le leyó una dirección en inglés. Mike la anotó no muy seguro de estar en lo correcto.

—Gracias —contestó él finalmente—, volveré a llamar a Madame Latour dentro de una hora. Adiós.

Perplejo, leyó la dirección, el nombre de la calle parecía un poco extraño para Canadá. La idea de Mike sobre el vecino país del norte era la de un pintoresco campo de nieve, esquimales y policías uniformados de rojo.

Entró en la habitación de Tess y buscó en los cajones hasta encontrar la fotografía que deseaba. La metió en un sobre, escribió la

dirección de Richard y anotó su nombre en el remite. Con la esperanza de que con el tiempo Tess aprobara lo que había hecho y sus tácticas llevaran a un final feliz, cerró el sobre.

Feliz e ignorante de todo, Tess fue recibida por él con cordialidad al día siguiente.

—¡Dios mío! Qué agradable es estar en casa, Mike.

—Será una corta estancia —anunció—. Tante Agathe, a quien no le agrada que la llamen Madame Latour, por cierto, giró el dinero para los billetes anoche. Hoy he hecho las reservas en primera clase para todos, partiremos pasado mañana. He pedido dos días libres para llevarte, porque el médico opina que no puedes hacer un viaje tan largo con los niños. La dama nos espera, juró sobre la Biblia de su abuela que no le dirá nada a Richard.

—¡Gracias a Dios!

—De verdad, Tess, creo que está encantada de que la haya llamado. La hija de Clara, repitió, y los nietos de mi amiga.

—Sí —frunció el ceño, comprendiendo rápidamente—. A pesar de que no se lo dijo a Richard, ¿verdad?

—No y me pregunto por qué.

—Se lo podrás preguntar cuando lleguemos. Ahora, Tess Brannen, me voy a cenar y tú a descansar —se dirigió a los gemelos—. Vosotros, niños, fuera de aquí.

Su habitación era demasiado tranquila y muy hermosa después del ruidoso y frío dormitorio del hospital. La joven se recostó sobre la cama con las manos entrelazadas. Ya no resultaba tan doloroso pensar en Richard y después de decidirse a viajar hacia el norte, para llegar con la tía que él amaba, una sensación de dicha apareció en su corazón. Al fin estaría cerca de él y conocería a la única mujer en la que confiaba...

A pesar de viajar en primera clase y de los cuidados de Mike por ella y por los niños, Tess estaba exhausta.

Cuando el taxi se detuvo frente a la elegante fachada de la mansión, ella era presa de los nervios y poco faltó para que le pidiera al taxista que regresara al aeropuerto. Tal vez Mike se dio cuenta de la situación porque enseguida comentó:

—Bien, ya estamos aquí —se dirigió a los gemelos que lloriqueaban frotándose los ojos—. Silencio, que hemos llegado.

El aspecto de los pequeños no era precisamente pulcro, como consecuencia del largo viaje.

La puerta se abrió mientras Mike pagaba al chófer y una uniformada y bonita doncella apareció. Mientras miraba con coquetería a Mike, cogió las dos maletas pequeñas. El conductor, que

había recibido una buena propina, depositó las otras dos de mayor tamaño en los escalones, mientras el joven llevaba a los niños en sus brazos.

—¿Puedes tú sola, Tess?

Ella le brindó una sonrisa que no convencía a nadie. Sentía la boca seca y se le había hecho un nudo en la garganta.

A través de la puerta abierta llegó un murmullo de voces femeninas, una mezcla de francés e inglés, ocasionalmente interrumpido por algún comentario de Mike.

Tess entró en el recibidor y encontró una esbelta figura, cubierta por una chaqueta oscura de invierno, con el rostro tan pálido como una figura esculpida en nieve; el pelo rojizo era el único toque de color.

Una aguda y agradable voz cortó la charla.

—Así que ésta es la mujer de la que se enamoró mi sobrino.

Hubo un instante de silencio. Tess dijo llana y poco diplomáticamente :

—No, él no se enamoró.

Tante Agathe avanzó hacia ella, tomó las manos de Tess entre las suyas y la besó las mejillas.

—Bienvenida, querida. Bienvenue. Me siento feliz de tenerte aquí.

No había duda de su sinceridad.

---Gracias, es muy amable al habernos recibido.

Animosa, tante Agathe le presentó a la servidumbre.

—Esta es Francoise y ella es Martine, el ama de llaves. Berthe, que cuidará a los niños por ti.

Martine era alta y en extremo delgada, no hubo alusión a sus dotes culinarias pero muy pronto Tess descubriría que eran extraordinarias. Berthe, regordeta y de figura maternal, llevaba el pelo recogido en un moño. Brindó a Lisa una sonrisa bondadosa y cuando cogió a la niña entre sus brazos, la pequeña se arrojó a ellos y posó su diminuto y cansado rostro sobre su hombro.

—Vaya —dijo Tess—, si no lo veo, no lo creo.

—Berthe es maravillosa con los niños —comentó tía Agathe—. Señor Campbell, tal vez le gustaría llevar a los pequeños con Berthe para que cenen, mientras yo le enseño a Tess su habitación.

La joven siguió a la erguida y pequeña figura por la amplia escalera de roble. La señora abrió la segunda puerta del pasillo y la invitó a pasar.

Era una hermosa habitación de techo alto y grandes ventanales, que dejaban ver los árboles del jardín. La alfombra era de color azul oscuro y las paredes mostraban un tapiz estampado en el mismo tono.

Los muebles eran de madera clara, la colcha y las enormes cortinas daban un aspecto luminoso a la habitación. La antigua cama de latón estaba tan pulida que brillaba con la luz.

—Espero que estés cómoda —dijo tía Agathe—. Aquí está tu baño. Creo que deberías irte directamente a la cama. Francoise te traerá la cena más tarde y guardará tu ropa mañana. No hay prisa, descansa y recupérate. No te importa que te llame Tess, ¿verdad?

—No… por favor, Madame Latour…

—Tía Agathe. A mí sí me importa que me llames Madame Latour.

—Tía Agathe, entonces, quiero agradecerle que me aloje aquí, con los niños, que haya pagado el precio del viaje. Es muy bondadoso de su parte.

—¿Bondadoso? ¡Bah! Ha sido un placer, no tengo demasiadas cosas en qué ocuparme y tú y esos simpáticos niños me serviréis de compañía —tía Agathe hizo un gesto que a Tess le recordó a Richard —. Sé que pronto te apreciaré por ti misma, perdona que de momento sólo te considere la hija de Clara —de pronto empezó a reír entre dientes—. Recuérdame que te cuente, no ahora, cómo fue que tu madre y yo metimos a hurtadillas en la residencia escolar a un par de muchachos de la ciudad… tuvimos que sacarlos por el tubo de incendio.

—¿Mi madre?

—Sí, fui una pésima influencia para ella.

—Me encantará oírlo.

—Y cuando hayas descansado, tal vez me digas algo más sobre tu hermana.

—Sí, lo haré.

—Mientras tanto, duerme. No te preocupes de nada… y eso incluye a mi sobrino.

—Yo…

—Ya hablaremos al respecto.

Con la sensación de que una fuerza arrolladora la invadía, Tess habló apasionadamente.

—No estoy muy segura, no hay nada de qué hablar.

—¿No? Ya lo veremos. Duerme bien, Tess —le brindó una dulce sonrisa—. Estoy muy feliz de que hayas venido —la señora cerró la puerta.

Despacio, empezó a desnudarse, teniendo la sensación de ser niña otra vez; y era agradable el cambio. Durmió un poco, tomó los deliciosos alimentos que le llevó Francoise y dio el beso de buenas noches a los niños cuando Berthe se los llevó. Estaban limpios y olían a colonia; era evidente que se encontraban en buenas manos.

Tía Agathe entró y se sentó en la silla que había junto a la cama de Tess.

—Ya he mandado a tu joven amigo a la cama —le dijo—. Tiene que partir mañana temprano. Es un hombre muy agradable —sonrió traviesamente—, posee el buen juicio de casarse con una joven francesa.

—Sí, es un excelente amigo.

—¿Qué opinó Richard de él?

Así que ése era el propósito de la visita.

—Al principio pensó lo peor, pero una vez que aclaramos la situación, los dos simpatizaron. Madame Latour, yo...

—¡Nada de Madamel, Tía Agathe, por favor.

—Tía Agathe, no le habrá dicho a Richard que estoy aquí, ¿verdad?

—Recibí instrucciones precisas de Mike en ese sentido.

—¿Las ha respetado?

—Tú y yo nos llevaremos bien. Eso he hecho, ¿cómo puedes creer lo contrario? —hizo un guiño y eso casi estropeó el efecto de sus palabras.

—¿Le ha visto desde su regreso?

—No, me telefoneó desde Toronto. Mon Dieu estaba furioso. Al principio pensé que vivías con una docena de hombres y que tenías un niño de cada uno.

—No me creyó cuando le dije que los gemelos eran de mi hermana.

—Me lo suponía.

—¿Por qué no se lo dijo antes de que fuera a Nueva Orleáns?

—¿Por qué no le enseñaste los certificados de nacimiento, fotografías, cualquier cosa que comprobara tu parentesco?

—Porque deseaba que me creyera sin necesidad de pruebas.

—Y tienes razón —añadió la anciana con seriedad—. Richard tuvo una infancia difícil, su madre, mi hermana Virginie, equivocó su trato con el niño. Pero eso ya pasó, ahora él debe aprender a vivir en el presente, no en el pasado. No te preocupes, no le voy a llamar para avisarle que estás aquí. Dejemos que las cosas sigan su curso normal.

Tess pensó que aquello no era un plan muy atrayente.

—Eso será muy difícil si decido no esperarle.

—A pesar de que acabo de conocerte, estoy convencida de que eres la mujer adecuada para él, por eso te pido que seas paciente. En su interior él lo sabe también, por eso está molesto, está luchando contra el peor enemigo: él mismo. Y ahora, ya hemos hablado demasiado de mi sobrino, debes descansar. Te enviaré a tu amigo Mike mañana

temprano antes de que se marche. Buenas noches, Tess —dio una palmadita en las sábanas y se marchó.

Tess hundió la mejilla en la almohada, por primera vez en muchas noches deseaba dormir.

Después de haber dormido toda la noche se despertó tranquila. Estaba disfrutando la rara sensación de desayunar en la cama cuando Mike llamó a la puerta. Apareció recién afeitado y sonriente.

—Me marcho —anunció sin necesidad—, pareces estar diez veces mejor.

—Sí —confesó—. No sé cuándo te veré de nuevo, Mike... tal vez pase algún tiempo.

—Después de todo, no tienes por que regresar a Nueva Orleáns. Te voy a extrañar, a ti y a los niños, pero sé que estarás bien —dudó por un segundo—.A riesgo de parecerte demasiado práctico, hay algo que deseo consultarte. El alquiler de nuestro apartamento vence dentro de dos o tres días. En la confusión de tu estancia en el hospital lo había olvidado. Sin tu contribución para el alquiler, el apartamento es demasiado caro para mí y muy grande. Ricky sugirió una vez que si yo necesitaba alojamiento podría compartirlo con él. Quisiera saber si aceptas que terminemos el contrato y saquemos nuestros efectos personales ---hizo una mueca—. Al llegar el verano me mudaré con Angeline, eso me gustará más que vivir con Ricky.

—¿Podrás guardar la ropa y mis libros?

—Sí, Ricky tiene un cuarto en el patio.

—Entonces, es algo lógico que se tiene que hacer, ¿verdad?

En ese momento deseó no sentir aquel hondo sentimiento de quemar sus naves a su partida. Sin el apartamento no podría marcharse a Nueva Orleáns; sin embargo añadió:

—Lo mejor será que llames a Pete y le digas que no regresaré. Oh, Mike, espero estar actuando bien.

—Seguro que sí —hubo otro titubeo antes de que expresara con cuidado—: Yo soy más optimista que tú, tengo el presentimiento de que las cosas irán mejor entre Richard y tú.

—Yo también lo deseo.

—Sólo necesitas esperar. Te aseguro que uno de estos días se presenta para llevarte en brazos a ver la puesta del sol.

—Qué romántico eres, Mike —-dijo en broma, para ocultar la sensación que sus palabras habían provocado—. Saluda a Angeline de mi parte, sé que seréis muy felices —se le llenaron los ojos de lágrimas y añadió con rapidez—: No olvides darme la dirección de Ricky.

Él anotó los datos en un papel, la besó en la mejilla y con un apretón en el hombro más elocuente que cualquier discurso, se alejó

con la formal promesa de escribirle. Era costumbre de Mike no prolongar las despedidas. Tess oyó sus pisadas al bajar por la escalera; con la partida de Mike se cerraba otro capítulo de su vida.

CAPÍTULO 12

SIETE DÍAS después, dos hombres andaban rápidamente por Bloor Street West, en Toronto. Era una mañana de febrero y la gente iba deprisa debido a las temperaturas bajo cero y el fuerte viento. El más alto de los dos, rubio y de ojos azules, llevaba un abrigo de lana encima del traje; escuchaba sonriendo a su compañero que hacía gesticulaciones.

—¿Puedes imaginar el descaro de decirme eso, Richard? Cuando los valores han bajado tres dólares y sabemos que está excedido. ¡Ese hombre no tiene vergüenza!

«Ese hombre» era un corredor de bolsa conocido de ambos.

—Me lo imagino muy bien, John. ¿Te pudiste deshacer de las acciones?

—A punto de perder. Te lo dije, Richard, si alguna vez... ¿qué sucede?

Richard se detuvo repentinamente frente al escaparate de una floristería. Miraba fijamente, como si nunca en su vida hubiera visto una rosa; aunque había un buen surtido de flores más exóticas. En el centro, había un florero con lirios.

—¿Has olvidado el cumpleaños de tu tía? ¿O el de tu secretaria?

Richard miró a su compañero como si no estuviera seguro de quién era, como si no fuera desde hace tiempo su contable y amigo.

—Los lirios me han recordado a... alguien.

—¿Cómo?

—Sus ojos son exactamente de ese tono violeta.

—Debe ser muy bella.

—Sí, sí lo es.

Por un momento Richard inclinó la cabeza, olvidándose de la gente que pasaba y del viento. La imagen de Tess estaba tan clara en su mente como si estuviera frente a él en Bloor Street. Tímida, sonriente, pasional, traviesa; podía leer cualquier expresión de su rostro.

Jamás podría explicar lo que enseguida sucedió. Mientras miraba el florero con los lirios, como por un relámpago que le cegó, supo que Tess nunca le había mentido. Ella no era la madre de los gemelos, como le había asegurado. Tampoco había sido amante de Jeremy, ni de nadie.

El único culpable era él, porque consideraba que todas las mujeres, incluyendo a Tess, se comportaban como su madre. Había sido incapaz de creer en su honradez y sentido de la responsabilidad; había despreciado su independencia y pasión. Y todavía más, estaba medio enamorado y había convertido su vida en una tortura.

«Medio enamorado», pensó con sobresalto. ¿A quién trataba de engañar? La amaba y la necesitaba desesperadamente; se sentiría incompleto hasta no tenerla entre sus brazos otra vez.

Dio un salto al sentir una mano sobre su brazo, casi esperaba que fuera Tess.

—¿Qué piensas? ¿Nos vamos? Porque si continuamos aquí nos congelaremos y yo llegaré tarde a una cita.

Le costó un gran esfuerzo regresar al presente.

—Perdón... yo... estaba a muchos kilómetros de aquí—como un adolescente, confesó—. Se llama Tess.

—No me digas que estás enamorado —comentó, incrédulo—. Creía que ese día no llegaría nunca.

—Ya ha llegado —reconoció Richard; era un alivio revelar sus sentimientos—. Pero me comporté muy mal con ella y tal vez no quiera volver a verme nunca.

—Las flores son el mejor camino hacia su corazón —dijo John, como si fuera un donjuán y no un tímido hombre, temeroso del sexo opuesto—. Envíale un enorme ramo de rosas y no cometas el error de pensar que todas las mujeres son como tu madre, y Ahora, me tengo que ir, no puedo hacer esperar al viejo Blenkhom. Adiós Richard... y buena suerte.

Se marchó deprisa, Richard sabía que no era lógico que John se refiriera con ligereza a sus asuntos personales; él mismo debió mostrar aversión ante John al mencionar a Virginie.

Entró y pidió dos docenas de lirios para que los llevaran a la dirección de Tess; después regresó a su oficina. Estaba en el piso número diez de un enorme y próspero edificio de negocios, que era diferente a los demás. En efecto, Richard y el decorador de interiores habían cuidado todos los detalles.

Apenas abrió la puerta, ordenó:

—Lee-Ann, por favor, resérveme un billete para el primer vuelo que haya a Nueva Orleáns.

—Sí, señor Atherton, ¿cuándo desea regresar?

—No lo sé, la llamaré en cuanto llegue.

—Tendrá que cancelar el trabajo con Moriarity —y añadió con tono de ligero reproche—. También hay una cita con unos procuradores para mañana.

—Posponga todo y avíseme tan pronto consiga el billete.

—Su correspondencia está en el escritorio —dijo, mientras él entraba en su despacho.

Lee-Ann era una eficiente colaboradora, pero algunas veces le hacía sentirse como un niño delante de una omnipotente y

quisquillosa madre... o tía solterona. Hizo una mueca al llegar al escritorio, a Lee-Ann no le gustaría que la llamara tía solterona. Fue entonces cuando recibió la segunda gran sorpresa del día.

La produjo un sello norteamericano y el matasellos de Nueva Orleáns. La dirección original, que mostraba rasgos masculinos, era incorrecta; la dirección había tenido que ser escrita de nuevo y enviada al sitio indicado. Por lo cual, dedujo fácilmente, había tardado más de lo normal en llegar. El corazón le latió deprisa al leer el nombre de Mike y la dirección del apartamento donde Tess vivía. Algo malo le sucedía a Tess, ¿por qué otra cosa le escribiría Mike?

Hizo tres intentos antes de abrir el sobre. En el interior no había carta, ninguna nota. Sólo una fotografía. Él palideció, permaneció con la mirada fija en aquella fotografía durante un rato. Era una foto familiar, los padres y dos niños. Los niños eran los gemelos, el hombre tenía barba y era un extraño para Richard. Pero la mujer no podía ser otra que la hermana de Tess. Tenía el mismo pelo rubio. Su rostro era más alargado que el de Tess y a los ojos de Richard, no tan bella.

Dio la vuelta a la fotografía. Con trazos femeninos una mano había escrito: ¿No son preciosos? Tienes que venir a conocerlos, querida Tess. Con todo nuestro amor, Jay y Chrís. Con un nudo en la garganta Richard dejó la foto en el escritorio. Ellos estaban muertos, con toda su juventud, vitalidad y felicidad. Tess había recogido a los gemelos. Escondió la cabeza entre las manos, preguntándose si podría perdonarle alguna vez.

—Señor Atherton, ¿se siente indispuesto?

—No, ¿ya tiene el billete?

—Naturalmente —respondió la secretaria, dejando un trozo de papel con el horario del vuelo encima del escritorio.

Por primera vez desde que había llegado a la oficina, Richard sonrió.

—Así que partiré a las tres... gracias a Dios. Será mejor que vaya a casa y ponga un par de cosas en la maleta. Gracias, Lee-Ann, la llamaré mañana para informarla sobre mí regreso.

El vuelo, a parte de su impaciencia, transcurrió normalmente. A las diez de la noche ya estaba registrado en el mismo hotel de la Vieux Carré donde se había hospedado la vez anterior. Cambió el abrigo de lana por una gabardina y encaminó sus pasos hacia el apartamento; prefería verla allí que en el bar. Además, eso le daría la oportunidad de agradecer a Mike que le enviara la fotografía, ya que suponía que Tess ignoraba el hecho.

Dio la vuelta a la última esquina y enseguida distinguió el grupo de apartamentos donde Tess vivía. Recordó cómo la había seguido

hasta allí para investigar su dirección; recordó su risa en el piso con Mike, cómo la había visto entre los brazos de Jeremy y las desagradables palabras que le había dicho revolotearon en su cerebro.

Ahora que estaba allí sentía miedo. Él, Richard Atherton, capaz de enfrentarse sin titubeos a un hostil grupo de directores tenía miedo de hacerlo frente a una joven. Le aterrorizaba que aquellos ojos le miraran con odio. O todavía peor, que le miraban con cruel indiferencia... no tenía la menor idea de lo que iba a decir o a hacer en ese caso.

Con el corazón latiendo a toda prisa, recorrió la distancia que le faltaba y abrió la puerta, a la que todavía le hacía falta una capa de pintura. El recibidor estaba tranquilo y la escalera desierta. Miró el sitio donde el nombre de Tess Brannen estaba ligado al del joven Campbell. Sintió un escalofrío al ver que la tarjeta no estaba, el sitio estaba vacío.

Tal vez se había caído, pensó rápidamente, y ni Tess ni Mike se habían molestado en reemplazarla. Subió los escalones de dos en dos y se dirigió hasta la puerta de Tess y sin detenerse a pensarlo, llamó. No obtuvo respuesta, no se oía ningún ruido dentro del apartamento. Volvió a llamar, esta vez con mayor intensidad, y pegó la oreja a la puerta en espera de algún ruido.

—¿Mike? ¿Tess?

Sólo silencio. Y ese silencio no era porque sus ocupantes estuvieran durmiendo; era de desolación, de vacío.

Richard dejó caer las manos a los lados, sabía que era inútil llamar otra vez. Por un largo instante permaneció allí, con el cuerpo y el cerebro paralizados. Por fin empezó a pensar. Sophie la joven que había cuidado a los niños el día que él y Tess habían paseado por el río... vivía en el mismo edificio. Un piso más arriba, lo sabía bien.

En el pasillo superior recorrió puerta por puerta hasta encontrar la que deseaba. Sophie D'Angelo y Marty White, entonces llamó.

Se oyeron unos pasos. Una mujer a la que nunca había visto abrió la puerta, tanto como la cadena lo permitió.

—¿Sí?

—Por favor, ¿puedo hablar con Sophie?

—No está —la puerta empezó a cerrarse.

—Por favor, la señorita... White, ¿está? Busco a Tess Brannen, que vive en el piso inferior. Sophie le sirve a veces de niñera, he pensado que tal vez podía decirme dónde está.

La puerta se abrió de nuevo.

—¿La que tiene los dos pequeños?

—Sí, ella.

—Oh, cayó enferma y tuvo que ser llevada a un hospital.

Richard se sostuvo con fuerza al marco de la puerta.

—¿Estará bien? ¿En dónde se encuentra?

Al darse cuenta de que no la engañaban, Marty White quitó la cadena y abrió.

—¿Está bien, señor?

—Sí, ¿ puede informarme de Tess? ¿Qué sucedió?

—Creo que fue neumonía, pero ya salió del hospital, me lo dijo Sophie. Después se fue con los niños, hacia algún sitio del norte, no sé si Sophie sabrá el nombre. El tipo que vivía con ella se cambió, deben haber reñido.

Marty White ni por un minuto había creído que la relación entre Tess y Mike fuera sólo platónica.

—¿Llegará Sophie tarde? Tal vez tenga alguna idea de dónde está Tess.

—Se ha ido para tres días, con su novio. Alguna gente tiene suerte.

Desolado, Richard se alejó.

—Perdone que la haya molestado, señorita, gracias por su ayuda.

—¿Desea que Sophie le llame a su regreso?

Sacó una tarjeta.

—Si tiene alguna información sobre Tess, que llame a este número y deje el mensaje.

—Está bien, se lo diré.

Richard se despidió y con lentitud se dirigió hacia la calle. Tess había estado enferma, pensó, aturdido, y él no se había enterado. Había estado en un hospital con neumonía mientras él estaba en Toronto descargando su furia y amargura. Qué tonto había sido... y ahora había desaparecido, ella y los niños.

No conocía la nueva dirección de Mike ni el sitio en el que trabajaba. Trataría de localizarla en la guía telefónica al regresar a su habitación del hotel, pero no dudaba que hubiera una larga lista con el nombre de Michael Campbell. Una llamada al bar tampoco le proporcionaría ninguna información. Sin poderlo evitar sus pensamientos fueron más lejos. Era posible que Tess se hubiera ido con Jeremy; acosada por la enfermedad y la urgencia de ayuda, no le habría quedado otro camino que aceptar.

Al quitarse los zapatos y arrojar la chaqueta sobre la cama se estremeció. Otro callejón sin salida, ¿en dónde estaba la hermosa mujer de ojos color violeta de la que se había enamorado?

Aquella fue la noche más terrible de la vida de Richard. Debió haber dormido sin interrupción, pero cuando amaneció, no tenía la sensación de haberlo hecho. Los ojos le ardían, los músculos estaban

tensos y le dolía la cabeza. En las agonizantes y lentas horas de la noche había decidido lo único que le quedaba por hacer. Iría a Montreal, tal vez Tess estuviera con su tía Agathe. De lo contrario, buscaría en todas las universidades a lo largo de la costa hasta encontrar algún Jeremy. Que Tess estuviera en otro sitio era algo que no se atrevía á considerar.

La tarde estaba avanzada y la nieve caía ligeramente cuando un taxi le dejó en la casa de la tía Agathe. Caminó con sus maletas en la mano, sus pasos eran cansados y la sangre se agolpaba en sus oídos.

Tess le vio llegar pues se hallaba en la habitación que daba hacía la calle, escuchando a Glenn Goüld interpretar a Brahms y leyendo una historia de Montreal que estaba en la biblioteca de tía Agathe. Berthe había llevado a los niños a jugar a la nieve y la tía había decidido que hacía demasiado frío para Tess.

Ella tenía un aspecto mejor que una semana antes; sus mejillas mostraban algo de color y había recobrado un poco de peso. Pero sus ojos aún miraban temerosos, como si buscara algo o alguien sin poderlo encontrar. Por el bien de los niños, sabía que había hecho bien al solicitar la ayuda de la bondadosa señora. Estaban sanos y felices disfrutando de las atenciones de Berthe, Tess y la anciana, a quien Lisa llamaba Aggie. No cabía duda que la tranquilidad de Tess al saber que los niños estaban en buenas manos contribuía en mucho a su restablecimiento.

Echaba mucho de menos a Richard. Se preguntaba qué estaría haciendo, adonde había ido. Toronto, Nueva Escocia o hacia el sur de los Estados Unidos.

La tarde en que él llegó, a pesar de que el libro estaba abierto sobre su regazo, ella tenía los ojos clavados en las llamas, sin dejar de pensar en él. Sentada a un lado de la chimenea, la tía Agathe no dejaba de observarla.

La joven miró por la ventana al oír la puerta de un coche. Palideció, el libro cayó al suelo al ponerse de pie.

—¡Es Richard!

La anciana cerró de golpe el libro que tenía en las manos.

—¿De verdad? Me pregunto qué es lo que quiere.

Sonó el timbre de la puerta. Tess se puso nerviosa y fue la tía Agathe la que se levantó.

—Quédate aquí y no digas una palabra —le ordenó.

—¡No deje que se marche!

—Dudo que lo haga, aunque deseos no me faltan. No te preocupes, petite.

Dejó la puerta entornada, de modo que no se pudiera ver el

interior.

Como si hilos invisibles la condujeran, Tess se puso de pie y la siguió. Permaneció cerca de la puerta, donde podía oír sin ser vista, Francoise había llevado a Richard al vestíbulo.

—Eso es todo, gracias, Francoise. Bien, Richard, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—Busco a Tess, ¿sabes dónde está?

—¿Y ahora para qué la buscas? —preguntó, serena.

—No juegues conmigo, ¿se encuentra aquí?

—Richard, hasta hace una semana y media estabas tan enfadado con Tess como nunca lo has estado con nadie, exceptuando a tu madre, por supuesto. Y ahora te presentas sin avisar y pides verla. Creo que me debes una explicación.

—¿Está aquí?

—Contéstame primero.

—¡Por Dios! Estoy casi loco de angustia, ¿no lo entiendes? Fui a Nueva Orleáns y me dijeron que tuvieron que internarla en un hospital, pero que ya había salido. El apartamento está vacío, no pude localizar a Mike, todo lo que sé es que Tess se dirigió hacia el norte. Tiene un amigo llamado Jeremy, pero no sé en qué universidad se encuentra. Lo único que he podido hacer ha sido venir aquí. Y tú te quedas tan tranquila y me pides explicaciones —su voz se quebró—. Sólo dime una cosa, ¿sabes en dónde está?

—Ella está aquí.

Tess oyó que Richard exhalaba un profundo silbido.

—¿Está bien? Debo verla…

—Espera un momento, Richard. En efecto, ella estuvo enferma en un hospital, todavía no se ha restablecido por completo. No quiero que la inquietes y se entristezca… Sigo esperando una explicación a tu ridículo comportamiento de las dos últimas semanas y si no te conociera tan bien, diría que estás locamente enamorado de la chica.

—Sí, supongo que lo estoy —contestó con impaciencia.

—No hay duda de ello. La última vez que hablé contigo parecías más inclinado hacia el homicidio que al amor.

—Yo… he cambiado desde entonces.

—¿Sí?

—Ahora sé con certeza que ella no me mintió. Los niños eran de su hermana, tal como ella dijo.

—Sí… te lo pude haber comentado antes de que te marcharas aquella vez…

—Ese pensamiento atravesó por mi mente —la interrumpió él.

—Pero entonces jamás hubieras aprendido a creer en ella y en ti

mismo, ¿no es cierto? —demandó la tía.

—Eres una dama muy tramposa, ¿alguien te lo había dicho?

—Boris habría estado de acuerdo contigo.

—Y te amo, ¿no me preguntas por qué? Ahora, ¿me permites ver a Tess? Los gemelos también están aquí, supongo.

—En el jardín, ella está allí.

—Quieres decir…

—Adelante, Richard, yo vigilaré que no la molestes

Muy nerviosa, Tess se alejó de la puerta. Cuando Richard entró, alguien, se supone que tía Agathe, cerró la puerta con suavidad.

—Richard, pareces agotado, ven y siéntate —se acercó al fuego.

—¡No te vayas! Tess, te amo, me quiero casar contigo.

No esperó para lanzar su proposición matrimonial.

—Acepto —dijo, tranquila.

Él la miró sin comprender y ella se dio cuenta de que él no se había atrevido a pensar que ella accedería.

—Me encantaría casarme contigo —repitió con claridad.

—¿Lo harías?

—Tess, eso significa que…

—Significa que te amo, Richard.

Se acercó y la tomó entre sus brazos.

—Oh, Dios, no puedo creerlo. No estoy soñando, ¿verdad? Estás aquí, ¿has dicho realmente que me amas?

Ella reía y lloraba al mismo tiempo.

—¿Cómo puedo evitarlo? Claro que sí —dijo, mientras buscaba su boca. No era momento de hablar, no todavía.

Estar otra vez entre sus brazos fue como llegar al paraíso. Los labios de él buscaron los de ella y la atrajo con tanta fuerza que le dificultó la respiración.

—¿Estás bien? ¿No te hice daño? Has perdido peso.

—Sí, no, sí —contestó con una sonrisa.

Disfrutando de su presencia, le rodeó la cintura con los brazos.

—Richard Atherton… ¿tienes un segundo nombre?

—Maximilian.

—No, no puedo pensar en ti como Maximilian.

—Gracias a Dios —le besó los párpados, las mejillas, la boca—. Jamás me cansaré de ti. Temía tanto haberte perdido, no encontrarte jamás y si te encontraba que me odiaras… ¿de verdad me amas?

—Te amo, Richard. Estoy convencida de que en parte por eso enfermé. Te habías ido y pensé que jamás te volvería a ver.

—Nunca me perdonaré el haberte dejado.

—Debiste… ¿por qué regresaste?

Él desvió la vista y miró hacia el suelo.

—Mis botas están dejando nieve sobre la alfombra. Permíteme quitarme esto y después nos sentaremos un momento.

Tiró el abrigo sobre una silla y se quitó la chaqueta, deshizo el nudo de la corbata y se desabrochó la camisa.

—Ya está mejor. En realidad no deberías acercarte, necesito afeitarme y darme una ducha.

—Correré el riesgo —contestó provocativamente y añadió—: abrázame, Richard.

Él la tomó en sus brazos enseguida, le acarició la espalda y besó sus labios.

—Es posible que no resulte fácil vivir conmigo, Tess. Estoy acostumbrado a ser un solitario, viajo constantemente debido a mi trabajo, aunque eso no me hace feliz. Estoy pensando en un cambio, probablemente meterme en asuntos políticos. ¿Te importaría que lo hiciera?

—¿Estás tratando de hacerme cambiar de idea? —bromeó ella—. Richard, actúa como tú quieras, puedes hacer lo que te haga más feliz. Tal vez no sea fácil tampoco vivir conmigo. Me gustaría volver a la investigación; estaba preparando mi tesis, así que trataremos de combinar dos carreras —hizo una pausa, tenía las mejillas delicadamente sonrosadas—, con una familia grande.

—Los gemelos y nuestro propio hijo —afirmó él.

—¿No te importa contar con los niños?

Él la besó el rostro, fue un beso que hablaba más de alegría que de pasión.

—Jamás pensé que fuera de otra manera. Los gemelos son parte de ti —hizo, una mueca—. Son todo un paquete.

—Dos por el precio de uno —comentó en broma, pero sabía que esas palabras tenían un profundo significado, el destino de los niños jamás volvería a ser discutido.

—Eso no significa que no queramos un hijo nuestro —la miró fijamente—. ¿Deseas tener niños, Tess?

—Querré a tus hijos con todo mi corazón.

Hubo otro satisfactorio interludio durante el cual Richard la besó y la estrechó entre sus brazos como prueba de su amor.

—Lo mejor será que nos casemos cuanto antes. Aunque mi tía Agathe es una dama liberada, de ninguna manera le agradará que hagamos el amor sobre la alfombra del salón... te quiero en mi cama, Tess. Deseo que seas mía.

—Oh, Richard... —sus ojos se llenaron de lágrimas—, nunca había sido tan feliz.

—Te juro que haré lo imposible porque esa dicha sea eterna.

—Nunca me dejes otra vez.

Era más una súplica que una petición y no supo por qué, pero estaba segura de que eso no ocurriría.

—Jamás. Me has cambiado y todavía no sé cómo ni por qué. Antes te veía y veía a mi madre; pero ahora sé que tú eres totalmente diferente a ella. Tú eres honrada y sincera...

—Y no te seré infiel, Richard.

—Estoy convencido de ello... quisiera poder explicar lo que sucedió, por qué de pronto me di cuenta de que había sido un tonto al no creer en ti.

Con brevedad describió cómo vio los lirios en el escaparate de la floristería de Toronto y cómo había permanecido allí de pie sin moverse.

—-Quería enviarte cada uno de ellos. Pedí dos docenas pero era demasiado tarde, ya te habías ido. Regresé a la oficina, le pedí a Lee-Ann que reservara un billete en el vuelo a Nueva Orleáns y abrí la correspondencia. Mike me había enviado una fotografía de tu hermana con su marido y los niños; la prueba final de que los gemelos eran de Jay. Supongo que no parece lógico, pero ya no necesitaba prueba. Sólo puedo pedirte que me creas, Tess... que el cambio en mí no se debió a que viera una fotografía, sino que tenía la certeza de que tú no me habías... no podías haberme mentido.

—Me agrada muchísimo que haya sido así. Ya ves, pude haberte enseñado esa fotografía pero no quise hacerlo. Deseaba que aprendieras a confiar en mí. Richard, ¿me harías un favor?

—Cualquier cosa que esté á mi alcance.

—¿Me comprarás mañana un gran ramo de lirios?

—¿No te acabo de decir que te compraré la floristería entera? Y prométeme algo más, Tess. En el verano, cuando florezcan en la casa de Nueva Escocia, estaremos allí para verlos. Y al siguiente verano, y al otro también...

A Tess le pareció que era una excelente idea.